

FUNDACIÓN TZEDAKÁ

Presidente	Dario Werthein
Vicepresidente 1°	Enrique Klein
Vicepresidente 2°	Raschi Mehl
Secretario General	David Stalman
Prosecretario 1°	Héctor Mochon
Prosecretario 2°	Julián Racauchi
Tesorero	Gabriel Gvirtz
Protesorero 1°	Ariel Sigal
Protesorero 2°	Mauricio Wior
Consejeros	
Gregorio Chodos	Juan Ofman
Jorge Fainzaig	Susana Pitchon (AMIA)
Roberto Goldfarb	Silvia Pruss
Sergio Grosskopf	Victor Sporn
Daniel Liaskowsky	Arnoldo Stanislavsky
Silvina Liberman	César Wengrower
Marcelo Mindlin	Mario Zylberberg
Consejo Asesor	
Marcos Aguinis	Luis Ovsejevich
Bernardo Kliksberg	Norma Werthein
Ex Presidentes	
León Halac	Arnoldo Stanislavsky
Juan Ofman	Marcelo Mindlin
Leo Werthein (Z"l)	

Directora Ejecutiva

Mirna Szulmajster

Directora de Programas Sociales

Rut Kamenszain

Directora Tzedaká Vejez

Rosa Ana Silberman

**Coordinadoras Programa de Ayuda a Sobrevivientes del
Holocausto:**

Paola Gelbart

Berta Hecht

Alicia Lobov

Rita Pik

Natalia Samter

Claudia Vendrov

Asistentes Administrativas:

Deborah Licht

Judith Fridman

Pamela Polonsky

VOCES CON HISTORIA

VOLUMEN DOS

Taller de Escritura del Programa de Ayuda a Sobrevivientes de Fundación Tzedaká



creditos

*El olvido no es victoria
Sobre el mal ni sobre nada
y si es la forma velada
de burlarse de la historia
para eso está la memoria
que se abre de par en par
en busca de algún lugar
que devuelva lo perdido
que no olvida el que finge olvido
sino el que puede olvidar.*

Mario Benedetti

YO SOY



Hoy soy una persona ya grande y una abuela feliz que a menudo se pregunta “¿cómo llegué a ser quien soy?”.

Muchos hechos de mi historia intervinieron notablemente en mi identidad.

Nací en Varsovia y estuve en el gueto desde que se creó. Soy una sobreviviente de la guerra y de las persecuciones nazis.

También soy aquella nena que pudo abandonar el gueto metida en una bolsa de arpillera y salvarse gracias a la bondad de mucha gente, que a riesgo de su propia vida

me escondió y cobijó hasta que terminó el horror en que vivíamos.

Soy aquélla que después de mucho peregrinar por distintos países, puso los pies en la Argentina. Aquí me quedé, estudié, formé una hermosa familia y llegué a ser muy feliz.

Soy la que hizo sexto grado en Polonia, en Francia y también en la Argentina.

Soy la que en poco tiempo regularizó los estudios y finalmente estudió psicología, profesión que ejercí durante años para ayudar a los niños con problemas, para que no sufrieran y para que también ellos llegaran a ser felices.

Me cuesta escribir sobre las terribles circunstancias en que tuve que sobrevivir; sin embargo, también soy aquélla que desde hace muchos años se dedica permanentemente a dar charlas y conferencias en escuelas y otros lugares para que se sepa lo que ocurrió durante el Holocausto, para que nunca se olvide, para que no se repita nunca más y para que se preserve la memoria de todos los que no pudieron contar lo que pasó.

Yo soy madre de dos hijos maravillosos y la abuela feliz de cuatro nietos divinos, a quienes adoro y disfruto enormemente. A través ellos pude participar de una infancia que nunca conocí.

ALGO BORDADO

No soy, ni nunca fui muy amante de los trabajos manuales. No se cocer, tampoco se bordar y sinceramente tengo que reconocer que tampoco me gusta hacerlo. Me acuerdo que cuando iba a la escuela y había una materia que se llamaba “trabajos manuales”, yo sufría. Lo mismo me pasaba con el dibujo. La única materia que me llevaba siempre a examen todos los años era dibujo. Hasta hoy día cuando mis nietos me piden “abuela, dibujame algo”, yo sufro pues a mí no me sale y ellos ya a los 4 ó 5 años dibujaban muchísimo mejor que yo.

Sin embargo hay algo que sí me encanta hacer y que además lo hago bastante bien, es tejer.

El tejer me causa placer, me relaja me entretiene y lo hago con muchísimo gusto, especialmente cuando se trata de tejer para algún ser querido. Muchos se extrañan cuando yo tejo, pues como aprendí a tejer en Polonia después de la guerra, tejo diferente a como se teje aquí. El resultado es el mismo, pero yo tomo las agujas y la lana de una manera diferente.

He tejido muchísimas cosas. Las primera que más recuerdo son cuando yo era grande hacía bufandas para mí, para mi familia. Más adelante fueron los chalecos sin mangas y algunos pulóveres para nosotros o para los novios de turno. Pero lo que más disfrute tejiendo fueron las primeras prendas para mi hijito cuando nació

y para cuando ya era más grande y para mi hijita, también después que nació. En esa época hace 40 años antes del parto no se sabía si iba a ser nena o varón, por lo tanto o se tejía todo blanco o había que esperar que nazca para tejer en celeste o en rosa. Diferente fue con los nietos. De ellos ya se sabía el sexo antes de nacer por lo tanto les tejí las mantitas a todos, dos en celeste y dos en rosa. Luego vinieron los enteritos, las batitas, los escarpines etc.

Ya siendo todos más grandes les tejí hermosos chalecos pulovercitos, chalecos sin manga con ochos u otras guardas. Lo que más me gusta ahora es que la nieta más grande le pasa todo a la más chiquita y el nieto mayor lo pasa también al más chico. Y yo todavía guardo las prendas tejidas por mí para mis dos hijos como si fueran pequeños tesoros.

COSAS QUE NO LE CUENTO A NADIE...

Todos los días me ocurren cosas. Pienso en algunas que ya pasaron, o sueño y recreo otras que podrían suceder. Pero me cuesta mucho hablar de ellas. Soy bastante introvertida y, salvo muy raras ocasiones y en momentos muy especiales, me abro frente a alguna persona muy querida.

Pero no es por vergüenza que actúo así. Nada de lo que siento, pienso o deseo es para sentirme avergonzada.

O quizás sí, un episodio de mi vida en la época de la guerra, que en su momento me daba cierto pudor y no se lo contaba a nadie.

Estando en la casa de la última familia polaca que me acogió para salvarme, todo el tiempo yo tenía la necesidad de tener permanentemente entre mis dedos algo muy suave, como un trapito o pétalos de flores. Sobre todo rosas, que cuando están un poco marchitas es cuanto más suaves se vuelven. Es así que siempre estaba con algo entre mis manos.

En esa época yo vivía en una pequeña zona del barrio de Praga, en Varsovia. Era un sitio con muchos jardines y muy a menudo encontraba por las calles pétalos de flores, que traía el viento. Pero cuando no los hallaba no podía con mi desesperación de volver a tener alguno para poder conectarme con él en la suavidad de una caricia. Entonces me metía silenciosamente dentro de los jardines y robaba flores. Hasta que un día me pescaron. El miedo y la vergüenza fueron terribles. Por suerte la situación no tuvo mayores consecuencias; pero, para evitarme problemas, mis salvadores me empezaron a vigilar y ya no me dejaron salir sola de casa.

Pasó el tiempo, la guerra terminó y yo pude volver a vivir con mis padres. Sin embargo, hasta el día de hoy, cuando veo pétalos de rosas me vuelvo loca y no puedo resistirme a la tentación de tenerlos entre mis dedos, hasta que se vuelven irreconocibles.

Muchos años de psicoterapia no pudieron quitarme del todo esa conducta ni aclararme su porqué. Pero en el

fondo, sé qué significado puede tener, aunque ahora ya de grande me dé vergüenza decirlo.

MI MUÑECA

Recuerdo, aunque quizás más que un recuerdo, es un episodio que todavía tengo muy presente en mi memoria de la época de la guerra, cuando yo vivía con mis últimos salvadores polacos. Como muchas veces lo conté al relatar mi historia de aquella época, en esa casa yo no pasaba todo el tiempo escondida, salvo en los momentos en que tocaban imprevistamente el timbre del departamento, o venía alguien y mis tíos —pues así yo los llamaba—, no querían que me vieran.

En esos momentos me metía en un ropero, debajo de una cama, o dentro de un diván que tenía un cajón muy grande donde se guardaban las sábanas. A veces me quedaba así varias horas, hasta que al fin podía abandonar mi escondite.

Un día me dejaron sola en casa y me dijeron que no debía abrirle a nadie.

De pronto, por la tarde, alguien empezó a tocar muy fuerte el timbre y luego a golpear la puerta. Yo no contestaba, pero como insistían tanto y pensando que podían ser ladrones, me acerqué y les dije: “¡váyanse, ladrones, que acá no hay nada para robar!”. Entonces

escuché la voz de mis tíos que me pedían que les abriera la puerta porque se habían olvidado las llaves.

Los hice pasar y me abrazaron muy fuerte; se dieron cuenta que estaba muy asustada y me dijeron que había sido muy valiente.

Imaginen mi sorpresa cuando, al día siguiente, ellos me regalaron una hermosa muñeca, justamente por haberme portando tan bien. Fue la primera que recuerdo; tenía en esa época ocho años y hasta entonces, ningún juguete; y si los tuve fue cuando era muy chica y ya no me acordaba. Yo la adoraba, la tenía todo el tiempo en mis brazos.

Pero un día, me caí con ella. ¡Oh, qué desgracia, la muñeca se había roto! Empecé a llorar desconsoladamente. Mi tía vino corriendo y yo gritaba “¡mi muñeca, mi muñeca!”. La tía me agarró muy fuerte y me dijo: “vamos corriendo a ver si encontramos algún médico que te pueda curar”.

Llorando, yo le gritaba que no era la muñeca de mi mano, sino mi muñeca de juguete, a la que tanto quería. Me empezó a tranquilizar, me dijo que no me preocupase, que seguramente la rotura iba a tener arreglo y que se había asustado mucho pensando que me había lastimado. Un tiempito después todo se solucionó y como en esa época era casi imposible encontrar a alguien que reparase muñecas de porcelana, me regalaron otra lindísima pero de trapo. A ésa también la quise tanto, que me encantaba posar junto a ella y sacarnos fotos.

BOTONES

Fines de julio de 1944, vivía en Varsovia, en el barrio residencial, denominado Praga y Saska Kempa, en la casa mis últimos salvadores, a quienes yo llamaba “tío y “tía”.

En el penúltimo día de ese mes de julio, sorpresivamente apareció en la casa de mis supuestos tíos una señora que dijo llamarse Marysia Kowalska. Era una mujer muy linda, rubia, de ojos celestes. No sé bien qué habló con mis tíos en ese momento, pero lo que entendí fue que venía a buscarme a mí para llevarme a un pueblo a unos cuarenta kilómetros de Varsovia. Sin embargo, no resultó posible pues al día siguiente, el 1º de agosto de 1944, comenzó el levantamiento de los polacos contra los alemanes y todos los caminos y puentes fueron clausurados o bloqueados; ya no se podía abandonar la ciudad.

Días después, los nazis se llevaron a gran cantidad de hombres de Varsovia a los diferentes campos de detención, para que no luchasen contra ellos, y también a mi tío.

Nos quedamos solas, mi tía Marysia y yo. El tiempo pasaba, cada vez había más bombardeos, la lucha era calle a calle, casa por casa. Cada vez había menos comida y mi tía no paraba de pensar cómo podríamos abandonar Varsovia, ya que la vida se hacía casi imposible allí. Mientras tanto, juntaba lo que podía para comer. Venía el

invierno y trataba de coser algo de ropa para abrigarme. Hasta que repentinamente un día a mitad de octubre de ese año, yo iba a cumplir nueve años, mi tía nos dijo que había conseguido un salvoconducto para abandonar Varsovia en el tren que cruzaba el Vístula a través del único puente que quedaba, pues los otros ya habían sido bombardeados. De la capital de Polonia casi no quedaban casas en pie, pero donde vivíamos nosotros la situación estaba un poco más tranquila.

Ya hacía mucho frío, así que juntamos toda la ropa que pudimos, la comida que habíamos ido acumulando y metimos todo en unas mochilas que habíamos cosido.

Con un traje de mi tío, la tía me había hecho un tapadito con unos botones forrados en la misma tela. Así emponchadas como pudimos y con mucho miedo, cruzamos el río en un tren lleno de alemanes hasta un pueblo, Pruszkow, donde nos hicieron bajar a todos pues la formación no seguía su recorrido. Y entonces empezó nuestra caminata por los bosques y caminos llenos de nieve. Fue entonces que mi tía me dijo: “Irenko, si llegas a perderte o tenemos que separarnos, tratá de buscar alguna casa de campesinos y ofreceles un botón de tu tapadito; vas a ver que ellos te van a dar de comer”.

Yo no lo podía creer, pero por suerte no hubo necesidad de arrancar alguno. Juntas, logramos llegar después de unos veinte días de caminatas, pues había que esconderse, reiniciar de nuevo la marcha, de nuevo esconderse; nos habíamos unido a un grupo de partisanos polacos, y así logramos llegar a Grodzisk.

Allí esperamos la liberación en la casa de una polaca donde se refugiaba un grupo de la resistencia judía del cual Marysia formaba parte, y donde además me reencontré con mis padres a quienes creía muertos.

Tiempo después, volvimos a la destruida Varsovia a empezar una nueva vida. Pasado el invierno, el tapadito ya me quedaba chico y decidí regalarlo a otro chico. Sin embargo las palabras de mi tía me seguían resonando y como ella ya no vivía con nosotros, decidí sacarle los botones.

Mi sorpresa fue enorme cuando al quitarles la tela que los recubría me encontré con que de cada uno caían unas hermosas monedas doradas. Eran libras esterlinas de oro, muy antiguas, que pudieron haber sido mi salvación durante la huida.

Era realmente un tesoro incalculable, será por eso que las guardo hasta hoy y, por supuesto, cuando llegue el momento se las dejaré a mis nietos...

UNA ILUSIÓN

Tomek era un chico de mi misma edad. Cuando me llevaron a la casa de mis últimos salvadores, a los pocos días de llegar allí, él apareció en el departamento. Me lo presentaron y me dijeron que de allí en adelante él iba a ser mi primo hermano y compañero de juegos. También me dijeron que, a partir de ese día, iba a vivir

con nosotros. En realidad era un sobrino verdadero de mi salvadora, hijo de un hermano al que habían matado los alemanes cuando invadieron Polonia, pues su padre había sido soldado del ejército polaco. La mamá había quedado sola y no lo podía cuidar y mis nuevos “tíos” pensaron que si había otro chico en la casa porque ellos no tenían hijos, iba a ser menos sospechoso para los demás vecinos mi aparición en la casa. Yo iba a pasar entonces por sobrina, hija de otro hermano de mi supuesta tía, llamada Jadzia.

Así pasó el tiempo, conviviendo lo mejor que podíamos en aquella terrible época. Cuando fue el Levantamiento de Varsovia, en agosto de 1944, a Tomek se lo llevó la mamá y no lo vi más. Pasó el tiempo y terminó la guerra. Yo me fui a vivir a Danzing por dos años y en 1947, viajé de Polonia a Francia; desde allí, en 1948, llegué a la Argentina.

De mis salvadores tuve pocas noticias durante algunos años. Pero siempre conservé la ilusión de saber algo de Tomek. Sin embargo, el tiempo pasaba y no recibía noticias sobre él.

En 1972, veinticinco años después de haber partido, con mi papá que cumplía setenta, decidimos hacer nuestro primer viaje a Polonia después de tanto tiempo, a visitar a mis “tíos”. La ilusión de encontrar a Tomek era grande pero no pudo ser. No estaba en Polonia; tenía una compañía de títeres y con ella viajaba por otros países.

Después, volví a Varsovia, prácticamente cada dos o tres años, y la esperanza de ver a Tomek tampoco se cumplió.

Hace tres años, me llegó de Canal 11 la propuesta de hacer un nuevo viaje a Polonia, esta vez con miembros del canal para filmar mi historia y la de mis salvadores, para el programa de Gastón Pauls, *Humanos en el Camino*. Mi alegría fue enorme y por supuesto acepté. Otra vez me iba a encontrar con Jadzia y Dozydar, mis salvadores, que ya estaban viejitos y a quienes hacía más de tres años que no veía pues económicamente se me hacía más difícil hacer el viaje.

Pero ahora el canal me pagaría todos los gastos. Partimos un 1° de noviembre; éramos once personas entre el director, los iluminadores, el fotógrafo y Gastón Pauls como conductor.

La ilusión de encontrarme con los tíos era enorme, y pensé que quizás podría verlo también a Tomek.

Una tarde, estaba en la casa de Jadzia con todo el equipo de filmación, contando episodios de la guerra, cuando de repente tocaron el timbre. Abrimos la puerta y yo no lo podía creer: era Tomek. Nuestro abrazo fue interminable, las lágrimas nos corrían por las mejillas. Todo el grupo de Gastón Pauls lloraba, ellos lo habían ubicado y lo trajeron a la casa de Jadzia para que nos encontrásemos. Al fin, mi ilusión se había vuelto realidad. El programa se pasó por T.V. un tiempo después y lo pudo ver muchísima gente. A partir de entonces, quienes me reconocían por la calle o en los lugares donde yo iba, comentaban entre lágrimas mi encuentro con Tomek.

Hoy Jadzia ya no vive y mi “tío” está en Varsovia, todavía bien a pesar de su edad. Y yo tengo una ilusión renovada: verlo a Tomek una vez más.

SABINA FEINKIND

ASÍ SOY...



Yo vine al mundo apurada, como después lo sería toda la vida.

De chica, fui muy caprichosa, ansiosa, y siempre quería que se hiciera mi voluntad.

Esto duró hasta que estalló la guerra, donde perdí mi adolescencia y me convertí en una persona sin energía, hasta varios años después de finalizado el Holocausto.

Sin embargo, las particularidades de mi carácter volvieron a aparecer a pesar de mi soledad y tristeza: volví a ser apurada, mandona y ansiosa.

Cuando llegué a la Argentina, luego de muchas vicisitudes empecé a luchar de nuevo.

Estudié para maestra jardinera y trabajé en un taller de sastrería, en un teatro de títeres, hasta que me recibí. Y después de ejercer siete años como maestra de jardín de infantes, me casé con un viudo que tenía un hijo.

Se atenuaron mis costumbres, pero seguí siendo *shlemazl*¹, pues nada me salía bien, aunque mi marido me perdonaba muchas metidas de pata. No obstante, yo era muy feliz en mi matrimonio.

La soledad y la tristeza regresaron después que mi marido falleció. Y volví a ser apurada y ansiosa.

Los años no cambiaron mi esencia.

EL SABOR DEL PESCADO QUE HACÍA MI MAMÁ

En víspera de Pesaj, mi mamá se levantaba de madrugada e iba al mercado a comprar el pescado vivo. Elegía varias carpas y bogas. Los pobres pescados se movían protestando contra su destino, camino a las ollas.

Una vez en casa, mi mamá los ponía sobre una mesa, y con un afilado cuchillo, los mataba y les sacaba

1 En idish, desgraciada, sin suerte.

la piel. Luego con un hacha de cocina los golpeaba para desmenuzarlos.

A la masa, le incorporaba cebolla picada, perejil, ajos, pimienta, huevos y harina de *matzá*². Con ellos rellenaba las pieles de pescado, que parecían vivos, y en una olla muy grande —porque éramos muchos para comer—, ponía una base de cebolla, apio y zanahoria, agregaba: aceite, agua, vino blanco, limón y un poquito de azúcar y encima los pescados... y a cocer varias horas.

Hasta el día de hoy tengo el gusto de ese pescado relleno, quizás porque estábamos todos juntos rodeados de luz y solemnidad, con esa atmósfera de santidad que cada uno sentía en su corazón.

Quizás no era el pescado, era el *taam*³ de la fiesta de Pesaj, que para mí será inolvidable mientras viva.

MI HERMANA IDA

Era una mujer alta, muy bien formada, de carácter fuerte, mandona. Su voz sobresalía por sobre todas las demás de la familia. Dibujaba, cosía ropa y tenía el don de congraciarse con quién ella quisiera.

2 Harina sin levadura, ácimo molido.

3 Sabor, en idish.

Cuando estaba en casa, irradiaba luz y simpatía, era amable, paciente y ayudaba mucho a mamá, que estaba sobrecargada con ocho hijos.

Mis padres le buscaron un marido, un muchacho vergonzoso, de poco carácter, que se convirtió en la “colita” de mi hermana; lo mandaba como a un chico.

Cuando entraron los nazis, ella y su esposo se fueron a Lublin, a casa del hermano de mi mamá.

Mi tío trabajaba en unos talleres de uniformes para los nazis e Ida, con su carácter, se hizo jefa de los talleres, y al no pasar tanta hambre, tuvo algo de bienestar.

Después de un tiempo, pensando que estaban seguros, vino la orden de evacuación de Auschwitz, lo que llenó de indignación a Ida, que organizó una protesta y en voz alta, se animó a decirle a los nazis que nadie se movía del lugar.

Los nazis no esperaban esta resistencia y trataron de persuadirlos para que obedecieran, a lo ella que contestó que “no”, que no se moverían de allí.

Enfurecidos, los nazis, prendieron fuego alrededor de las ochocientas personas que quedaron convertidas en cenizas.

Con dolor en el alma, recuerdo a Ida, una heroína. Espero que nunca más se repita un hecho tan trágico como el que le tocó protagonizar.

Su foto llegó a Buenos Aires antes de la guerra, con la hermana de mi tío, y a través de ellos, a mí.

Honremos a los héroes caídos y que el horror termine de una vez para siempre.

MAL DE AMORES

Cuando terminó la guerra, me llevaron a un sanatorio en Alemania, cerca de Munich, más muerta que viva. Después de unos meses mejoré lo suficiente como para recorrer el lugar y conocer a otros hermanos que habían sobrevivido. Decidí estudiar enfermería para poder ayudarlos.

En cierto momento, me relacioné por mi nueva actividad con un señor que me deslumbró desde el primer momento. Era un hombre alto, algo canoso, de ojos claros y facciones aristocráticas. Yo también le caí muy bien pero me trataba como una niña, porque me llevaba muchos años. Desgraciadamente, en el campo de concentración, él había perdido una pierna y, a pesar de haber sido un hombre muy dotado intelectualmente, sufría mucho por su invalidez. Me enamoré irremediamente de él, pero la gente que nos veía juntos me aconsejaba que me alejara porque tenía un carácter muy fuerte y yo era muy inocente. Cuando me conecté con mi tía de Buenos Aires y le comenté que estaba comprometida con un hombre que era inválido, ella también me contestó que lo dejara. Lloré muchísimo, pero finalmente le hice caso.

Cuando por intermedio del Joint llegué a París, fue tal mi dolor e incertidumbre, que no sabía qué hacer, pues recibí una carta de seis páginas donde él me confesaba que todo lo que yo significaba en su vida. Después de estar un tiempo en París, decidí venir a Buenos Aires. Pasaron

siete años y yo no me animaba a comprometerme con nadie, tanto era lo que lo extrañaba. Hoy en día, me da cuenta que estuvo acertada mi decisión, pues yo no iba a ser feliz conviviendo con una persona así, ya que una cosa es estar de novia y otra, estar casada.

Después que me radiqué en la Argentina, pensé mucho en él. Luego, pasaron varios años hasta que conocí a mi marido y, aunque nos fuimos encariñando cada vez más, nunca volví a sentir un amor como el que me inspiró aquel hombre. Tuve una muy buena vida con mi esposo, pero “el otro” había quedado para siempre en mi corazón.

Fue un episodio que marcó mi vida, como un resplandor o un rayo de sol en aquellos tiempos de enfermedad, dolor y soledad.

GLADYS FREIDZON

VIVIR DE NUEVO



Hace unos días leí unas frases que hicieron esfumar mi miedo cuando recordaba ciertas cosas. “No sé por cuánto tiempo”, me dije, “pero no voy a deprimirme ni a lamentarme más. Tengo que seguir el camino que me lleve a la felicidad”.

En el año 1945, en Wiclaba, una niña de cinco años se despedía de su familia en la estación del tren. Los padres, la hermana, primos, tías y tíos, todos agitaban su pañuelos. La niña no entendía porqué había lágrimas en todos los ojos.

¡Es que se iba! Los padres estaban desesperados, no sabían qué hacer. Repentinamente, el padre de la niña

subió al tren para acompañarla algunas estaciones, abrazó a la criatura y ella seguía sin comprender. ¿Por qué las lágrimas?

Pasaría bastante tiempo hasta que en su mente empezara a hacerse la luz. Un año después, tratando de obtener documentación en París, llegó a su destino, donde la hicieron firmar con otro apellido. Como a los cinco años no se pregunta por todo, hizo lo que le pidieron los mayores. Obedecía. Así su firma quedó sellada para siempre con otro nombre y otro apellido. Se había salvado. La nueva identidad le permitió llegar sana y salva a la tierra americana donde comenzaría una nueva vida.

EROTISMO

En el año 1960 vino un muchacho bastante buen mozo a Chile, donde yo vivía desde hacía algunos años cuando llegué de Polonia con el tío. Fuimos a veranear un fin de semana a Rancagua, un pueblo cercano, donde había unas termas de agua saludable. Como en todo hotel de turismo, se hacían bailes cada noche para entretenimiento de los visitantes. De pronto, divisé una familia muy amiga de mis tíos y fui a saludarla. Después de estar más de media hora conversando, me enteré que venían con un sobrino argentino, que me saludó a mí y también a mis tíos.

Después de almorzar juntos, la tía me preguntó si me gustaba el muchacho. Por lo que habían hablado, ella supo que él había llegado de Buenos Aires de visita a Santiago, la ciudad capital de Chile, donde todos nosotros vivíamos.

Yo le contesté: “Mira, tía... ¿me tiene que gustar? No se viste como en Chile, va de traje blanco de lino, zapatos blancos con marrón... parece cafishio o algo peor...”.

A mi edad todavía no sabía definirlo. Yo tenía apenas dieciséis años. La tía nos recomendó ir a conocer el río, el bosque, la pileta.

Había que obedecer para ser educada, y así me saqué con él la foto que aún conservo.

Pasado ese momento me tenía del brazo, después del hombro, como gran conocedor de la vida...pero me empecé a alterar y él me dijo que no tuviera miedo. Cuando llegó la tarde, al despedirse esta familia, todos me dieron un beso, incluso mi admirador, que se atrevió a besarme en la frente. Para mí todo eso era nuevo, pero aun con temor había algo en él que me gustaba, me entusiasmaba. ¿Qué sería?

Las visitas se fueron y tres días después llegamos nosotros a la capital. Él se iba al aeropuerto ese día y fui invitada a almorzar a casa de sus tíos. Cuando estaba por subir al avión, volvió a me besarme y me dijo que nos escribiéramos, que yo le había gustado mucho, que había visto simpatía y seriedad en mí.

Después de escribirnos durante ocho meses llegó a pedir mi mano, aunque yo todavía no sabía si lo quería.

Le dije de mi inseguridad, pero me había traído un anillo para comprometernos. Corriendo, fui al dormitorio de mis tíos y exclamé: “¡No lo conozco para decidirme, no es para mí! Tiene que estar un tiempo conmigo, yo no necesito este tipo de presentaciones, me siento segura de conocer a una persona que me guste a mí primero...”.

Como las cosas siguieron con algunos caprichos de mi parte, él me seguía constantemente, sus tíos me llevaron a Viña del Mar, a comer, a bailar y bailando en sus brazos de pronto sentí un cosquilleo. ¿Era eso el amor?

Se quedó hasta el año siguiente y el 11 de febrero de 1960 nos casamos. Ya cumplimos cincuenta años juntos.

EL HILO QUE NOS UNE

Mi tía era una mujer muy especial. Guardo como recuerdo suyo un collar de perlas. Cuando ella lo lucía, por su elegancia se destacaba entre las demás mujeres. No todas pueden conseguirlas y usarlas...

Yo las heredé con gran alegría pero con los años supe por gente entendida que no eran legítimas, sino cultivadas. “Muérdalas, y si logra que sus dientes no se hundan y no dejen marcas en ellas, entonces son verdaderas”, me dijeron.

Igual, yo las quiero y de vez en cuando las uso, por volver al recuerdo de cuando mi tía y madre adoptiva se las ponía y era un placer mirarla.

Como el hilo que une las perlas, así estoy unida a ella en lo profundo de mi corazón.

EL TIRA Y AFLOJE

Alguien tira y alguno de los dos tiene que aflojar, si no, se producen choques desagradables.

Cuando mi marido se jubiló, coincidió que cerró su negocio, que le daba más gastos que ganancias. Entonces se tranquilizó pensando que iba a estar más calmo y que, si íbamos a vivir con la jubilación y otra pequeña entrada de dinero, llevaríamos una vida más placentera. Eso es lo que pensábamos los dos.

Pero sucedió lo contrario, él empezó a mirar, a observar la casa, cómo hacía yo las cosas, a qué hora me levantaba y todos los pormenores se fijaban uno a uno en su mente. Siempre habíamos trabajado juntos, pero cuando yo dejé, él siguió porque un hombre joven en casa ¿qué hace?

molesta
busca
revuelve

¡Y ya me estaba poniendo nerviosa!

Era un continuo tira y afloje, cuando llamó una prima de Pedro y, al comentarle el cambio que él tuvo, ella me dijo así: “Un hombre en casa es como un placard en el pasillo. Al estar en el medio no podés ir a la cocina, ni al dormitorio ni al baño, por lo tanto está en todos lados y molesta”.

Lo sabía porque le había pasado lo mismo.

Entonces llamé a mi hijo y le pedí que llevase a mi marido a trabajar con él, porque su permanente presencia me hacía daño.

Así solucioné ese problema, tan común en esta etapa de la vida. Ahora todo volvió a estar en orden y la paz se adueñó de la casa nuevamente.

FELIX FRIEDENBACH



APODOS

Greenhorn es en lunfardo inglés una persona sin experiencia y con rasgos diferentes al ambiente habitual. De allí viene la palabra “gringo”, que es la denominación para un “nuevo” con dificultad de adaptarse. Mi apodo fue “gringo” desde muchos años atrás y lo sigo siendo.

Mi llegada a Bolivia coincide con una de las tantas revoluciones que en la década del '40 sacuden con frecuencia la vida pacífica del país. Hay huelga general, el tren queda parado y estamos toda la noche sin beber, sin comer, sin oxígeno y con un frío terrible. A la mañana

cuando el tren se pone en movimiento, cambian mi bronca y mi malhumor y quedé más que recompensado.

Dos locomotoras frenan el convoy al iniciarse la bajada desde el Altiplano a la capital más alta del mundo. Todo bello como una fotografía hermosa, ningún lugar en el globo tiene el paisaje urbano de La Paz. La ciudad se encuentra en una enorme hondonada, todo color ocre en fuerte contraste con el cielo exageradamente azul, como una joya en medio de los Andes. Resplandece el guardián nevado del Illimani, de 6500 metros de altura. Las casas parecen trepar las laderas como si quisieran tocar el cielo. Nos aproximamos al centro de la ciudad, las vías del tren pasan por calles atestadas a más no poder de gente que se cruza como si nada al paso de las locomotoras. Nos acercamos a plazas invadidas por centenares de palomas, mercados indígenas de artesanías, que son un atractivo muy especial para los que vienen a la región. Es posible ver cholitas que venden frutas, verduras, pan, ropa y *souvenirs*, todos amontonados en el suelo. Es ahí también donde se venden los insumos místicos para los brujos aymarás.

Las calles son estrechas, en ascenso y descenso perpetuo, y desembocan en sublimes iglesias coloniales donde se susurran palabras en aymará y en quechua. Los caminos están bordeados por chozas y casitas de adobe que se mezclan con unos pocos edificios de época. La Paz, una síntesis de cultura del pasado y naturaleza, calma y vibrante a la vez, traslada al espectador a siglos atrás.

Pero me estoy dejando llevar. No es mi tarea apologizar sobre Bolivia.

Cuando llegue a esos pagos no hablaba ni una palabra en español y tenía una gran necesidad de conseguir trabajo. Había pagado diez días de hotel y comida, pero después cómo me las arreglaba... Llamaba la atención por mi vestimenta sport europea que parecía ridícula a los ojos de los paceños. Los chicos se reían de mí y me llamaban “gringo”. Caminaba por las empinadas calles empedradas con mis zapatos con clavos en la suela, como para escalar la alta montaña, así me lo habían aconsejado en Viena y me deslizaba cada dos por tres por el adoquinado resbaladizo. Al fin, después de dos o tres días de búsqueda llegué a ver un letrero en inglés y de ahí en adelante comenzó mi carrera laboral.

Limpiaba un taller de pieles desde las siete hasta las diez de la mañana. Las chicas del taller me hicieron la vida imposible, ensuciaban donde yo había limpiado y cantaban a coro, sin parar “gringo” y “Fritz”. Ellas deducían que Fritz tenía algo que ver con alemán. En las tardes trabajaba de ascensorista en el único hotel que disponía de ascensor y así mis ingresos me permitían comer una vez al día. No sé porqué, pero no me llamaban “*chére*” sino “ché Fritz”.

Luego me independicé. Un paisano me confiaba diez cortes de telas para vestidos para vender en la calle o de casa en casa. Pinté de verde una caja de cartón y me lancé a las ventas, que eran paupérrimas; pero a las bolivianas les gustó esta nueva forma desconocida de comercialización.

Miraban por horas los distintos cortes de seda y nunca se decidían. En su mayoría eran mujeres simpáticas y mi presencia les servía de pasatiempo en sus horas de aburrimiento. Se divertían viendo cómo yo tartamudeaba el castellano. Unas de ellas me invitó a tomar jugo de papaya y un cafecito; pasamos horas coqueteando y haciendo tonterías. Me llamaba cariñosamente “gringuito Fritz” y me despidió con un beso y un hasta muy pronto.

Las ventas fueron desastrosas pero la suerte me sonreía, me hacía feliz. Mi tío de Brasil me envió doscientos dólares que llegaron justo en el momento que más los necesitaba y eso cambió mi vida. El sol boliviano me dio un suave bronceado, salí a la calle y me compré tres trajes, camisas y zapatos italianos. Me acostumbé a llevar panamás, alfileres en la corbata, me deje crecer un fino bigote y cuando me veía en algún espejo me preguntaba: ¿Quién es este tipo con aspecto de dueño de circo?

También se me abrieron las puertas para entrar en sociedad. Me invitaron a fiestas que ofrecían diplomáticos y acaudalados hombres de negocios, fiestas en las que músicos con expresión triste rasgueaban las cuerdas de sus gastadas guitarras y los invitados bailaban o paseaban por los amplios salones. Hermosas mujeres con espesas cabelleras negras recogidas o sueltas formaban círculos en torno a mí, estimulándome para que bailara, que tomara una copa de vino y que yo, el “gringo Fritz”, probara pastelitos pegajosos.

Esas bellezas de piel morena y ojos negros eran pura tentación, bellas flores en el extraordinario ramo de la femineidad.

Mi estadía en el paraíso no duró mucho, otra vez me quedé sin plata y en la vía. Lo que me quedó fue la elegancia de mis trajes nuevos que resultaban contraproducentes para conseguir trabajo. Durante más de un año me alimenté con pan negro y mermelada y dejé de ser una figura socialmente solicitada.

Seis años después llegué a ser un empresario de la construcción y empleaba a más de cien obreros que me llamaron nuevamente “gringo Fritz”. Mi ambición no tenía límites, estaba en veinte cosas y con el deseo ardiente de conseguir prosperidad. Logré avanzar sin llegar a la fama.

Por mis recuerdos pasan muchas variantes de este relato. Pese a que el tiempo me ha golpeado, no olvido mis momentos de gloria.

LA VENTANA

Desde la primera infancia mi lugar preferido era la ventana. Miraba a la gente que iba a la iglesia, tan cercana a nuestra casa, a novios y familiares que pasaban a pie para prometerse casamiento de por vida. Los autos eran un lujo reservado sólo para ocasiones especiales. Cada tanto miraba con piel de gallina las pomposas carrozas fúnebres que partían de la iglesia tiradas por cuatro caballos negros, bien lustrados, en medio de las sonoras y pesadas campanadas del templo. Esperaba

cada mañana al hombre del organillo que tocaba tres conocidas melodías, mientras prestaba mucha atención a la chica nueva llegada de Bohemia que trabajaba en la lechería de enfrente.

Desde mi ventana del tercer piso me asomaba al mundo. Desde ahí veía pasar el sol en su camino diario y esperaba al encanto de la noche por el silencio, por la frescura, por lo místico. Aprendí a observar el lento cambio de las estaciones; en pocas palabras, soy un fanático mirador y esto ya desde muy chico.

Unos años más tarde miraba con temor el flamear de las banderas con la svástica cuando en marzo del '38 los austriacos daban la bienvenida al ejército alemán que invadía mi país. Miraba con terror cuando las hordas de la SA y SS pasaban ruidosamente por las calles de Viena gritando sus slogans antisemitas, cuando quemaron montañas de libros y tuve que alejarme de la ventana ese 9 de noviembre en que nuestros vidrios fueron rotos, nuestro departamento destruido y mi papá, llevado a la comisaría. A la noche me asomé nuevamente a la ventana para ver, oler y memorizar los incendios de las sinagogas y centros comunitarios. La caza de los judíos había comenzado; cargados en camiones eran llevados a un destino sin retorno.

Años más tarde, desde otra ventana, ya sin protección de las verdades de la vida, llegué a conocer las alegrías y las tristezas, la opulencia y la miseria, los abrazos y las peleas, el ocio, la liviandad de los adolescentes en sus tímidos ensayos de acercamiento, como también los

pasos de los frustrados inmigrantes, los sin patria, que en sus elegantes portafolios repartían mermelada, galletitas, panes y bordados, que fabricaban sus mujeres.

Después decidí dejar de mirar, pero antes de hacerlo definitivamente eché un último vistazo, desde otra ventana y en otro país, consciente que una ventana reduce la visión pero amplía la percepción y traslada al indiscreto en todo su encanto.

Me tocó vivir otra vez en un piso tercero y mientras desayunaba, descubrí que desde una de las ventanas de enfrente se me ofrecía una escena sensual y muy grata. Una mujer vistiéndose. Me escondí primero, para que no me viera, tras las cortinas y seguí mirando. Ella se miraba a su vez en un espejo y lo que yo veía era sólo el reflejo. Se vestía lenta y cuidadosamente. Un strip tease invertido, que se repetía cada mañana, y yo, su espectador. No falté a ninguna función. Con el tiempo perdí mi proverbial timidez, me escondí cada vez menos, hasta disfrutar del espectáculo sentado cómodamente a la mesa. Parecía que ella me miraba, mientras yo simulaba leer el diario. Yo sé que ella sabía que la estaba mirando, que no hacía nada para ocultarse. Terminada de vestir, se da unos retoques ante el espejo y dichosa y satisfecha por su presencia, sonríe y cierra la cortina. Minutos después, camina hacia la parada del tren. Son las nueve de la mañana, el cielo es azul y todo es inobjetable.

Tendrá ella unos cuarenta años nada más, viste impecable. Por la distancia, no distingo bien su cara, pero

su cuerpo no me resulta extraño y conozco los colores de su ropa interior.

La situación me confunde, me intranquiliza, me da vueltas por la cabeza, no me deja estudiar ni dormir. Tengo que hacer algo y no sé por dónde empezar.

A la mañana siguiente voy a la estación, ella ya está parada esperando al tren. Me siento cohibido, no sé si saludar, si dibujar una sonrisa —ella me ignora—. Subimos al tren, los únicos asientos libres están enfrentados. Abre un libro que no es de autoayuda, su cara es bonita, se la ve fresca, descansada, bien dormida. Apetece morderla, no importa dónde. Cruza sus piernas, ahora mis rodillas empiezan a tener su minuto de gloria. Me da gusto mirar a esta mujer, me hace bien y más que pensarlo, lo siento.

Las vías maltratadas le impiden leer, una levísima sonrisa se asoma, la interrupción de la lectura no le cambia de humor. Desliza su mano en la profundidad de su cartera, creo que va sacar anteojos, pero no, aparece una mini lapicera y un anotador. Ella escribe algo y arranca el papel, que cae al suelo. La distancia entre mis rodillas y las de la mujer es menor que lo necesario razonable. Para levantar el papel tendría que pasar mis manos por sus piernas, no lo hago y ella no se preocupa. Cuando baja, ubico mi zapato sobre el papelito para levantarlo luego discretamente. Leo: Solange, un número de teléfono y... “después de las 8”.

Soy un triunfador. Vuelvo a mi habitación pero no puedo estudiar; ni es mediodía todavía, cómo voy aguantar hasta la noche, el tiempo no quiere pasar. A

las 8 y 5 llamo, no contesta nadie, vuelvo a llamar cada cinco minutos. Al fin escucho su voz y es tal como me lo había imaginado, cálida, agradable, un mix entre pasional y picante.

—¿Por qué pasas horas mirándome? Te espero mañana para una copa. Eso sí, no te hagas expectativas ni ilusiones, una copa, nada más.

Ya no recuerdo qué tartamudeé. Compro flores, una botella de vino —para bombones no me alcanzó el dinero—, y toco el timbre. Ella abre, es muy bonita, lleva un vestido estampado, un glamour de belleza nocturna. Me presento, soy el vecino curioso de enfrente.

—Sí, sí, ya lo sé.

Entrego las flores y la botella.

—El vino te lo vas a llevar de vuelta —dice—.

Me alcanza su mejilla para un beso, su perfume me embriaga. No estoy a la altura de esta mujer, no es lo mismo admirarla desde el refugio de mi modesta habitación, que estar frente a ella.

En una mesita hay dos copas y una botella.

—Siéntate y cuéntame ahora de ti.

No encuentro palabras, no sé qué decir.

—Disculpe pero estoy afónico, mi garganta...

—Relájate, toma un poco de vino.

Me levanto para llenar los vasos pero mis manos tiemblan y mancho la mesa.

—Déjame a mí.

—Salud, por una buena vecindad —me sale con voz áspera.

—No me interesa una buena vecindad contigo, solo quería saber qué está pasando por tu mente.

Tomó unos sorbos más de vino y me suelta la lengua.

—Qué linda música ¿Podríamos dar unos pasos?

—No, me parece que no.

—¿Ni una sola vez? Sería para mi álbum de lindos recuerdos, que está vacío.

—Bueno, una sola vez nada más. Nos levantamos, esperamos al ritmo y bailamos. Su perfume por un lado, el vino por otro, me hacen olvidar la timidez. Estamos mejilla a mejilla, mis labios bajan a su cuello. Ella no se resiste, es el momento de perder el control, de romper las reglas, disfrutar la emoción, pero la música termina. Ella evade mis brazos. Veo un aparador donde hay unas fotografías en marcos de plata. ¿Estoy ebrio, alucinando? Me parece conocer las fotos...

—Solange, disculpe mi indiscreción, ¿pero quién es este señor?

—Mi papá —dice.

—Y estas chicas ¿quiénes son?

—Mis cuatro hermanas, Lily la mayor, Fritzzi, Helen, Grete y yo, Rally, cuando tenía cinco años.

Me pongo pálido, estoy totalmente perturbado.

—Solange, es increíble, yo tengo las mismas fotos, usted es mi tía, Lily era mi mamá; su papá, mi abuelo. Solange se cubre la cara con ambas manos.

—Diosmíoooo —exclama—, esto me faltaba... tener un sobrino como tú.

Un largo silencio, luego me levanto para irme.

—Solange, ¿uno se puede enamorar de su tía?

—No lo sé —dice—, tendría que pensarlo. Vete ahora.

Desde la mañana siguiente la cortina de su ventana permaneció cerrada.

TANGO

Un pensamiento triste que se baila

Hoy cumpla años, un número redondo, veinte. En la pensión nadie lo sabe, ¿pero cómo se enteró Rocío? Seguramente habrá hurgado, curiosa como es, entre mis papeles que están en mi mesita de luz. Esta mañana, al traer el desayuno, me entregó un regalo. Es un disco long play de 78 revoluciones por minuto, con tangos. *Malena, A media luz, La cumparsita...* Me sorprendió. Yo mismo no recordaba mi cumpleaños y me emocionó que ella hubiera pensado en mí.

Me felicitó, vaciló si darme un beso o no. Me da uno tímido en la mejilla —yo siento su aroma a colonia—,

veo que se ha pintado los labios y que se puso una flor roja en su cabello negro. Se “arregló” para la ocasión y sabe cómo hacerlo. Parece una de las lindas hawaianas que se ven en las películas.

—Gracias, Rocío, qué atenta eres, ¿Cómo te enteraste? Qué linda te ves hoy, debes tener cuidado de mí —corres peligro—, me gustas cada día más.

—Ay, por favor, no me hable así, me está asustando. ¿Sabe que tengo novio...?

—No importa, nena, no soy celoso. Solamente decile a tu novio, que una chica tan bella como tú, no puede ser exclusiva...

Ella ordena mi placard. Ayer hice estragos; buscando una camisa dejé todo desarreglado y revuelto. Para llegar al estante más alto se tiene que poner en puntas de pie y su delantal corto, rosa cuadrillé, va subiendo con ella y descubre algo más de esas bronceadas piernas que me fascinan. Me acerco para ayudarla, bah, en verdad para apretarme a ella. Quedamos unos instantes así, pegados uno al otro, hasta que se desprende de mí. Su cara se ruboriza. En la radio terminan el noticiero y el pronóstico del tiempo y una orquesta entona un tango. Ella susurra la bien conocida canción y da unos pasos al ritmo de la melodía.

—¿Sabe bailar tango, usted? —me pregunta.

—No, nena, entre las cosas que nunca voy a poder aprender es a jugar a las cartas y a bailar tango. Lo que hago bien es la mímica tanguera, fruncir la frente, poner cara de triste, de dolor, de desesperación y de nostalgia, de desvivirme, y de romperme el alma.

—Ah, es tan lindo bailar, ¿no quiere aprender? Le puedo enseñar, ¿qué le parece? No es nada difícil, parece nomás, pero no lo es. Podríamos ensayar cada tanto un poquito, le va gustar... puedo traer mis zapatos con tacos.

—¿No te parece que sería mejor que bailemos algo que yo sé? ¿Un bugui bugui, conga, un twist...?

—Ay, no, no me gustan esos bailes. Sólo tango o milonga, que me hacen soñar...

Luego pienso: ¿Por qué no? Sé que nunca lo voy aprender, pero por qué privarme de estar cerca, cuerpo a cuerpo, con una chica bonita, no sería nada despreciable. Recuerdo, cuando en alguna oportunidad vi bailar tango, que la pareja forma una unidad cuyo aspecto es fundamentalmente erótico, que es casi una lucha donde el hombre conduce y la mujer seduce. El hombre en actitud de mando, mientras ella toma la posición de obediencia y terminan en un juego de seducción.

—OK, Rocío, enséñame; la idea es tuya, las consecuencias serán tuyas también, soy un alumno imprevisible. El disco lo tenemos, ¿pero cómo conseguimos pasarlo?

—En casa tengo un tocadiscos portátil, a cuerda, con manija, lo traigo mañana, si quiere.

—¡Hecho! No cuentes a nadie que cumplo años y que voy aprender a bailar contigo. ¿Qué te parece si vamos a celebrar esta la tarde, los dos, a una confitería?

—Lo lamento, pero no, no puedo...

—Y yo lo lamento también, y mucho, voy a tener que festejar conmigo solo entonces. Un poco triste ¿no te parece?

—Ay, por favor, no diga eso, no me haga sentir mal, créame que quisiera acompañarle, pero justo hoy no es posible —ella titubea, no se anima a un beso, se despide con un hasta mañana y feliz día, y... disculpe.

—¿Disculpar qué?

Nunca había pensado en tangos, no me gustaban por tristonos y me parecían creados para latinos nostálgicos, bigotudos con jopo y cabellera engominada, pero ahora descubro que hay magia en el tango, que conduce de manera directa, corta, rápida, —en seguida no más— a estar cuerpo a cuerpo con una mujer. Sin esfuerzo, sin tratar de seducir, ni de convencer, sin cortejar, se produce un efecto inmediato. Basta que vibre la melodía de un tango, la mujer se entrega al hombre al ritmo de un dos por cuatro. ¡Así nomás, tan fácil es!

Para probar mi teoría, y además porque estoy de cumpleaños, esta noche voy a un cabaret. Afuera luces chillonas de neón, adentro, el aire que se corta, nubes de humo, olor a polvo tabaco y perfume, me siento a una de las mesas redondas. “¿Qué va tomar?”, me pregunta una linda chica con voz de hombre.

—Tónica con vodka.

En el fondo el escenario, donde una orquesta con el bandoneonista en el centro está tanguando y una cantante, un poco veterana, solloza al micrófono una melodía que habla de amor, soledad, sufrimiento, traición y olvido. Dos parejas, apenas visibles por el humo, bailan.

Se acerca a mi mesa una mujer excesivamente maquillada. ¿Deseás compañía? La miro. De jovencita tal vez haya sido atractiva, ahora la escasa luz la beneficia.

—Como no, siéntese por favor.

—Soy Sofía, ¿cómo te llamas vos? —me tutea.

—Max —le digo.

—Maxi, ¿me puedo pedir una bebida?

—Sí, claro que sí. La voz de hombre ya suena detrás con la bebida. La toma de un solo trago. Otra copa más, Jenny —ya no me pregunta.

—Maxi, contame de tu vida.

—No, no tengo nada para contar, vine aquí para ver bailar tango.

—Ah, mirá... así que te gusta el tango, ¿querés que bailemos, Maxi?

—Sí, cómo no, pero no lo sé bailar.

—Te voy a enseñar, Maxi, vení, cerrá los ojos, dejate llevar y seguí mis pasos.

La orquesta toca mi melodía preferida: *A media luz*. Ella me coloca en posición, qué lastima que mi primera experiencia como bailarín de tango tiene que ser con una mujer extraña y desconocida. Siento olor a sudor. Sus pechos, su cuerpo se aprietan al mío, la posición no es cómoda pero sí sensual, cierro los ojos y me encuentro totalmente receptivo a cada una de sus indicaciones. El entrelazar y la vuelta fracasan al primer intento, pero seguimos igual moviéndonos al compás de la música. Los movimientos, el contacto corporal y el de las piernas me

hacen estremecer. La canción termina, agradezco a Sofía —“llamame Sofi”, dice—, la acompaño a la barra y me despido de ella, antes de que pida otro trago.

Fue sensacional, pero nunca lo voy a poder bailar bien, mis piernas no son tangueras, sin embargo no dejaré de disfrutar la sensualidad, la obscena relación íntima entre música y baile, que provocan los sonidos rítmicos y emotivos de un tango.

Que me enseñe Rocío el más difícil de todos los bailes, y aunque jamás lo podré aprender, yo sé que al solo pronunciar las palabras mágicas ¿”bailamos este tango”? tendré a una mujer en mis brazos, para sentirla y tocarla y dejarme llevar por la melancólica melodía a las puertas del paraíso...

DESTINO

El destino puede ser caprichoso, no siempre nos lleva por el buen camino y luego ya no hay retorno. No dejo de pensar en eso porque... ¿por qué justo tuvimos en mente de radicarnos en la Argentina?

Era el año 1951. No puedo entender porqué nos enredamos en esa idea fija de comenzar nuestra nueva vida en este país. No fue el efecto tóxico del alcohol, pero aparentemente hay momentos cuando el cerebro deja de funcionar y uno queda fuera de la órbita de lo racional.

La cosa no era nada fácil. En el consulado nos negaron una visa inmigratoria, otro intento para una visa turística

también fue rechazado. Al fin conseguimos, mediante un sobre con contenido, una visa en tránsito, de paso, válida por sólo diez días. Para esa visa no tuvimos que cambiar de religión ni convertirnos en cristianos.

¿Quién lo sabía entonces y quién podría haber pensado en las consecuencias? Pero regía la Ley Cantilo. José María Cantilo era canciller durante la presidencia de Roberto Ortiz, un gobierno atrapado entre el fraude y la corrupción, lleno de indefiniciones políticas. Nadie se hubiese acordado jamás de Cantilo, que tristemente entró en la historia Argentina por la Circular N° 11, estrictamente reservada y muy confidencial, dictada en 1938 por el gobierno de entonces, ordenaba a sus embajadores negar visados a los “indeseables o expulsados”, en clara referencia a los judíos.

Llegamos un 25 de mayo, nos alojamos en el Crillon, frente a Plaza San Martín y tomamos dos semanas de respiro antes de dedicarnos a la búsqueda de un departamento. La ciudad es demasiado grande para recorrerla, así que decidimos comprar un auto. Casi no había coches en Buenos Aires, sólo carros tirados por caballos del lechero, el verdulero, el sifonero, el que vendía pan o el que repartía el hielo en verano. Conseguimos un Oldsmobile, un auto grande en buen estado, cómodo, con el color no había problema, ya que todos los autos eran negros. No había congestiones de tránsito, uno estacionaba justo en el lugar donde quería, todas las calles eran de doble mano y nadie tenía que cuidar del auto. No existían semáforos, no había accidentes y las mujeres

no manejaban. Recorrimos las calles vacías tratando de encontrar un cartel que dijera “Se Alquila”.

Alquilar un departamento no era cosa fácil... pero regía la absurda ley de alquileres congelados y los propietarios se cuidaban. Algunos pagaban sólo veinte pesos por un departamento de cien metros en la Avenida Libertador.

A las pocas semanas de haber comprado el auto, no se conseguía más nafta en la ciudad; fue racionada: veinte litros por semana nada más y el coche gastaba casi un litro por kilómetro. Tampoco avanzaban los trámites para conseguir el tan ansiado permiso de radicación. No teníamos ningún documento válido, ni cédula, tampoco registro para manejar, nada. Aparecieron gestores, gente de todos los colores que se daban mucha importancia ofreciendo sus servicios, naturalmente previo pago de un anticipo, para blanquear nuestra estadía en la Argentina... pero todo fue engaño sin resultados.

Después de las cinco de la tarde, decepcionados y rendidos por las búsquedas vanas, nos recomfortamos y reanimamos en el “El Galeón”, el elegante café de la calle Corrientes, disfrutando de las suaves melodías de Dajos Bela. Los sábados a la tarde íbamos generalmente al Colón y a la noche, a la catedral de la revista, el “Maipo”, donde aplaudimos a Nélide Roca, Maria Ester Gamas, Adolfo Stray, Marcos Kaplan y al elenco de bellísimas mujeres que insinuaban más de lo que mostraban. Los domingos, si el tiempo lo permitía, tomábamos el té en la terraza de la Munich, en la Costanera Sur. En realidad no

lo pasamos nada mal... pero el lunes tuvimos un poco de miedo.

A los pocos meses conseguimos un bonito departamento en Belgrano y pocas semanas después se produjo la gran noticia que nos hizo muy felices, nuestro primer bebé se había anunciado y nos preguntamos: será argentino, ¿tendrá documento?

El 1953 cansado del “*dolce far niente*” buscaba con qué ocuparme. Hice algo muy simple, que hoy se llamaría estudio de mercado. Los almaceneros, los dueños de restaurantes, los mozos eran todos gallegos. El rubro de la construcción con albañiles, carpinteros y plomeros estaba en manos de los italianos; las tintorerías eran de japoneses; los comercios, especialmente en el ramo textil, eran de los “rusos” —no se decía judíos— y los vendedores ambulantes eran turcos. Los argentinos eran todos empleados de la administración pública o políticos y trabajaban poco.

Sin conocimiento alguno, comencé una actividad comercial con toda la dificultad de un indocumentado. No pude abrir una cuenta bancaria, ni formar una sociedad, ni tener una sede, sólo me permitían pagar impuestos. Paulatinamente llegué a entender la idiosincrasia argentina. Mediante un respetable aporte a la “Fundación Evita”, conseguimos con la rapidez de un relámpago el permiso para radicarnos en el país, la deseado cédula y todo lo necesario para salir de la ilegalidad.

Mi empresa fue creciendo y ampliándose. La DGI, con los del tanquecito, ¿se acuerdan? me declaró “Gran Contribuyente”. Fui miembro de la mesa directiva de

la Cámara de Comercio Argentina, Vicepresidente de la Unión Industrial, di los primeros pasos, para las exportaciones de productos no tradicionales a EE.UU. Europa y América del Sur.

Creo haber sido un residente bastante útil para el país, aunque nunca me naturalicé argentino.

En medio siglo de actividad comercial pude resistir las cinco veces que sacaron un cero a la moneda. Patacones, Bonos, Pesos Nuevos, Pesos Argentinos, Australes, Pesos Moneda Nacional, todas las cuasi monedas. Resistí las devaluaciones periódicas, las olas de inflación, los “ahorros forzosos”. También las amenazas y las extorsiones de las “Unidades Básicas”, de los comités peronistas.

En el año 2001 ya no pude resistir más. La confiscación de mis cuentas y de los dineros, por el cínicamente y con liviandad llamado “Corralito”, quebró mi columna vertebral, de la mañana a la noche se hicieron humo mis esfuerzos, mis éxitos, mis logros de medio siglo. Derrotado, no pude levantarme más.

Ahora soy un jubilado, denigrado e insultado con una pensión de \$28 por día que me asignó generosamente la ANSES, luego de haber aportado durante 38 años.

Hoy, por mi edad y mi situación ya fuera de todo circuito social y económico, me pregunto: ¿cuál hubiese sido el resultado de toda nuestra vida, trabajando con la misma dedicación, con el mismo espíritu, esfuerzo y empeño en un país normal, como en Canadá, EE. UU. o Australia?

¿Quién lo sabe...? El destino fue caprichoso conmigo.

EL VIENTO

*El viento sopla una canción.
Melodías de emoción y pasión,
recuerdos atrapados en el
corazón.*

Oscurece ya cuando cruzo la 18 y Rio Branco para tomar el ómnibus a Carrasco. La suave brisa del río se convirtió en fuerte viento a punto de transformarse en tormenta. Mientras espero en la esquina ventosa ya caen las primeras gotas.

Quiero llegar bien tarde a la pensión, hace tres semanas ya que no pago el alquiler, ni por el desayuno, el lavado de ropa y tantas otras cosas. Espero no encontrarme con nadie, no tropezarme con la dueña, la señora Mariana, cuyos ojos oscuros reflejan demasiada compasión y pasión por mí. No ver la cara avinagrada de Rebeca, la hija siempre mal humorada. Quiero evitarme sus miradas.

Pero no llegué lo bastante tarde, la luz está prendida todavía y en el sofá se encuentra extendida la señora Mariana haciendo sus manualidades, masticando maníes y escuchando radio. Yo saludo y quiero pasar rápido y desapercibido, pero la señora me llama. “Venga, le preparé unos bocaditos, los tiene que probar”, me dice. Tengo un hambre de lobo, pero le digo no, no, muchas gracias, ya cené.

“Bueno, entonces siéntese”, me indica el lugar a su lado. “Cuénteme cómo fue su día, debe estar molido, tantas horas en la calle...”. Invento un cuento, de un empleo importante y muy bien remunerado para que no pierda la confianza en que algún día va a cobrar. “Lo tenemos que festejar”, me dice, se levanta y trae los bocados y una botella de licor.

“Señora, ya es tarde no quiero que se moleste”, pero mis ojos ya van devorando los canapés. “No es molestia alguna, al contrario, tuve un día horrible y necesito con quien hablar, desahogarme. Mi hija me causa tantos problemas, ya no sé qué hacer”. Sus ojos se humedecen, “estoy desesperada” dice. No es el momento todavía para que me vuelque sobre los bocaditos. “Cálmese señora, no se aflija, todo va mejorar, son cosas del momento, tome una copita”.

Le alcanzo un vasito con licor, ella me acaricia la mano. “No me diga señora, llámeme Mariana, ay qué bueno es usted”. “Gracias Mariana, ¿otro copita?” Lleno la segunda copa, mancho la mesa, mi corbata y ahora veo que es momento de masticar un sándwich. Mariana se levanta y busca algo para secar la mesa ratona. Cuando regresa pasa su mano por mi cuello y me da un ligero beso en la mejilla, muy cerca de la boca. Se arrima a mí para limpiar mi corbata. Al inclinarse siento su aliento calido y tengo la impresión de que sus senos quieren saltar del vestido.

No sabría decir si fue ella que acercó su cuerpo al mío, si fui yo quien la hizo recostar sobre mí, no sé qué

pasa, mis manos actúan solas, estamos besándonos, su cuerpo calido y blando está pegado a mí, mis dedos la tocan y la acarician y el deseo reclama su derecho. Luego permanecemos, abrazados todavía, en esa extraña postura hasta que se calma nuestra respiración.

De repente ella reacciona. “¡Dios mío, qué hicimos, qué nos paso!” “No, no, esto no es posible, no hicimos nada”, dice con voz sofocada. “Fue un sueño nada más, lo debemos borrar de nuestra mente”. Se acomoda la ropa, mientras su marido, Salo, baja la escalera en busca de un vaso de agua. “Su señora se siente mal, la tiene que llevar a la cama”, le digo.

A pesar de mi consternación y confusión cruza mi mente la saga de Leda. En los ojos de Mariana vi un flechazo de ternura y pasión, el aleteo del cisne moribundo.

Imposible de abordar la situación. Respiro hondo, muy hondo, pero no siento alivio. La atmósfera asfixia, todo parece irreal, sin embargo no fue un sueño.

Salí, estoy en la calle, dejó de llover y me castiga el fuerte viento. El deseo es causa de todo sufrimiento, pienso.

LA CIUDAD Y SUS MUJERES

Sorprendida, Anita abre el sobre blanco, chiquito. Es un mensaje de Alex: *Querida Ani, no sé cómo decírtelo, te pido que me perdones y te ruego que me olvides. Lo siento, te quiero, pero tengo que viajar, no creo que vuelva.*

El pequeño avión Fokker 50 a turbohélice acaba de cruzar la cordillera y sobrevuela la selva amazónica boliviana en dirección al aeropuerto Viru Viru de Santa Cruz. El cielo se ha vuelto gris y sombrío, ocupado por vanguardias de nubes negras a punto de reventar en un diluvio. El avión va perdiendo altura y se apresta al aterrizaje en medio de una tormenta tropical. Al descender siento el aroma de lluvia y de flores silvestres. De repente, rayos de sol invaden el firmamento y convierten el cielo gris en un profundo azul brillante...

Santa Cruz es hoy en día una ciudad cosmopolita, en la cual se refleja todavía el estado pre-hispánico. Ruinas colombinas y precolombinas, muy antiguas construcciones coloniales se conservan en el casco de la ciudad vieja que atestiguan la existencia de la cultura incaica y de la Nueva España. Los cruceños tienen rasgos de origen guaraní, de incas del Chaco, de los conquistadores, como así también el legado de los criptojudíos que buscaron salvación ante la inquisición. En la Nueva España, desde el Caribe hasta el sur del continente, el demonio estuvo presente en blasfemias, creencias, brujerías en los discursos de la

infame y sádica iglesia y de la sangrienta ortodoxia de la corona.

El monasticismo servía para desarrollar la demonología que el clero interpretaba como medio para llevar a la tentación la lujuria entre las monjas y monjes dentro de la hagiografía —la vida y el calendario de los santos—; en aquellos tiempos y expusieron que el diablo toma forma de mujer para seducir a los hombres.

En la primera mitad del Siglo XVII la persecución y brujería tomaron auge en la llamada Nueva España, donde habían existido más de treinta Tribunales del Santo Oficio. Pero el brazo asesino de Torquemada no llegó hasta Santa Cruz de la Sierra.

Curiosamente, Honduras y Bolivia eran los países predilectos para los criptojudíos, debido a que entre los siglos XV al XVIII eran lugares de difícil acceso, refugios con menor riesgo de ser descubiertos.

Es un hecho, que muchas de las familias católicas, las más aristocráticas y tradicionales de Santa Cruz, son de origen judío y llevan a cabo todavía ciertos rituales de sus ancestros. La presencia judía aún se mantiene viva e influencia la vida y cultura locales. Hay familias cruceñas que guardan candelabros de siete brazos y sirven platos preparados a la manera de sus antepasados, acordes a la ley de la *kashrut*:⁴ Familias antiguas, muy devotas del

4 El Kashrut consiste en todas las reglas alimentarias prescriptas por la Torá, analizadas y desarrolladas en el Talmud y, finalmente, codificadas en el Código Legal Judío “Shuljan Aruj”. Kasher significa “apto” en hebreo, es decir, todo aquello que está permitido ingerir para el judaísmo.

catolicismo, todavía acostumbran encender velas los viernes al anochecer y las mujeres cubren sus cabezas con mantillas costosas. También lloran, sentadas en el suelo, la pérdida de un ser querido. Después de casi cinco siglos miembros de estas familias reconocen su origen y practican el cristianismo con su mezcla de sincretismo judío.

Santa Cruz de la Sierra exhibe la silueta boliviana en el umbral del Amazonas; fundada en 1560, es el polo más agraciado y próspero del país. Los habitantes se distinguen por su fisonomía y su estilo. Al proceso de mestizaje entre indígenas, españoles, sefardíes se sumó el siglo pasado una oleada de emigrantes de centro Europa que llegó al oriente boliviano, y así surgió una nueva raza.

Tan extraordinarias como el paisaje son las bellas mujeres cruceñas. Totalmente liberadas, no viven más en la cotidiana y católica tortura del pulcro relajo y continencia. Antagónicas, con la herejía desplazaron al dogma. Hay un mito de la ninfa donde se conjugan la seducción, la prohibición y la erotización. La ninfa representa una belleza única e ideal, que se expresa también en sonidos que flotan por el aire. Son melodías que embriagan, adormecen e hipnotizan con la promesa de amor eterno y así —un profundo respiro mediante— llego a recordar mi estadía en Santa Cruz.

La calidez y el misterio de la inexplorada amazonía es reflejada en las mujeres cruceñas que saben acariciar los sentidos. Ojos que se pegan hasta encandilar, labios húmedos que se abren para besar, cuerpos calientes que

se acercan para sentir. La ternura, la delicadeza, lo sutil y lo romántico se hacían percibir tanto en las ninfas como en las mamacitas.

Hace ya muchos años caminé por el casco histórico de esta ciudad, que no tiene igual, por las calles de tierra y veredas altas y creo sentir todavía la acariciante y suave brisa de los lagos y de la selva. En aquella época mis ojos podían captar toda la belleza que el entorno ofrecía y tenía la edad justa para sentir, disfrutar y gozar a pleno la milagrosa y mística Santa Cruz. El pasado me lleva a secretos de mi inconsciente donde guardo los recuerdos.

El avión alcanza la altura de vuelo y la ciudad desaparece abajo. Desde la ventanilla de la nave echo una última mirada a las casas, las calles, la plaza de ese núcleo urbano que seguramente nunca más volveré a ver. Con tristeza digo adiós y que no la olvidaré.

Mi presente no está colmado así que lo relleno con mi pasado y como no tengo futuro hago revivir mi pasado en él. Es difícil de entender, pero yo sé lo que quiero decir...

MI AMIGO EL NOBEL

Yo tenía un libro de William Faulkner, firmado por él, que nunca había leído. También una fotografía donde él y su señora estaban junto a nosotros dos y otra pareja más. Si interesa saber cómo llegue al libro, cuyo título no recuerdo, cuento la historia.

Hay dos lugares en los EE.UU. que hay que conocer, sí o sí. No son *sightseeing*, no son museos, ni zoológicos, ni galerías de arte, son dos cabarets. Uno es el famoso “Gas Light Club” en Chicago y el otro es el “Latin Quarter Club”, en Manhattan. A fines de los años ’40, nos gustaba bailar, éramos jóvenes y fanáticos del jazz, del swing, del dixieland. Nuestros pies no podían quedarse quietos, se movían al compás cuando entramos a esa catedral del ritmo. Benny Goodman tocaba clarinete y saxo, Jane Mansfield cantaba jazz y nosotros no podíamos faltar.

El “*jean*” no existía todavía, se vestía traje y corbata, mejor todavía smoking y las mujeres lucían creaciones de seda, terciopelo, tul. Embriagado por unos martinis secos, pero mucho más por las melodías celestiales de Glenn Miller, siento de repente que algo frío y pegajoso recorre por mi cuello a la espalda. Un señor sentado en la mesa de al lado había tomado algunas copas demás; exasperado, se levanta, se disculpa, me seca, me ofrece su saco, pagarme la tintorería, me quiere meter cien dólares de los de entonces al bolsillo... Lo tengo que calmar.

Llegamos a charlar, juntamos mesas, nos presentamos. La señora rubia era Anne Millner, viuda de Otto Preminger, millonario, filántropo y famoso director de cine. Ella celebraba la edición de su primer libro “Toda para mí es todo”, una biografía de Albert Schweizer a quien patrocinaba. Su acompañante era sobrino de Albert Schweizer y la dama con mirada melancólica, un poco mayor ya, era la esposa de William Faulkner, el señor que había tomado demasiadas copitas y continuaba lamentando el incidente. Muy rápido entramos a hacernos amigos, charlando de bueyes perdidos. Sir William estaba totalmente tomado, apenas se podía mantener en pie, dormitaba y pasaba sin pausa una servilleta por mis hombros. Jane Mansfield se acercó caminando lasciva y sensualmente entre las mesas, micrófono en mano, cantando, dirigiéndose a nosotros y, cuando terminó la canción, se sentó en mis rodillas.

Sir William y señora estaban de visita en Nueva York, paraban en la casa de Anne Millner, en Central Park West y, para hacerlo corto, nos invitaron para otra copa más. En América finalizan las veladas con un *drink* y no con café.

El departamento parecía un museo de arte africano. Cientos de fotos, artesanías, tejidos y en el medio de un gran salón, en caja de vidrio sobre un pedestal, un par de zapatos gastados de Albert Schweizer, el médico, filósofo, teólogo y músico de origen franco-alemán que dedicó su vida a los gaboneses en Lambarene, al oeste de África. Los millonarios americanos tienen sus extravagancias...

La noche si hizo larga, quisimos volver al hotel, Anne nos firmó su nuevo libro y Sir William apareció tambaleando con uno de los suyos, hizo unos garabatos a modo de dedicatoria, me dio un beso, me llamó hermanito y me manchó el traje de nuevo.

Insistieron en llevarnos al hotel. Anne tenía un Oldtimer, un Ford de los años '20, que arrancó con dificultad porque la noche era helada; quisimos tomar un taxi de los tantos que pasaban, pero no, insistían en llevarnos.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando la policía nos paró. Manejaba Anne, íbamos en zigzag, William transpiraba y olía a whisky, nosotros dos estábamos medio dormidos y la esposa de Faulkner lloraba. Los cinco fuimos a parar a una celda de la comisaría y ahí nos quedamos hasta que aparecieron los abogados de Anne, que nos liberaron después de pagar una fianza.

La despedida fue apresurada. Al despertarnos a media mañana no podíamos recordar dónde vivía exactamente Anne Miller, ni ella sabía dónde estaba nuestro hotel, ni tampoco habrá recordado nuestro apellido. Las huellas se perdieron, los recuerdos reviven.

QUIERO CAMBIAR

No me aguanto más, tengo que cambiar, tengo que renovarme. Quiero ser otro, un típico exponente de esta época, quiero ser canchero, usar un tono de voz seductor, quiero ser un tipo con onda, saber bailar la milonga y el tango, quiero tener una causa con la justicia como todo el mundo, quiero que me consideren “piola”, me haré hincha del deportivo San Venancio, seré el Casanova de Villa Diamante, un macho Alfa, un picaflor depredador. Me dejaré crecer barbita, me peinaré con Glostora, ya que para *afro look* no me alcanzan los pelos, y por quince días no me lavaré. Voy a usar camisas floreadas, pantalones ajustados en colores estridentes y zapatillas con lucecitas. Los domingos iré a la bailanta de Almagro para coparme con la música de la Mona Jiménez y susurrar cumbias a los oídos de las minas. Veranearé en el balneario de La Salada y llamaré a las chicas que ahí abundan “Mis Bebés”, me comeré las “s” y conjugaré los verbos al revés.

Me llenaré de orgullo por ser un auténtico grasa —¡quiero sentir el gusto de la pizza cuando chorrea muzzarella! Mi problema es el tatuaje. Es caro, doloroso e imborrable, pero no lo voy a evitar, el cuerpo liso es lo más aburrido que hay, cosa de viejos. Me haré nada más que un detalle muy delicado en el brazo derecho, un corazón tal vez, atravesado por una flecha. Pero en la parte más íntima, la que cubre mi pantalón, quiero algo personal. En un lado pensaba perpetuar la fisonomía de

Maradona y en la otra mitad —no me lo atrevo a decir y no es por falta de respeto; al contrario, mis principios religiosos son inamovibles— pensaba, tal vez, en el Santo Padre. Nadie se va poder ofender, porque es un asunto muy privado entre mis favoritos y yo.

El *piercing* tendrá que esperar por falta de recursos, pero será un clavito en el labio.

Lo que me importa, es dejar de ser un señorón, un clásico, un burgués, un aburrido. Este lastre quedara atrás y en el olvido. Quiero complacerme cuando me mire al espejo, quiero ser otro, haber nacido de nuevo y gustarme tanto como para hacer el amor conmigo mismo. Parte del cambio ya fue hecho y la reacción en la calle es interesante: las mujeres agarran fuerte a sus chicos de la mano, otros cruzan de vereda cuando me ven, es impresionante cómo llamo la atención. Casi todos miran para otro lado, tan grande es la envidia que me tiene la gente.

Acabo de recibir dos avisos. Un telegrama donde me entero que estoy despedido y una carta documento: ¡me tengo que mudar de casa!

¡Empezaré a vivir de nuevo! Durante la semana venderé buzones a los inmigrantes latinos recién llegados.

ETTI GORENBURGH PERELMUTER



UNA CONFESIÓN BIOGRÁFICA

Durante seis años felices ha ido salpicando trozos de su biografía, cada vez que un estado propicio de ánimo la impulsó a develar alguna de sus peripecias, ante la buena voluntad del auditorio. Así fueron desfilando temas de los que frecuentemente le exigían un bis. Ella exprimía con la mejor voluntad su cerebro para lograr una nueva versión sobre el mismo asunto.

Y este es el día en que después de una noche de insomnio, al no encontrar otra solución, se ve obligada a

revelar un acontecimiento vergonzoso de su pasado que creyó poder ocultar para siempre.

Entérense pues, que en la noche en que se festejó en su casa la llegada de aquel Año Nuevo, ¡ella se emborrachó! ¿Cómo pudo suceder ese escándalo, siendo que jamás probaba vino? Ni siquiera su esposo —sanjuanino él— logró despertar su gusto por tan familiar bebida.

Como todo el mundo sabe, las categorías de la borrachera son múltiples. Existe la borrachera violenta, la alegre, la desinhibida, la lacrimógena, la pendenciera, la libidinosa, la taciturna y... no las nombré todas. Omití una: La que necesita un cómodo colchón cerca. O sea la que podríamos nombrar la borrachera “mustia” o “aburrida”. Por esta causa, en las ocasiones de brindar, el licor no pasaba de sus labios y el mejor champagne iba a parar disimuladamente de su copa a la botella de vinagre.

Aquí debo revelarles otro secreto: La culpa fue del clericó tan sabroso que preparaba su marido con mucha fruta y vino.

Así fue como de pronto su asiento se volvió inestable. La silla se puso a bailar para atrás y lo más raro del extraño fenómeno era que nadie se daba cuenta del hecho. La embargó un irrefrenable deseo de sentarse en el piso con la espalda apoyada en el aparador.

¿Sentarse en el piso? ¿Por qué no? ¡Seamos informales! ¡Total estamos entre amigos y familiares!

—Lénchik, ¿qué hacés? —le susurró, algo azorado su esposo.

Ella se dio cuenta de que él no había asumido todavía la costumbre moderna de la informalidad, así que aceptó la mano que le tendía y se fue a dar una ducha fría que terminó por despejarla.

Esa resultó ser una fiesta muy alegre hasta altas horas de la noche. Por discreción, ella nunca preguntó si además de la suya hubo otras sillas bailarinas.

LAS CAMAS DE MI VIDA

No sé de qué modo apareció aquel sofá elegante, tapizado en pana verde, entre los sencillos muebles de la vivienda anexa al hospital de la pequeña aldea. El hecho es que allí estaba y sigue estando vividamente en mi memoria.

No es para menos, ya que tomé posesión del lugar desde el mismo día en que cumplí un año de vida y —sin requerir mi opinión— fui expuesta en una fotografía para la posteridad, de pancita abajo y exhibiendo mis encantos.

Dada mi relajada y placentera expresión, tal vez podría declararme precursora de la idea que dio origen a los modernos balnearios nudistas. Como fuere, el diván verde se convirtió en el lugar predilecto de mis juegos.

Las camas que acompañaron mi vida me han brindado su cálido abrazo y me han dejado gozar, soñar, sufrir, descansar y llorar.

No olvido la de nuestro alojamiento durante aquella primera noche en la periferia del gueto, donde fuimos atacados por las chinches, felices del manjar que les ofrecíamos con nuestra sangre no contaminada por tales transfusiones, chinches inolvidables, chinches con baberos, que pululaban hambrientas por todas partes: sobre la mesa, sobre el piso...y que nos obligaron a escapar en busca del lecho acogedor que nos brindó el suelo del patio.

¡Qué diferente de aquella cama grande en que me metía en medio de mis padres al despertar por las mañanas! ¿Y la vieja valija de mimbre sin tapa, que tapizada y adornada fue convertida en un “moisés” para mi primer hijito? ¿Y la cama de aquel majestuoso hotel, a donde mi esposo y yo “aterrizamos” desprevenidos y recibimos detalles de atención inesperados? —en los que solamente faltaba ser levantados en brazos para acostarnos—.

De regreso a nuestro hogar, seguimos recibiendo durante años tarjetas promocionales del hotel en donde “se nos extrañaba”; y al que no regresamos a pesar de que las mismas estaban hermosamente ilustradas y redactadas...

No puedo dejar de mencionar las sucesivas camas de todo tipo, cuyos elásticos cada vez más reforzados, mis dos hijitos varones se ingeniaban en torcer y doblar con sus encantadores saltitos y juegos, provocando el asombro del mismo herrero que las fabricó en una ocasión especialmente para ellos. Sus palabras aquella vez fueron: ¡qué niños son éstos?!

No existe un mueble más paciente con nuestra fatiga o dolor que una cama. Queda silenciosa en su propio sueño hasta que llega el mío y acudo a ella. Me recibe sin hacer preguntas ni reproches y cada mañana, me devuelve a la vigilia para cumplir otro ciclo de vida. Amiga incondicional y a cualquier hora, no puedo imaginar mi descanso sin su presencia generosa.

LAS JÉLEM⁵ -INVERSIONES

Antes de nuestro viaje, mamá se dedicó a hacer diversas compras. En primer lugar aprovechar los ahorros para iniciar la adquisición de posible futuro ajuar de mi hermana en edad de merecer. De ese modo aparecieron entre otras cosas una cartera y una elegante capelina, entre verde claro y loro.

La fecha de partida a América se iba acercando y nuestros padres aún no habían decidido como aprovechar el dinero restante del modo más práctico. No habíamos logrado convertir —clandestinamente— a moneda extranjera, más que una muy pequeña suma. Llevar el resto con nosotros sería inútil ya que perdería por completo su valor.

¿Qué podría constituir algún bien en Argentina y que estuviera al alcance de nuestro bolsillo? Después de largas consultas con conocidos que ofrecían desde diamantes

5 Jélem: Nombre ficticio de pueblo de ingenuos, “Bobadalandia”.

a pieles, la elección —totalmente *treif*⁶— recayó en un perrillo de cerdo y una horma de queso (verdadero lujo y rara adquisición en el desabastecimiento imperante). Eso sería algo práctico. ¡Quién sabe si habría comida en el camino que emprenderíamos!

Ya teníamos adquiridos dos tapados para caballero con interior de piel. Pero ¿cómo trasladarlos? En la frontera, seguro que incautarían uno. Mamá se dedicó a coser ambas pieles bajo un mismo forro, como si fuera un solo tapado. No teníamos valija suficiente donde cupiera la voluminosa prenda. Esa carga la llevábamos al descuido echada sobre un brazo.

Con muchos miramientos y cuidadosamente envueltos para no delatar el tesoro con su aroma, los valiosos paquetes comestibles nos acompañaron a través de Hungría hasta Austria, a donde llegamos a una hora en que tanto la oficina donde debíamos concurrir para obtener el alojamiento como así también las casas de cambio, estaban cerrados. Los hoteles donde tratamos de ingresar exigían por adelantado el pago del que recién dispondríamos por la mañana. A duras penas llegamos a un albergue, donde semicongelados por el extremo frío invernal que campeaba libremente en aquella sala sin ningún elemento de calefacción, fuimos despertados a la madrugada junto a nuestros menesterosos compañeros, pudiendo comprobar que varias de nuestras pertenencias habían desaparecido. Por suerte —o por su peso— nuestros atesorados paquetes nutricios como así también

6 Alimento considerado impuro en la religión judía.

el tapado en el que cifrábamos las mayores expectativas, estaban con nosotros.

Unos días después llegamos a Génova donde teníamos reservado el alojamiento en una hostería familiar hasta nuestra partida.

¡Sueño de las mil y una noches! Imaginen nada más: dos luminosas habitaciones con cortinas en la ventana, dos camas con colchas floreadas, una cómoda, dos sillas, una toilette con espejo y, además el lujo de los lujos: ¡todos los muebles haciendo juego! Nuestros padres sacaron de las valijas lo necesario para la estadía y los famosos paquetes nutricios recibieron honrosa ubicación bajo una de las camas donde permanecieron varios días, hasta que sus envoltorios no fueron suficientes para contener las emanaciones que comenzaban a abrirse paso.

Sucedó que simplemente no hubo ocasión para echar mano a tan selectas provisiones. Ante nuestra sorpresa, ¡allí se comía sin interrupción!

Por la mañana, estando todavía en la cama, unos golpecitos en la puerta nos anunciaban la llegada del desayuno: café con leche, mermelada, manteca y...un tierno panecillo blanco que parecía recién salido del horno. Antes de que atináramos a pensarlo, se nos avisaba que nos esperaba el almuerzo: Una entrada de algún fiambre o algo de ensalada, un exquisito y abundante plato de *pastasciuta* y siempre había al costado del plato uno de aquellos panecillos increíblemente blancos. De postre se nos preguntaba si preferíamos una manzana o... una naranja. ¿Qué creen que elegíamos nosotros? ¿Quién

podía comer más? Cuando pensábamos que hasta la cena ya se nos dejaría hacer la digestión, de pronto llegaba la merienda, igual al desayuno. Desde luego, la cena tampoco faltaba.

Había que tomar una decisión, ya: ¿Cómo deshacernos de los paquetes? ¿Dónde tirarlos sin que nadie se diera cuenta? ¡No podíamos pasar la humillación de ser descubiertos!

La resolución de la crisis recayó en la primogénita de la familia: ella debía salir con el paquete, sentarse en un banco de la plaza y dejarlo “olvidado” allí sin que nadie se diera cuenta. Mi hermana tomó obedientemente el paquete, se dirigió a un banco solitario, dejó el paquete en el suelo, echó una cuidadosa mirada alrededor para asegurarse que no era observada y levantándose sin apuro comenzó a alejarse.

¿De dónde salió aquel muchachito que a los gritos de “señorina, señorina” corría tras ella? Mi hermana recogió el paquete “olvidado”, agradeció su amabilidad al joven y ya en el albergue, se negó de plano a repetir el intento.

Pero la necesidad obliga y Silvy impuso una condición: Yo la acompañaría. Así lo hicimos. Por suerte, no hubo que esperar que la tercera fuera la vencida y esa vez la empresa finalizó exitosamente.

Ah, pero falta todavía contarles qué pasó con la primera parte de la Jélem-inversión. ¿Se acuerdan del magnífico sombrero? ¿Qué hacer? Tal bodoque no podía colocarse en una valija. Se iba a estropear, ¡Dios no lo permita!

Durante el viaje y ante la falta de una sombrerera, alguna cabeza debía servirle de sostén. Ante la irreductible rebeldía de mi hermana, la obligada responsabilidad recayó en mí. No sirvieron las lágrimas, ni las protestas, ni los reclamos de que “el sombrero es de ella y no mío”. Hasta que llegamos a la Argentina, Silvy cargó en su mano con la cartera, y yo en la mía con la capelina.

En cuanto a nuestra inversión más preciada en la que cifrábamos tan grandes expectativas, desapareció una noche de incógnito, del clavo en que permanecía colgada en el camarote del barco. Al parecer alguien supuso que un simple abrigo no podía tener semejante peso y debía guardar algún tesoro oculto en su interior.

Tal vez quieran saber qué fue de la capelina después de su controvertida llegada a estas latitudes y, a quién coronó en su existencia posterior. Pero nadie lo supo nunca ni lo investigó. Hizo mutis con toda discreción sin que ninguno pudiera contar cuándo ni dónde desapareció.

FOTOGRAFÍAS

Abrir la caja donde guardo mis fotos es sumergirme en retazos de vida. Imágenes que me acompañaron, testigos de las mudanzas del tiempo, vienen en tropel a visitarme, sonriéndome desde el pasado. Cada uno con sus anécdotas, flashes instantáneos de historias, paisajes, voces y colores.

1935-36. Un gran patio desnudo en el avanzado otoño europeo, que hace parecer aún más pequeña la minúscula figura parada en el medio.

Otra: Toda la familia y —no podía faltar— sentada a mis pies, la muñequita de trapo preferida.

¿Y quién es la niña sonriente con carita de travesura —¿1937?— de pie entre sus dos primos? ¡Esa soy yo, por supuesto!

Y vuelvo a ser yo —no hay fotos intermedias— en 1947, la que va de regreso desde el colegio, con dos amigas.

Las caritas de mis niños creciendo. ¡Qué ternura! Primer cumpleaños, primer día en el colegio. Peter Pan sobre el escenario de la escuela. Una medalla recibida el último día de clase, al pie de la bandera. Sofita, en brazos de su hermanito mayor, cuyo rostro radiante no puede ocultar la emoción y el cuidado al sostenerla. ¿Y qué decir de la felicidad con que resplandece al lado la sonrisa del padre?

“Cumpleaños – casamientos”

“Amigos y con amigos”

“Antiguas fotos de familia”

“Vacaciones” —rezan algunos álbumes.

Mi hermana con mis sobrinitos —en la actualidad próximos a ser abuelos—. ¡Qué joven, qué chiquitos!

En el grupo que asiste a la fiesta, aquella señora mayor —tía de algún pariente lejano— sonríe afectuosamente bajo su ridículo sombrero.

Mamá, que repetía su augurio en cada encuentro y despedida: “*Guezínt in parnúse in nájes in kinder?*” ¡Ay, mamá! ¡Siempre la misma cantinela! ¡Chau, mamita!

El alma se le expande en la mirada. ¡No puede hacer más para expresar todo lo que alberga! Y la última foto de mi esposo:

—No te vayas, Lénchik.

—No, mi amor. Estoy acá.

Desde la foto, papá con su semisonrisa tierna, dirige directo a mí la luz de sus ojos y me infunde seguridad.

—¡Sí, todo va a salir bien! —confirma el espejito mágico de su mirada.

Y más... más personajes idos, cuya imagen ataviada con las mejores galas —no siempre propias—, enviaba la familia a los parientes de la lejana América y que reencontramos... —¿reencontramos?— al llegar a la Argentina.

Me embargan sentimientos de añoranzas y de tristezas. Cierro la caja. ¡No, no hay que abrirla con demasiada frecuencia!

MI AMIGA INOLVIDABLE

Hace mucho tiempo que dejé de tener noticias de mi querida amiga Gerta, pero su recuerdo no me abandona y sigo viéndola con los ojos del alma cada año, al festejar el Día del Amigo.

7 Salud, bienestar y satisfacciones con los hijos.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar al ingresar a la escuela y desde ese día fuimos inseparables. Gerta...

A ella le disgustaba que la nombrasen así porque le recordaba a su tía gorda y solamente respondía al nombre de “Gertútza”, diminutivo cariñoso de su nombre.

Siendo vecinas, íbamos y volvíamos juntas y, juntas hacíamos los deberes. Ella venía a mi casa y aprobaba mi manera de resolver los ejercicios de aritmética. Yo le agradecía su confianza y después de escribir en mi cuaderno la composición “La vaca”, “Mi casa” o “Mi mamá”, escribía otra diferente para ella. Gertútza esperaba pacientemente, sin enojarse por la demora, y vaciaba el plato de galletitas recién horneadas por mi madre.

Siempre me cuidaba, y abría mis ojos ingenuos a la realidad, me defendía de todos.

Todo lo compartíamos, incluso los paquetitos de la merienda que nos daban nuestras madres para la escuela. Casi siempre al abrir el mío, encontraba el sándwich de milanesa quemada que hacía la mamá de Gertútza en vez del de dulce de leche y nueces que me daba mi mamá y que tanto me gustaba. A pesar de la decepción, me halagaba saber que mi amiga podía apreciar lo sabrosa que era la comida que hacía mi mamita. Fue Guertútza quien me alertó contra las trampas que hacía mi hermana para sobresalir y ganarse la preferencia de mamá. Ella tenía solamente hermanos, y se sentía feliz porque decía que los varones son preferibles. Si el día en que desapareció el cuaderno de notas de la maestra mi amiga hubiera estado a mi lado, seguro se hubiera dado cuenta de quién fue

el que lo metió en mi bolsito, para salvarme de aquella vergüenza. Pero ella justamente había ido al baño y se quedó un rato en el patio al aire, porque se sentía un poco mareada.

No sé porqué a mi mamá no le gustaba para nada Guertútza y hacía lo posible por alejarme de ella. De todos modos yo iba muy raras veces a su casa a pesar de que toda esa familia era muy cariñosa, sobre todo su abuelito que siempre quería sentarse cerca de mí para acariciarme. Igualmente yo me alejaba porque no me gustaba su tic nervioso de lamerse sus labios y mostrarme la lengua. ¡Pobre! Parece que de chica fui algo insociable.

Además cuando iba a su casa y me sentaba en algún lado, comenzaba a rascarme porque sentía que algo subía y me hacía cosquillas por las piernas o espalda. Es posible que algunas de las muchas mascotas que tenían en su hogar acudieran a darme la bienvenida.

Jamás pude calcular la cantidad de hermanitos que tenía, porque siempre asomaba detrás de una puerta o debajo de algún mueble alguna carita al parecer resfriada, a juzgar por los mocos. Otros iban y venían mezclando las fragancias de sus pañales con el aroma de frituras, ajo y pescado provenientes de la cocina.

¡Pobre amiga del alma! La guerra nos separó. ¿Qué habrá sido de ella?

En ocasiones la vida nos reserva sorpresas insospechadas. Algunos años atrás, caminando una tarde por las calles de Buenos Aires, me encontré de pronto frente a frente... con la tía Gerta. No había

cambiado, hasta su vestimenta y maquillaje lucían igual de estafalarios como la conocí en mi infancia. ¡Pero qué joven se veía!

¡No puede ser la tía!, pensé. ¿Será otra persona que se le parece increíblemente?” Y sin poder contenerme me lancé hacia ella gritando: ¡Gertútz! ¡Era ella! ¡En Argentina! Lo primero que me hizo saber fue que su nombre argentino era GRETA.

Juntas fuimos a sentarnos emocionadas en un restaurante porque mi amiga me confesó que todavía no había almorzado. Greta me contó los avatares de su azarosa vida, sus penurias y compromisos en momentos en que justamente se estaba separando de un marido vago que la había dejado llena de deudas que ella no podía cumplir. Estaba al borde de no tener ni para comer y de sufrir el desalojo de su vivienda que el marido había hipotecado para jugarse el dinero a la ruleta. Greta necesitaba urgentemente una suma importante, de la que no disponía y estaba desesperada.

Nos quedamos hasta muy tarde, ella contando y yo escuchándola estremecida. Así que pagué la consumición y nos despedimos con un abrazo y lágrimas de emoción, citándonos para el día siguiente.

Convencí a mi esposo de entregarme la suma necesaria para ayudar a salvar del desalojo a mi amiga y llevé el dinero a Greta esa misma tarde. Mi amiga insistió en asegurarme que me lo devolvería en cuotas, apenas consiguiera un trabajo, aunque yo por supuesto no lo puse en duda. Con el corazón acongojado la vi alejarse muy apurada para realizar el trámite.

¡Cómo no iba a ayudarla, si fue Gertutza quien me brindó los primeros auxilios y salvó mi vida, cuando mi espalda se clavó en el cuchillo que ella había retirado al revolver el asado, el día de su cumpleaños, aquél en el que su padre invitó a todos sus compañeros y todos nos divertíamos tanto! Me apena que hasta ahora no haya vuelto a saber nada más de su vida. Desapareció de pronto.

¿QUIÉN RECUERDA A MINA SCHOR?

Cuando ya no logramos cerrar el cajón que guarda lo atesorado, llega el momento de la decisión que tantas veces postergamos. Esta vez es inevitable hacer una selección, releer las cartas, las anotaciones, cuentos y poesías propias y ajenas, los artículos que alguna vez guardamos allí para volver a recordar, todos esos papeles de los que no nos pudimos desprender y después ya no volvimos a ellos. ¡Ah! Pero aún faltando el recuerdo constante, guardamos en nuestra conciencia la seguridad de que en el momento deseado, estarán a nuestro alcance.

¡Bien! Ya salió el pesado cajón. Hemos dado el primer paso. Sabemos que la tarea que nos espera no es sencilla y que la mesa del comedor tardará varios días en desocuparse.

Uno por uno pasan por mis manos recortes de diarios y revistas, comentarios... ¡Qué buen artículo!

¡Imperdible! Sigue vigente después de tantos años... Los folios que contienen los escritos de mis compañeros de taller... No puedo dejar de releerlos... a ver... ah, no me acordaba de éste... ¿cómo pude olvidarlo?

En realidad, después de hojear y detenerme más tiempo en algunos, veo que la pila de los papeles prescindibles es totalmente insignificante con respecto a cómo crece lo que debe volver a guardarse. ¡Así no lograré acomodar este cajón!

De pronto...el folio con los últimos escritos que nos dejó Mina Shor. Las hojas ya tienen un color ligeramente amarillento, pero resucitan entre mis manos.

¿Se acuerdan de Mina Schor? Ya no está entre nosotros y yo lamento no haber tenido el placer de conocerla por más tiempo. Porque Mina Schor era una señora muy especial. Brillaba en su sencilla dignidad, sin buscarlo, sin vueltas, con su aspecto tranquilo y bondadoso, con su actitud medida y afable.

Si es verdad que los seres con los que hemos compartido los días siguen vivos mientras alguien los recuerda, Mina Schor revive ante mí cada vez que al buscar algo en el dichoso cajón, tropiezo con el folio de sus escritos. Yo los guardé como guardo su recuerdo.

Descansen en paz los seres que amamos y se fueron, pero no dejemos morir su recuerdo. Volvamos a invitarlos de vez en cuando y que su espíritu llegue a reunirse con nosotros para acompañarnos algunos instantes, mientras los evocamos.

JULIA HAHN



HOJA DE VIDA

Nacida en Viena en el año 1938, sacada a patadas de allí, llega a Buenos Aires en el mismo año y se instala en el funebrero barrio de Chacarita. Hermosa planta alta sobre un bar y encima una terraza enorme con una pequeña piecita. Ni una palabra en castellano hasta los cuatro años.

La madre bajaba al bar para hablar por teléfono en pantalones cortos, para gran diversión de los parroquianos y escándalo de los mojigatos.

Nuevo barrio, Liniers, la calle el gran patio de juegos y escuela de idiomas. En una semana aprendizaje del castellano. Ya lo habla y lo entiende, aunque a veces confunda camisería con comisaría.

Ingreso tardío a la escuela, ya que recién en julio cumple los seis años. Nuevos aprendizajes, nuevas diversiones, una frustrada comunión que nunca pudo tener, así como el hermoso vestido blanco. Conciencia de las diferencias, eran dos en la clase que participaban de los aprendizajes de la moral, a los demás no les hacía falta.

Profesor de religión para conseguir una diferencia sustentable.

Terminación del ciclo primario, ingreso al secundario, escuela nueva, Liceo N° 1, Anchorena y Santa Fe, muy lejos del barrio, un medio totalmente distinto, a pesar de ser 50 a 50 la relación de los comunes con los diferentes, todo bastante mal, salvo las notas, todas buenas.

Y por fin la Facultad, qué placer, todo le encantaba, cómo no se iba a divertir si un trabajo era estudiar el antiguo Parque Retiro y dibujar y escribir las conclusiones. Además se iba en patota y duraba hasta que cerraba. Gran placer, gran.

Luego los proyectos, cada año más complicados, los planos, las maquetas, aquí hasta el marido de la amiga ayudó y por fin el diploma, papel para el que se habían realizado todos los esfuerzos.

Y ahora ¿qué? Todo el mundo por delante, ¿cómo empezar? Solución, dos años a Europa, pero ¿adónde?

A Alemania. El tío casi tuvo un infarto con la noticia. La decisión estaba tomada. Sería por dos años.

Los dos años se transformaron en veintitrés, no fue sólo divertido, pero qué lindo estar en Europa, tan cerca de la arquitectura aprendida en libros.

Una vida fuera del país donde se educó, le hizo sentir aun más que no pertenecía a ningún lugar.

Volvió, extrañaba el sol, los lugares conocidos que acompañaron su niñez y no se integró al primer mundo tan fuertemente regido por el consumo y un quizás sano egoísmo que les impide ver al señor de al lado.

Y aquí está y siente que estuvo bien volver, vivir en un clima más benigno y encontrarse con sus pares, los que tienen la misma historia de dolor y desarraigo y con los que emprende un nuevo viaje hacia esos bellos sueños que aún tienen.

YO, DIGO

Yo, digo y creo que todos saben quién es. Yo, digo, como si fuera el centro del universo.

Yo, digo y creo que todos saben que odio la injusticia.

Yo, que amo el sol, la playa y la arena.

No la de Saint Tropez, que no conozco, sino la de Villa Gesell de mi juventud.

Yo, que no soporto las apariencias y los buenos modales mal aprendidos.

Yo, que disfruto y sufro mis recuerdos, que no son tales, pues era un bebé.

Yo, que vuelvo cada año a Viena a buscar lo que aún no encontré y sé que está allí.

Yo, que visito a mis abuelas en el Zentralfriedhof⁸, para que sepan que nunca me olvidé de ellas.

Yo, que sigo buscando la familia que me robaron y que aún existe.

Yo, que sigo hablando el alemán, el idioma de mi infancia y no permitiré que me lo arrebaten.

Yo, que no encuentro el sosiego de la edad madura que hace rato transito.

Yo, que amo inventar todo de nuevo, como si no hubiera sido descubierto hace siglos.

Yo digo que soy feliz en esta búsqueda de lo inhallable.

MADRE E HIJA

Viena. 1938.

Hija: —¿Dónde estamos? Todo está tan oscuro... ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué estamos en la calle?

Madre: —Estamos volviendo a casa. Es de noche. Todo está bien, no te asustes. ¿Por qué preguntas tanto si en realidad no puedes hablar? Aún eres un bebé. ¿Cómo puedes comprender? O será que el miedo se transmite y

8 Cimiterio Central de Viena.

lo percibes más que yo, y por eso reaccionas como una vieja sabia...

Hija: —¿Por qué le tiraron piedras a mi cochecito? ¿Qué hice yo para que no me quieran? ¿Qué buscan con tanta agresión?

Madre: —Quédate tranquila, ya pasó todo. Las piedras no te golpearon; sólo lo intentaron pero no tenían buena puntería. Podemos estar contentas, no nos pasó nada. La sacamos barata...

Hija: —No quiero estar expuesta a tanta agresión. ¿Qué es lo que no les gusta de nosotros? ¿O acaso les hicimos algún daño? ¿Les quitamos algo? ¿Por qué nos odian? ¿Quiénes son? ¿Son sólo algunos o son todos los que nos rodean? Madre, estamos perdidas, no nos quieren, nos arrinconan, nos dejan sin espacio, nos quitan todo, no nos dejan respirar. Debemos huir, madre. Tengo mucho miedo.

Madre: —Hija adorada, te protegeré, te sacaré de aquí. Con papá y el abuelo nos iremos a otra parte, donde no nos odien, donde podamos respirar y reír, donde no nos pregunten qué religión tenemos...

Hija: —Madre, quiero vivir, quiero correr y saltar, quiero poder estudiar, quiero gozar del sol y de la lluvia, sin esconderme, sin huir, sin mentir sobre mi identidad.

Madre: —Tranquilízate, todo volverá a la normalidad; sólo tendremos que partir, encontrar un nuevo lugar para vivir, un nuevo suelo para instalarnos, un nuevo idioma, una nueva libertad para recobrar la perdida. Abracémonos fuerte. Te prometo que todo va a cambiar.

EL MOSCARDÓN

Como todos los domingos de verano, lo pasábamos en Ezeiza, en la quinta del tío, recuerdo del *Saubersdorf* de su padre en Austria, un castillo de cuarenta habitaciones, extensos terrenos llenos de árboles frutales, un gran estanque, en el que mi madre aprendió a nadar, una pequeña capilla, monumento histórico. Allí aparecían las visitas a comer el clásico asado, acompañado por la tradicional ensalada de papas que preparaba mamá. Las demás ensaladas y postres las traían los invitados. La gran mesa bajo los árboles nos esperaba.

Yo, adolescente, disfrutaba de esos domingos ya que, en la semana, mi madre, mi hermano y yo estábamos solos; papá y el tío venían los sábados, en cambio la tía que decía aburrirse en esa quinta solitaria, aparecía solo cuando venían las visitas. La comida era muy rica, había de todo: primero chorizos, morcillas y achuras, y luego el exquisito asado.

Pero ese domingo imborrable fue distinto a todos. En general, después de comer opíparamente, con postres como strudel de manzanas, ensaladas de frutas, o la clásica torta de chocolate de mi madre, se descansaba un poco, y después se jugaba: la canasta en la que me incluían porque siempre faltaba uno, el críquet, con los arquitos y sus palos largos. Otros se quedaban como lagartos tirados al sol.

Ese día ocurrió algo insólito. Ya estábamos todos sentados a la larga mesa, cuando apareció un moscardón.

Primero se ubicó sobre los chorizos y morcillas que había en un plato; mi tío, rápido, trató de espantarlo, pero el moscardón se ubicó en su frente y al tratar de sacárselo de encima, trastabilló y cayó sobre la tía que, justo, tragaba un bocado de morcilla. La pobre casi se ahoga. Pero eso no es todo, el tío con el cuchillo que sostenía, le cortó en dos el vestido. Ante tanto desastre el moscardón siguió su camino y picó a una señora, que largó lo que tenía en su mano, el hueso del asado fue a dar precisamente en el entrecejo del vecino.

El revuelo era tremendo, mi tía corrió hacia la casa a vestirse, la señora picada echaba alcohol para desinfectarse, y mi tío que vio al moscardón nuevamente sobre la mesa, trató de aplastarlo haciendo saltar los platos de los comensales que estaban alrededor. Mi madre, un poco asustada, nos llevó a nuestro cuarto temiendo que todo terminara mal. Los demás gritaban y juntaban sus cosas para emprender la retirada. El moscardón pacíficamente buscó nuevos rumbos. La rutina del domingo había sido desbaratada.

MUDANZAS

Mis dos grandes mudanzas fueron en 1983 y 1994. En 1983, después de vivir dieciocho años en Alemania, volví a la Argentina. Había venido sin nada pero era increíble lo que había acumulado. Lo primero que tuve que hacer fue ver qué conservaba, qué tiraba, qué vendía.

Mi madre en su último viaje me había regalado una hermosa cama. Tuve que venderla, era un bulto demasiado grande para llevar, lo mismo que mis sillones, comprados no hacía tanto.

De los muebles sólo conservé dos sillones, que aún tengo, el televisor y algunas lámparas.

Pero lo que más lugar ocupaba eran los libros, los discos y los casetes. Todo eso fue a parar a un cajón enviado por barco.

Estuve días haciendo la lista de todo lo que mandaba. Tiré tantas revistas, todas de arquitectura, también material de la profesión, sobre todo material técnico de firmas alemanas que en Argentina ni existían. Por suerte el armado del cajón lo realizó mi amigo Alfredo. Preparé todo y él lo hizo entrar. El cajón fue construido especialmente de acuerdo a las medidas que yo di.

Y después lo increíble: mis cosas partieron mucho antes, ya que el barco tarda más tiempo, pero cuando yo decidí emigrar, no conseguí la entrada al país.

Hice varios viajes al consulado de Frankfurt, sin ningún resultado, mis papeles no volvían de la Argentina, y con la noticia de que mi cajón ya había llegado, y que me cobraban por el tiempo que quedaba en depósito, decidí irme a la Argentina con una visa por ciento ochenta días y conseguí mí permiso de estadía permanente en Buenos Aires.

Y así fue, lo que no pude conseguir en meses en Alemania, lo conseguí aquí en una semana, conociendo a la persona adecuada.

Volví a Alemania en 1990 de visita, me tentaron con un trabajo, había llegado con mis valijas de turista y decidí quedarme. En 1994, volví de nuevo a la Argentina, esta vez el cajón fue más pequeño, y sin ningún mueble. Apenas el televisor y libros y más libros, y discos que en 1983, habían quedado en Alemania por resultar sospechosos, pues aún estaba la junta militar. Este cajón mas chico lo armé yo sola, en Argentina estuve como extranjera pero residente, así que no tuve ningún problema. Había aprendido la lección.

SOPA CELESTIAL

Llegar a casa y sentir el rico olor de la comida que hace mamá. La mesa ya está puesta. En la repisa, las flores nuevas para esta semana. La mesa luce sus mejores galas. Hoy es el cumpleaños de Pedro, mi hermano, y ya empezamos a festejarlo desde el mediodía. No están los platos de todos los días, hoy sale de su escondite la porcelana de la abuela, con las florcitas pequeñas y rosadas. Tampoco está todo servido. Mamá espera a que los tres estemos sentados.

En cuanto lo hacemos, aparece la soperá llena. Mamá, con su cucharón, empieza a repartir. Grandes aplausos de nosotros dos ante una de las sopas que más nos gustan, la *Criessnockelsuppe* —en recuerdo a mi madre incluí su receta en Ecos, la revista de Tzedaká—. Es deliciosa; en un caldo totalmente claro, bailan unas pelotitas de sémola

con mucho huevo y manteca, pero son tan esponjosas que, cuando te las ponés en la boca, no te enterás, porque aunque a veces son un poco grandes, se deshacen totalmente. ¡Realmente un manjar! Tienen una suavidad celestial y, a pesar de haber estado en Viena y haberla pedido en varios restaurantes, nunca fueron tan suaves como las que preparaba mi madre.

La comíamos lentamente, haciendo ruido al sorber el caldo, disfrutándola para hacerla eterna.

Mi madre sonreía. Era uno de esos momentos inolvidables que marcan la vida. Y, al terminar, repetíamos. Es que la comida ya no era importante, nada tan rico como la sopa. Y el ritual era completo. Un feliz cumpleaños con una *Criessnockelsuppe* era lo máximo que uno podía ambicionar.

Afuera, frío; adentro, esa sopa humeante que calentaba nuestros estómagos y nuestros corazones.

EL HERMOSO VESTIDO

Nunca me hubiera imaginado tener un vestido de gasa amarilla tan importante, cantidades de tela y el vals de los quince.

Nunca hubiera pensado tener algo así, pero igual lo pedí y mi madre, con ese amor tan suyo, totalmente exagerado, compró la tela y lo confeccionó, a pesar de que no correspondía al nivel de gastos de nuestro hogar.

Los tiempos cambiaron, hubo que partir, tuvimos que dejar todo, sólo una valija para cada uno, mi padre, mi madre, mi hermano y yo. Cada uno con su valijita. En la mía, metí la mayor cantidad de libros posibles, no eran muchos, los veinte kilos no lo permitían. Pero lo que no faltó fue el vestido amarillo, a pesar de todo, de no estar en vísperas de fiestas, no quería desprenderme de él.

Mi hermano, más pequeño, llevó su pelota de cuero, tan querida.

Nos instalamos en otro país, por segunda vez, no fue nada fácil.

El vestido amarillo seguía colgado, con ese color tan fuerte y tan cálido pero la moda lo había vuelto totalmente arcaico.

Pasaron veinte años, mi hermano decidió casarse y el vestido amarillo volvió a mi memoria, mi madre lo renovó completamente, transformándolo en corto y con un cinturón en las rodillas, tipo charleston, la última moda en ese momento.

Y también el casamiento pasó.

Los tiempos cambiaron y volvimos a nuestro segundo hogar, la terrible época de muertes y desapariciones había pasado y mi vestido amarillo volvió conmigo, esta vez transformado en una hermosa falda. Y así sigue aún en mi casa, en mi ropero, junto a mis otros vestidos.

COLECCIONES

Nunca entendí el placer que produce coleccionar. Quizás porque mi filosofía de vida es tratar de poseer lo menos posible para ser lo mas liviana, más libre y poder cambiar de lugar físico sin problemas. ¿Qué se colecciona? Todo. Lo posible, lo imposible. Los avaros, el dinero; ¿y los demás?

Mi alumna de alemán coleccionaba cajitas o sobrecitos de fósforos. Cada vez que viajaba le traía varios y su alegría era inmensa. Más interesante es coleccionar estampillas. Eso lo comprendo mejor. Es mucho lo que se puede aprender. Se conocen los países, sus capitales, sus hombres o mujeres importantes, sus reyes. A pesar de todo, creo que hay algo enfermizo en el coleccionista. Su mayor ambición es completar las posibles piezas o partes. Nunca llega a tenerlas todas. Y si lo tiene, puede llegar a gastar grandes sumas para completarlas. ¿Qué es lo enfermizo en este accionar? Creo que detrás del coleccionista hay una gran soberbia. Hay algo parecido a sentirse un pequeño Dios en ese ámbito. Poseer todo lo posible de ciertos elementos lo transforma en un ser especial y su mayor placer es zambullirse en ellos. Es su gran posesión. Hay un cierto erotismo entre los objetos coleccionados y el coleccionista. Por no decir una relación amorosa. Se los mira, se los toca, se los guarda con gran cuidado. Es un tesoro muypreciado que por lo general no se comparte.

El coleccionar da una sensación de poder, es poder ordenar una parte del mundo, por lo menos en el pequeño ámbito de los objetos coleccionados.

MAÑANA DULCE

Ella pensó que no iba a ser como todos los días. Algo especial iba a suceder. Sentía brillar el sol con más fuerza, el calorcito que daba era más agradable, casi una caricia. Su corazón latía rápidamente; los músculos, listos para todos los embates.

Casi no tocaba el piso, sentía que caminar era volar, no había ruidos, el silencio era maravilloso, sólo un CD recién puesto la acompañaba con su sinfonía preferida.

Las tostadas doradas, el dulce de arándano traído especialmente de Bariloche, exquisito; un jugo de naranja recién exprimido y el diario, infaltable todas las mañanas.

Además, era muy temprano, había mucho tiempo para disfrutar, se había levantado a las seis y media y hacía rato que la luz diurna invadía todo el departamento. Miraba las paredes, llenas de recuerdos de personas y obras vistas, de películas amadas, de cuadros. ¡Cómo le gustaba ir de un elemento a otro, recordando quiénes eran o de qué el lugar provenían! Como ese cartel de “Rojos globos rojos”, de Eduardo Pavlovsky, interpretada por él. O la tarjeta con la fabulosa cabeza de Tadeuz Kantor, al lado de Julio Cortázar en esa foto que Sara Facio le sacó con el

cigarrillo en la boca, tan conocida; o una foto de Alfredo Moffat y un artículo escrito por él hace muchos años, “Una aproximación a la pobreza”.

Ése era su mundo y zambullirse en él le producía placer.

La mañana fue pasando, las horas desgranándose; lo especial, lo tan esperado no sucedió, pero el disfrute de esa mañana dulce fue inmenso.

TODOS LOS SENTIDOS

Tantas veces nos suceden maravillas en la vida y sentimos que debemos hacer perdurar ese día, esa hora, ese segundo para siempre. Al lado de esas sensaciones siempre viene la contracara, si no cómo podríamos distinguir uno de lo otro...

Voy a contar algo que me dio mucha felicidad en mi último viaje a Viena. Siempre quise obtener información sobre mi familia, sobre su vida en esa ciudad antes y después de que yo naciera. La primera fue una época muy feliz; la segunda, terrible.

Nací en julio de 1938 y en marzo del mismo año, los alemanes habían ocupado Austria. Un elemento muy importante de esa época fue una declaración de bienes, obligatoria para todos los judíos, con fecha tope 27 de abril de 1938. En mi viaje anterior, ya había tratado de

conseguirlo. Fui al archivo del estado de Austria pero como me quedaba allí sólo cinco días, hice el pedido pero no lo pude retirar. Es asombroso cómo todo está perfectamente documentado. Esta vez me propuse conseguirlo y además averiguar el destino de tres hermanas de mi abuelo y sus esposos, a quienes aparentemente los mataron en Theresienstadt o en Terezin. Pero esa es otra historia.

Cuando me ocupo de estos temas todo hierve en mi cabeza y se me hace difícil ordenar mis ideas.

Con quince días de estadía en Viena, esta vez pude ordenar todo muy bien. Fui al archivo del estado de Austria, elevé mi solicitud en forma escrita, una por cada uno de mis familiares. Me pidieron que llamase en tres días y, cuando lo hice, me informaron que los documentos ya estaban. Partí hacia el archivo, allí me remitieron al encargado que se ocupaba de las “declaraciones” y me las entregó en mano. Sentí una emoción increíble, estaban todas, menos la de mi padre. El documento del padre de mi madre, —mi abuelo el *Opa*— y el de ella, llenados a máquina; el del *Grossvater*, mi otro abuelo, manuscrito. ¡Qué sensación increíble fue tener en mis manos esos informes!

La escritura del *Grossvater*, con su letra maravillosa... yo tocaba los papeles, los miraba, los olía y todos ellos aparecían nuevamente junto a mí.

Absorbí con todos mis sentidos ese momento. Trague o casi comí la información, olí el papel y leí con ojos asombrados todo lo que ellos me contaban...

Mi abuelo Geza, tan inteligente, hizo dueña a mi madre de mucho dinero, a través de un préstamo que ella dio a su negocio.

Y mi *Grossvater*, ingeniero, jubilado de los ferrocarriles de su país, con un título típicamente austríaco, Oberbaurat, sin traducción posible, profesor de una escuela técnica, me mostraba sus pocas pertenencias, hasta una alfombra por 100 RM, estaba en su lista.

Lloré sí, sin que la gente se diera cuenta, sentada en una sala donde la mayoría eran estudiantes o investigadores. Después de mirar hoja por hoja, de mirar cada firma, fotocopié todo en una fotocopidora que funcionaba con monedas.

Este importante tesoro lo tengo ahora en casa, en Buenos Aires, y seguro que releýéndolo encontraré aún más informaciones sobre mis padres y abuelos. Por suerte, todos ellos llegaron a la Argentina y allí comenzó otra historia.

ENHEBRANDO IMÁGENES

Tantas historias con collares de perlas, robos importantes, hasta asesinatos.

Nada de esto se me ocurre, me quedo en lo doméstico, lo pequeño, lo intrascendente, lo que forma parte de nuestro diario vivir.

Actualmente poseo dos collares de perlas, uno verdadero y otro de perlas de cultivo.

Ninguno de los dos puedo usar. A ambos se les rompió el hilo y no imagino quién los podría enhebrar. No sé porqué el enhebrar perlas me produce tantas imágenes. Son como las distintas etapas de la vida que se sostienen en ese hilo y al enhebrarlas se las hace visibles.

El collar de perlas verdaderas era de mi madre. Son unas perlas minúsculas pero muy brillantes. El otro, el de cultivo, el mío, me lo había regalado mi tío Franz, hermano de mi madre. Me encantó en su momento, ya que amo las perlas, lástima que unos años después me enteré que se las quiso regalar a su esposa, y ella no lo aceptó porque eran muy pequeñas.

Mi tío Franz no tenía hijos y siempre nos hacía regalos a nosotros, sus sobrinos, a mi hermano y a mí.

Sus regalos a veces me molestaban, pensaba que él creía que haciéndonos regalos conseguía nuestro amor.

Creía que no era necesario, bastaba con que nos prestara un poco de atención.

Mi madre murió hace cinco años con noventa y un años, el tío murió muy joven, con sesenta, cuando tuvo no sé qué número de infarto durante una reunión de consorcio.

Cuando en 1965 me fui a Alemania, él vino a despedirme al barco; pasaron cuatro años y volví en mi primera visita, pero él ya había muerto. Llegué en noviembre en 1969 y había fallecido en marzo.

El tío nos permitió entrar legalmente a este país en el año 1938, con eso nos salvó la vida. Todos los parientes que no se pudieron ir de Austria murieron en campos de concentración. Increíble, cuántos recuerdos puede traer un collar de perlas...

EL TIRA Y AFLOJA

Nunca pensaban cambiar su lugar de residencia. Pero las circunstancias, la historia, los hechos, los odios, trajeron nuevos vientos a sus vidas.

Hacía treinta y cinco años que vivían, formaron un hogar muy feliz, en la Hirschengasse 2, Distrito VI de Viena. Tuvieron dos hijos: un nene, Franz y una nena, Martha. La madre, Julia, varios años después siendo aún joven, se enfermó, pero no logró superar su dolencia y murió. Franz quiso trabajar con el padre, pero como no se entendieron, se fue a Alemania, a una zona muy linda, donde se trabaja mucho con piedras semipreciosas, allí instaló su negocio, una sucursal de la central de Viena.

Martha trabajaba con el padre, Geza, visitaba a los clientes, arreglaba las ventas y llevaba la contabilidad, ya que había ido a una escuela comercial. Siempre pensó en irse de Viena, trasladarse a Israel, ayudar a un nuevo estado que los judíos tanto ansiaban tener. Al morir la madre, no se atrevió a dejar al padre solo y se quedó. Conoció a Egon en el club Hacoaj, salieron varios años y se casaron en 1936. Pudieron quedarse en la misma casa, se instalaron en la habitación más grande, donde con la ayuda de muebles diseñados adecuadamente, tenían un sitio para varios usos, dormitorio y lugar de estar.

Llegó el 12 de marzo de 1938. Austria fue invadida por los nazis y todo cambió. Martha estaba embarazada, el negocio de Geza fue tomado, él seguía trabajando, pero se instaló un administrador nazi. Franz, el hermano

de Martha, ya estaba en Argentina luego de haber sido echado a patadas y expropiado su negocio en Alemania; probó en Barcelona, España, después la Guerra Civil lo volvió a expulsar y terminó en Argentina para poder salvar a su padre, hermana, esposo y sobrina.

El padre, Geza, no quería abandonar Viena, pero llegó el 9 de noviembre y comprendió que el tira y afloja en el que se había metido, no tenía sentido. Había que abandonar todo. Había que salvar la vida. No fue nada divertido pasar la noche del 9 de noviembre en la Central de la Gestapo encerrado junto a Egon y un montón de otros judíos, sin saber qué iba a pasar al día siguiente. Un pasaje a Buenos Aires, les permitió volver al departamento. Y allí Geza cambió totalmente. Dijo: “De aquí hay que salir rápido, vayamos a Hamburgo a esperar la salida de nuestro barco.” No mas discusiones, no más tira y afloja, había que irse. Había que abandonar una vida para empezar otra, muy lejos de allí.

MI TAZA REFUGIO

Tengo una taza a la que quiero mucho. No es de esas antigüedades llena de historias. Es sólo una taza bastante altita, elegante, con una buena asa: realmente es única.

Es la que uso todas las mañanas para tomar mi té. Mi té especial: Earl Grey que me encanta y cuyo aroma me parece sublime.

La taza tiene dos inscripciones, de un lado dice: “Gracias por dejar tu huella” y del otro: un símbolo y Tzedaká, Fundación de la Comunidad Judeo Argentina.

La amo muchísimo y nos fue regalada por Fundación Tzedaká hace varios años, por lo menos cinco.

Aparece todos los días en mi bandeja de desayuno que me preparo muy cuidadosamente, porque la considero la comida más importante del día. Mis tostadas, un queso blanco, una rica mermelada artesanal, actualmente una de frambuesas, un Actimel, un yogur, una banana y cuando es época de frutillas, las frutillas con yogur y el diario que fui a buscar antes de preparar el desayuno. Y mi taza, con el té humeante, sobresaliendo entre todos los elementos, acompañándome, como me acompaña Tzedaká. La Fundación Tzedaká fue para mí el sitio que estaba buscando. Es mi lugar de inclusión, de pertenencia, de refugio, de actividad, de seguridad. La taza lleva implícito todo eso. Y me lo recuerda cada mañana, con su aroma a mi té preferido.

FELICIA KLAWIR



MIS CAMAS

Mi primera cama fue una especie de almohadón Mangosto y doblado en dos, ajustado con primor por cintas y moñitos a los costados. Bastante asfixiante, sobre todo si tomamos en cuenta que las piernitas tenían que ser colocadas estiradas y los bracitos muy ajustados a los costados del cuerpo. Una momia perfecta. ¿Esta camita militar habrá influido sobre algunos de los hechos que me pasaron a lo largo de mi vida? Tengo que consultar con mi terapeuta...

De mi segunda cama no me acuerdo, la tercera era como una cuna. Más que acordarme, son los recuerdos

de mi mamá, que no perdía ninguna oportunidad para contarme a mí, y a todos los que quisieran escucharla, o no, lo maravillosa que era su nena, que se paraba sola, sacudía la reja de la cama y levantaba la pierna para salir. Lo más curioso es que a mí su orgullo me parecía natural.

La cuarta era normal y maravillosa. Mi mamá se acercaba, me daba un besito. Mi papá me envolvía en el edredón de plumas por los tres costados de la cama, no sea que la nena tomase frío. En el corto tiempo antes de dormirme, desfilaban sueños, hadas, enanitos, reinas y príncipes. Nubes, alfombras mágicas y, como en aquel tiempo leía la Biblia para niños, imaginaba las escenas de los tan lejanos antepasados e invariablemente, lagrimeaba cuando José lloraba sobre la tumba de su madre.

Los veraneos los pasaba en distintos lugares. Me llamaban la atención los colchones: de arpillera rellenos con tallos de trigo. Tal vez eran incómodos, pero yo no los sentía así. ¡El mundo era bello! ¡Qué feliz me sentía!

De golpe, el big-bang. Mi mundo se hizo trizas. La cama seguía siendo la misma; yo ya no lo era. Seguía soñando, pero los sueños habían cambiado. Había un muro vergonzante, agresivo. Así hasta 1942: el principio de la “gran acción”. Dormir en la misma cama siete noches seguidas se había convertido en un lujo. No podría contar cuántas y distintas fueron todas; eran más bien bunkers, que camas. A veces no sabíamos si quedarnos abajo o subir. ¡Dependía de las bombas! Si eran las comunes, convenía ir al sótano. Si eran las de gas, arriba, porque el gas se asentaba.

Después, la cama número... ¿cuánto? Me acuerdo que en Sterdyn trabajaba de lo que viniera. La mujer del dueño de casa tuvo que irse a Varsovia por dos días. La noche en la que viajó hubo una gran tormenta. Yo estaba tan cansada que me dormí enseguida. Me despertó una mano que me sacudía. Era el marido, cuyo nombre no recuerdo. Me dijo: “correte que tengo miedo”. A lo que yo, con más miedo que él, porque si bien no sabía de qué se trataba —mi mamá no me dijo nada al respecto—, vagamente sospeché por algunos chismes de las chicas y le contesté: “Ay, no, señor, yo no puedo dormirme si tengo a alguien a mi lado”. El insistió. Y yo, con voz tímida pero firme: “Mire, de verdad, ni siquiera dormí con mi mamita”. No se movió. La luz de los relámpagos permitió que lo viese. Estaba parado ahí. Se dio vuelta, pero antes me lanzó una frase como una cachetada: “¡tan linda y tan estúpida!”.

Después de la visita de los alemanes, volvimos a Varsovia. Otra cama. Y ya perdí la cuenta...

No duró mucho, porque volví de la misa adonde supuestamente iba. En realidad me dirigía adonde estaba mi hermano tan amado, pero él ya había sido llevado de la calle.

La cama del bunker en Swider... cuando los rusos ya habían avanzado hasta el Vístula y los alemanes todavía estaban del otro lado, nos metimos en un montículo lleno de troncos de madera que nos hacían de lecho. Me levantaba molida. De noche se intercambiaban los disparos, hasta hoy no sé si eran Katiushkas. Y ese era el arrullo que nos acompañaba.

Después, la cama de España y la de ahora. ¡Dios mío, qué cantidad de ellas a lo largo de mi vida! Podía haber tenido una fábrica. Pero no, hubieran sido unos objetos sin historia. En cambio las mías, están llenas de vida.

NADA

Las directivas de mi hermano eran claras: si yo no sobrevivo, acordate bien, en la calle tal y tal, en el ático, a la derecha de la chimenea, en la fila nueve contando hacia arriba, he escondido dos brillantes. Hay que remover el ladrillo, atrás están los dos envueltos en un trapito blanco.

Lo aprendí de memoria.

Llegó un día en el que los rusos ya habían ocupado la otra orilla del Vístula. La gente empezó a volver, harapienta; sombras, con ojos desorbitados, salidos del horror. Habían visto mucho, pero siempre quedaba un poco de esperanza. Se arrastraban hurgando entre las ruinas, con un dejo de ilusión: a lo mejor quedó algo de sus cosas queridas que los ligaba con un hilo invisible a su pasado, con su dignidad pisoteada.

¡Oh, milagro! Entre lo poco que quedaba en pie, estaba el edificio que mi hermano me había indicado. También estaba el portero. Nos atendió amablemente (!!) y nos guió hasta el lugar en el ático. Llevaba algunas herramientas.

Empecé la tarea. Todos contando los ladrillos hasta que nos pusimos de acuerdo acerca de cuál debía ser. Empecé a remover. Nada. Removí varios a su alrededor. Ni señal.

¿Cómo pudo haber desaparecido? No lo sé.

Al principio me sentí frustrada. De a poco, mi estado de ánimo fue cambiando. Está bien que haya ocurrido de ese modo. Así, ninguna alegría, ningún consuelo empañó el dolor de haber perdido a mis seres queridos.

APUNTES DE UNAS MUDANZAS

La tarde se puso gris, densa y tensa, o soy yo que me siento así. Estoy leyendo unos apuntes de Pedro Mairal. Sesudos, entrañables. Hay material para pensar y dar vuelo a la imaginación. Uno en especial me llama la atención: es sobre un pececito dorado y las distintas maneras de mudarlo sin que ello haga sufrir a su hijito, elucubran toda clase de mentiritas. Sus cavilaciones no me gustan por dos razones:

Primero, porque no dudan en engañarlo, todo por su “bien”, el de hoy, pero provocan que su hijo en el futuro no les tenga más confianza.

Segundo: ¡qué nimio, qué fútil me pareció todo eso! Al principio me parecía curioso y normal. De golpe, un ruido, un “ay” de lejos, me hizo comparar con otras

experiencias, las más. Fueron muchas, y todas volvieron a mi memoria...

De cuando era chiquita y veraneaba en Michalin, recuerdo muy poco. Un poco más grande, otros veraneos en Swider. De ahí, todos recuerdos felices: los verdes, las flores, las castañas, las bellotas verdes todavía, las ardillas saltando de rama en rama. Me sentía parte del todo, insertada en la naturaleza.

Me frotó los ojos, ya estoy en medio de la guerra. Por suerte, estando el departamento dentro del área delimitada por los nazis, no tenemos que mudarnos.

Todavía veo las bolsas de arpillera en el sótano, llenas de harina, arroz, papas y otros alimentos resguardados por mis padres previsores.

Año 1942. Los nazis entraban a los patios de cada edificio “invitando” por medio de altavoces a los habitantes a los “campos de trabajo”. Les daban una hora para llevarse sus cosas, a sabiendas de que traerían las de más valor cosidas entre los pliegues de su ropa. Ahora sí hay que cambiarnos. Vamos a la fábrica Astrawerke. Es el lugar donde trabajan mi hermano, entre otros cincuenta y siete ingenieros. También yo trabajé en otros menesteres: lavaba los pisos, ayudaba en la cocina, limpiaba los baños. Estaba ubicado —no la fábrica sino el edificio, destinado para el personal—, justo en la esquina de Gesia y Zamingoffa, que más adelante fue el lugar donde emergió el monumento a los caídos en el gueto. Y así empezó la palabra “*szybrowania*”. En ningún idioma hay un equivalente para esta palabra, sería como robar,

pero legalmente, se consideraba como un trabajo o una limosna. Los que estuvimos en los bunkers salíamos de noche para “szłobrować”.

De noche cocinábamos lo que habíamos encontrado, dejado por los otros. Tenía que ser de noche porque, si no, el humo que salía por las chimeneas podría alertar a los alemanes. Pero no duramos mucho ahí; un día vinieron los nazis y no sé con qué objeto empezaron a tirar muebles de todos los pisos bajos al patio, que era muy chiquito por ser un edificio de la esquina. Vaya a saber por qué razón empezó a arder. La desesperación se apoderó de nosotros. Mi hermano repartió toallas mojadas con las cuales nos tapábamos la boca y la nariz. Anudó tres sábanas con la intención de saltar al techo lindante, dos pisos más abajo. Varios lo sosteníamos con fuerza cuando oímos el grito de Mietek, mi muy amado hermano, con voz angustiada: “Súbanme, que se está rompiendo”. Se rompió, él cayó cinco pisos. ¿Van a creerlo? No se quebró nada, eso sí, quedó todo azul.

El fuego fue apagado por bomberos. Igual había que irse. Luego encontramos otro edificio con un bunker, dejado por otros, y así muchas veces.

Después vinieron los rusos; estando sola cambié muchos lugares: Praga, Lublin, Varsovia. Más tarde, París, Uruguay, Argentina. También con varias mudanzas. Pero, a pesar de que tuvieron su impronta y habría mucho material para contar, no vale la pena: eran mudanzas de gente normal.

AL ENCUENTRO

El ciudadano checo H.Y. fue condenado a morir a las 15 horas. En varias hojas escritas a máquina, Borges describe lo que siente y piensa a un ser humano en esta circunstancia. En larguísimas descripciones, tan largas que parecían interminables, expresa su conocimiento del otro. Sin embargo, H.J. murió a las 15hs y 32 segundos.

¿Cómo pudo Borges penetrar en el laberinto de lo inasible, lo intocable y expresarlo tan vívidamente?

Por un rato me quedé laxa. En mi cabeza, como si fuera una pantalla de cine, desfilaban muchos casos parecidos a ése. Entre otros, vino a mi memoria un libro de Czeslaw Milosz. Describe a un puñado de hombres desnudos, ateridos de frío, parados frente a una fosa previamente cavada por ellos. En frente, unos cuantos soldados alemanes en posición de ¡disparen!

Escuché la orden, que fue inmediatamente ejecutada. El ta-ta-ta de las ametralladoras no paraba. Los cuerpos caían unos sobre otros. Al caer en desorden, a veces arrastraban a los que todavía seguían vivos. Entre ellos cayó uno —llamémoslo Juan—. Ya en la fosa, pensó en la suerte de que no lo hubiera alcanzado ninguna bala. Así que se metió un poco más adentro. Pero los cuerpos caían sin parar. A pesar de su confusión, Juan comprendió que su muerte sería aún más terrible que la de los otros. Trató de emerger haciendo frenéticas señas para llamar la atención de los soldados.

Uno de ellos lo vio. Le gustó el “juego”. Empezó a tirar a los costados de Juan, cuidando de no acertarle. Pero él trató de emerger. Con sus fuerzas menguadas, trató de acertarle él a la bala. El soldado seguía con su “diversión”. La voz de Juan, ronca y desgarradora, se mezcló con los gritos de los heridos: “¡Santo Dios, mándame una bala! ¡Oh, bala, ven a mí! ¡Bala, por amor de Dios! ¡Bala, santa bala! ¡Santa ba...!

AMJU

*“Yo necesitaba contar, arrancar las imágenes,
reconstruir en palabras la pesadilla,
para que la memoria siguiera su camino hacia la verdad”.*

Graciela Komerovsky, en **La luna
negra, sangre y utopía en los setenta**

Durante un paseo con mi querida Lucy nos pasó algo que me hizo recordar un incidente de otros tiempos. La guerra todavía no había terminado cuando los rusos, después de esperar seis meses mientras duraba el levantamiento de los polacos, cruzaron el Vístula. Se encontraron con una Varsovia arrasada en un 88%. No había luz, agua, remedios, ni siquiera algún medio de locomoción. Por suerte, se podía llegar a través de camiones militares rusos, que se prestaban, habiendo

lugar, para que subiera la gente común. Un día me tocó ir a un lugar alejado. Me paré a ver si venía alguno. Tuve suerte: delante de mí paró uno de los militares, estiré la mano, subí y me acomodé entre dos soldados. El camión era un Dodge, suministrado por EEUU. Ellos lo llamaban “mi *Dochka*” —hija, en ruso—.

Un buen tiempo viajamos sin hablar. En un momento, el que estaba a mi derecha se inclinó hacia mí y dijo: “*¿amju?*”. No se parecía a ningún idioma eslavo. Y entonces, por mi cabeza y con la velocidad de un rayo, muchos pensamientos se cruzaron con sentimientos. Primero: el MIEDO. Miedo paralizante —me olvidé que los alemanes ya no estaban—, así que supuse que tenía que ver con lo judío.

¿Y por qué a mí, a la que ha pasado tanto tiempo como aria y de la que nunca nadie dudó de la “pureza” de su sangre? Este hombre se había dado cuenta de que yo era judía. “Imposible”. Lo miré, vi su cara, sus ojos y comprendí: Sí, él sabía, y ahora sabía que yo sabía.

¿Cuál fue mi contestación? En mi pulcro polaco y sin acento judío, dije: “No entiendo, señor. ¿De qué me habla?”. No sé si me entendió.

Ahora, desde la perspectiva de tantos largos años, estrujo mi mente. Aparece algo olvidado: en los tiempos en los que caminaba por las calles, ya fuera del gueto, sucedía que, a veces, me cruzaba con alguien y un presentimiento me decía “seguro, es un judío”, y al darme vuelta nuestras miradas se cruzaban. Cuánto expresaban. Se podría escribir mucho, sobre todo lo que súbitamente

sabíamos de nosotros. Era algo inasible. No se podía hablar ni tocar y, sin embargo, era casi palpable.

Al soldado que me dijo “*amju*” y a mí debió pasarnos lo mismo.

Pregunto: ¿Cómo el miedo pudo echar raíces dentro de mis entrañas? Se apoderó de todo: de mi sangre, mi mente, corazón, estómago. Todo está carcomido. O tal vez no: ya pude empezar a hablar sobre mi historia con algunos no judíos...

UN COLLAR DE PERLAS

El tema sobre el cual tengo que hacer el trabajo no es nada fácil, sobre todo porque estoy acostumbrada a atenerme a los temas de guerra. No sé cómo empezar.

Ya pasaron diez minutos y nada. A ver, a ver: algo está asomando, con esfuerzo, el ceño fruncido, como si se entreabriera una puertita. Se corporiza y distingo no sólo un collar, también unas cuantas joyas. Claro, mi padre era joyero, era natural. Lo habré visto pero no tengo ninguna anécdota sobre él. A pesar de eso, pertenece al lote de joyas de mis recuerdos. Así que... ¡a trabajar!

Desfilan ante mis ojos anillos, pulseras y otras alhajas.

Creo haber escrito la historia de mis cosas. Por si no, la voy a repetir:

Mietek, mi hermano, que me llevaba doce años, saltó junto con su mujer del tren que se dirigía a Treblinka. Cayeron entre el trigo ya maduro. Ella se fracturó la columna y murió el mismo día. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, Mietek volvió a Varsovia. Nos encontramos. El traía una caja. Se imaginan lo que había adentro: uno para vos, uno para mí, repetía hasta que se vació todo. Mientras él hacía esto, mi cara se nublaba, mis ojos enrojecieron y caían gruesos lagrimones.

“No llores, yo te voy a cuidar, ya verás. Vamos a sobrevivir, seguro”.

Volví al lugar donde paraba. Me saqué la bombacha y, una por una, fui cosiendo cada pieza. Con unos trapitos sueltos las tapaba cosiendo alrededor de ellas. Durante nueve meses no me la saqué. Y jamás la lavé porque no tuve dónde colgarla, era un peligro. Con el tiempo, la tela se fue gastando y las cosas se iban cayendo. Un día antes de separarnos, mi hermano me dijo: “En la calle tal y tal, número tal y tal, en un ático de la ventana a la izquierda, el ladrillo onceavo y de abajo ladrillo noveno. Sacá el ladrillo y vas a encontrar una cajita con varios brillantes. Cuidala”. No la encontré.

Un día fui a ver a una vidente, acompañada por una amiga de Mietek. Apenas entramos, tomó mi mano y dijo: “Tenés un pasado terrible, sobrevivirás porque allá en el cielo tu familia ruega por vos. Sé generosa con tu compañera. Viajarás detrás del océano. Te casarás, tu marido morirá antes que vos”.

Cuando salimos, saqué del bolsillo un anillo y se lo regalé a mi “amiga”. Total, para mí no tenía ningún valor, porque si alguien hubiera sabido que era de oro, me habría denunciado. El gran valor era un papel con sello y un apellido ario.

Mi hermano no llegó a cuidarme.

Ahora que estoy terminando me acuerdo que sí, que había un collar y con bastantes motivos para escribir. Será para otra vez...

EL FRASQUITO

Anuestra muy amada Graciela se le fue la mano con el título. ¡¿De donde los saca?! Además, ¿cómo un frasquito puede inspirarnos algo? ¿Acaso un versito? Ah, probaré...

*Encontré un frasquito
en el verde bosquecito,
eran tanto, tantitos
que me volví más loquita.*

Voy bien. No seré un Shakespeare, ni siquiera nuestra compañera Mira, pero rima. Esto es lo más inteligente que pude escribir.

Mi mente se ha vaciado. Vagando lentamente con mis ojos por las paredes y los muebles, me topé con un

frasquito que, según me acordé, me lo había regalado la tía de una amiga mía y tenía ciento cincuenta años (el frasco, no ella) en 1946, o sea que ahora tiene doscientos quince. Había sido de su abuela.

Me quedé mirándolo. Lo saqué de su agosto lugar. El día se puso gris oscuro, pero los rayitos de la lámpara jugueteaban con los pétalos tallados a mano. Con cuidado le quité su tapón y, de golpe, cambió mi humor. Todo lo que ha pasado en estos años, sobre todo durante la guerra y él se ha salvado de tantas vivencias. Y empecé a ver otras cosas en su interior. Con los ojos entrecerrados, me pareció ver cosas dentro de él. Veía ojos, muchos ojos. Ojos con distintas expresiones. Veo tanta tristeza...

También veo manos que lo han tocado. Me las imagino blancas y tersas, otras musculosas y otras más con las venas hinchidas de trabajo. Pero sobre todo, los ojos. Ojos cuyas miradas me hacen mal: las de mi papá parado en el camión, las del bebé de seis meses en su cochecito, esperando a sus padres que nunca volverían porque en ese momento estarían viajando en el tren de la muerte.

Los ojos de los que vivían en una casa abandonada, los cuatro sobre un sólo colchón que de noche les hacía de cama, de día de mesa, de cocina, del mundo de ellos.

Los ojos de mi madre cuando yo me iba del gueto.

Dios, ¡quiero olvidar esos ojos!

CAMBIO DE TAZA

Otro tema difícil. En realidad, todos son difíciles. Así que puse la taza sobre la mesa y por un rato estuvimos *tête a tête*.

El recuerdo, como todos los del pasado, es tormentoso, en mi vida tormentosa.

Todavía no habían llegado los tiempos de exterminio. Todavía vivíamos en nuestras casas. No por eso estábamos bien. Y como todos los que habitábamos un departamento, nos pertenecía un sótano donde la mayoría guardaba carbón para el invierno. Ese año mi papá, aparte de eso acumuló alimentos; se sabía que la guerra no iba a ser corta. De todas maneras, a nosotros no nos faltaba. Todavía nos quedaba un poco de leche guardada entre grandes pedazos de hielo. Así que estaba preparándome una succulenta taza de cacao. Sonó el timbre. Yendo para abrir la puerta iba con cuidado por temor a que se me desparramara un chiquitín del precioso manjar. Abrí la puerta. Ahí estaba una ex compañerita del colegio (ya no había clases) a quien hacía rato no veía. Estaba parada, cubierta con unos trapos. En la mano, una cuarteada taza vacía. Tímidamente estiró sus manos huesudas. Con la derecha puso su taza en la mía. No dije nada. Tampoco hizo falta. Rápidamente volqué el contenido de la mía en la suya. Cerré la puerta para que mi mamá no la viera. Mi mamá era buenísima, pero hubiese querido que la

tomara yo: “Tenés que comer vos, sos chiquita, tenés que comer”, siempre me rezongaba.

Ella bajó los ojos, yo los míos y nos dimos vuelta. Sé que hice bien.

MIRA KNIAZIEW STUPNIK



JOCOBIGRAFÍA

Nací flacucha y cortita.
El peso lo recuperé
pero cortita quedé.
Peor sería al revés...

Pero es así como es,
una niña mimada,
que hasta el día de hoy
quedó aniñada.

Me gustan los chiches a montón,
ositos de peluche con hocicos negros como carbón.

Los cuentos de hadas me encantan
y el ánimo me levantan.

Matemática me espantaba,
demasiado sesuda y fría la encontraba.
Algo más tibio y fácil añoraba...
La guerra de ella me liberó
pero a la muerte me condenó

Cosas peores que ella sufrí
y no sé cómo al final sobreviví.
Siendo nena asustada, resistí
y a pesar de todo hasta el día de hoy quedé aniñada.
Una vieja que viste no siempre ropa apropiada...

Quería aprender a tejer
pero la prenda acabada
nunca se pudo ver,
salvo que por otra fuera terminada.

Al declararse mi marido le advertí
que a cocinar no aprendí.
Como estaba muy enamorado,
me dijo, “me gusta huevo blando”.⁹

Yo pensé: esto lo lograré.
Cuando vino a comer con alegría
estaba yo desesperada,
una hora lo hervía
pero el condenado huevo, duro seguía.

9 Un juego de palabras, en polaco.

Mi vida mirada de esta manera
parece ser llevadera
pero no lo fue.
Fue una lucha dura
de sacrificio y tenacidad
que convirtió a la niña mimada
en una mujer vieja y templada
que al final de tanto andar
encontró su verdad y su lugar.

EL FAROLITO

Nos encontrábamos en la estación de trenes de Brest Litovsk en la frontera entre Polonia y Rusia. Ahí cambiaba la trocha de vías de Polonia por la ancha de la URSS, por lo cual previo control de documentos y equipaje transbordamos al vagón del imponente tren ruso, representante de su vasto y poderoso país (¿o nos parecía así?)

El día era soleado primaveral, el aire estaba impregnado del aroma de la vegetación en flor y la fresca brisa del río Byg que marcaba la frontera. Todo era emoción, sentimientos entremezclados y alegría y esperanza de inminente reencuentro con mi hermano Lonía, después de la devastadora y despiadada guerra. Él, luchando en el frente y nosotras, en el infierno de Auschwitz. Solamente

opacaba la alegría el hecho de la separación con Mietek, mi novio, que nos acompaña hasta la frontera.

Dentro de un mes partía con su hermano Vicente, a Francia, rumbo a la Argentina, donde tenían familiares.

Después de ubicarnos en el vagón, nos despedimos con el corazón acongojado y lágrimas en los ojos. Nos prometimos escribirnos y bajó del tren. El tren ya estaba por arrancar y él no se despegaba de la ventanilla. De pronto exclamó:

—Rápido, rápido, dame el broche —el broche con forma de farolito que yo tenía prendido en la solapa—. Me apuré a desprenderlo y a alcanzárselo cuando el tren ya estaba en marcha. Mietek corría al lado, agitando la mano que sostenía el farolito. Con el último adiós, yo también lo hacía, pero con la mano y el corazón vacíos.

Estuvimos un año en Moscú con mi hermano. Un año inolvidable aunque con estrechez económica, pero con holgado despliegue de vida cultural y artística. Él estudiaba en la facultad, quería que nos quedásemos y que yo prosiguiera mis estudios.

Pero a mí me faltaba algo. La correspondencia con Mietek era escasa debido a que las cartas llegaban vía Polonia a mi amiga y ella me las enviaba. Pero eran muy emotivas y llenas de añoranza y mi hermano lo comprendió. En la última carta nos escribió que volvía a Polonia, dejando perplejo a su hermano que siguió viaje. Nos pidió que también volviésemos. Y así fue.

Cuando nos reencontramos en Polonia, lo primero que hizo fue sacar del bolsillo de la pechera... el farolito,

me lo prendió en el vestido diciéndome que en París lo abrumaban la soledad y la añoranza.

Nunca más me lo saqué y lo guardo hasta el día de hoy como una reliquia.

PIOTRUSH

Tengo un gato que se llama Piotrush, de alta alcurnia el siamés grande y gordito, de ojos celestes, medio felino y medio canino es el animalito, un regalo de mis nietos que al principio me rehusaba aceptar pero, qué no hace uno por los nietos...

Esperaban el nacimiento de su bebé y consideraban que no era conveniente tenerlo porque era travieso y algo revirado. Al fin, lo acepté. Como amo tanto a los animales, opté por él a cambio de despojar mi casa de todos los adornos que podría romper. Y no estoy arrepentida, ¿acaso me proporcionaban los adornos lo que me brinda el medio felino, medio canino, mi Piotrush, que me acompaña en mi soledad brindándome cariño, mimos y su tibieza? Ya no vuelvo sola a mi casa vacía; él me espera.

Tengo que decir que lo civilicé en gran parte, respetando siempre su condición de animalito, que es muy importante para mí y para él. La civilización ya hizo bastante daño a los humanos. ¿Pero por qué él es medio felino y medio canino? Trataré de explicarlo. Como gato

es silencioso y limpito, pero siempre expresando su independencia. Su forma de manifestarse es bien minina, el acurrucarse juntito, juntito a mí, con el ronroneo de placer que le provoca el acercamiento, no es menor que el mío. Así pasamos noches enteras apaciguando la hiriente soledad.

Su mirada felina guarda en su profundidad reflejos de siglos de salvajismo indomable y su independencia, que conservan hasta el día de hoy.

En cambio, los perros fueron compañeros del hombre desde los tiempos más remotos de la historia. Su Mirada está llena de amor, confianza y fidelidad absoluta, sin límites. Y esta mirada la encuentro en Piotrush.

No padezco conflictos kafkianos. A los que me lo regalaron, los amo profundamente. Y amo la memoria de mi padre, que me estimuló a cuidar y querer a los animales, a la naturaleza y a poder disfrutar de ellos.

¿MUDANZA?

La casa es grande, y yo, con mis años, cada vez más chica de estatura. Alrededor, mucho espacio en el cual yo ya no tengo nada que hacer.

Mi vista abarca el ambiente y se detiene en las fotos de los ancestros que el vendaval de la guerra devoró. La foto de mi marido, de mi hermano y mi mamá.

De pronto me deslumbra la foto de mi hija con su flamante esposo al salir del civil. Y, como soles brillando en todas partes, las radiantes caruchas de mis nietos.

Adornos que rememoran viajes propios o de amigos. Entre ellos, una tetera hindú de bronce, toda abollada a raíz de la repentina curiosidad de mi nietito Ariel por descubrir la ley de gravedad, y así la tiró con todas sus ganas por el balcón.

La cama llena de muñecos de peluche de mis nietos y, entre ellos, el osito viajero, que hizo junto con mi hija toda la travesía por el océano, de la lejana Polonia a Argentina.

Los dos umbrales de la puerta que, en todos los cumpleaños, desde el primero, marcaba sus crecimientos.

Al lado, la vasta biblioteca, en ruso, polaco, idish, castellano. Todos mis libros leídos y amados.

Sí, la casa es grande, pero no vacía. Toda mi vida y la de mi familia está en ella.

La marca en el respaldo del sofá adonde apoyaba mi marido la cabeza cuando leía.

La sombrita en el placard del dormitorio que dejó la cuna al mecer a los nietitos.

Todo es vida, pasada pero vivida.

No me siento ya tan chiquita, como si creciera en altura.

NO, ¡NO ME MUDO!

Algún día partiré
para no volver más,
pero volverá la primavera
con su eterno deber
de renacer en cada amanecer.
Y algo de mí perdurará ahí.

HERENCIA

La callecita serpenteaba el angosto riachuelo que no tenía precisamente aguas transparentes y cristalinas. Todo lo contrario, su color era azulino blancuzco, debido a desagües que vertían en él las fábricas textiles.

En la vereda de enfrente se apiñaban casitas de madera, algunas ya torcidas por el paso del tiempo. Los postigos de sus ventanas estaban torcidos y rotos. Los peldaños de las entradas, gastados por el cansino andar de sus moradores, mayormente trabajadores textiles. A este triste lugar, sólo le regalaba algo de color la escasa vegetación que crecía a la orilla de un riachuelo llamado Biaika.

Lo que me asombraba era que las casas se cerraban con trancas de hierro, con llaves de no menos de cuarenta centímetros. Parecían más bien armas que llaves, y yo las miraba con curiosidad no exenta de respeto. En una de

estas casas vivía mi abuelita Fania con su hijo menor, Meiszl.

Yo la visitaba con frecuencia, y hacerlo era para mí una fiesta (ahora entiendo que no lo era menos para ella). Menudita, bondadosa, ella parecía una palomita gris. Yo la amaba muchísimo.

Su casa tenía un aroma peculiar que nunca más en mi vida volví a sentir. El aire era cálido, con tenue aroma a alguna rica comida típica, y ni qué hablar del infaltable *leikaj* con canela que reinaba, majestuoso y apetitoso, sobre el aparador. Se respiraba allí paz, seguridad y cierto cosquilleo del antaño.

Mi abuelita procedía al rito de servir el té. Sobre un niveo mantel bordado, ponía su hermoso juego de té de porcelana china y una bellísima azucarera de plata que me fascinaba; una verdadera obra de arte, ¡y mi abuela me permitía jugar con ella!

Aparecía ceremoniosamente la pava con agua hirviente con la cual llenaba las tazas. Después me ponía dos terrones de azúcar, que a mí no me causaban gracia porque no me gustaba el té dulce, pero me callaba para no estropearle el rito.

Le seguía un trozo de *leikaj* que me servía y que, con creces, me recompensaba por el té dulce.

Luego nos acurrucábamos en el sofá, al lado de la ventana, y en la acogedora penumbra del atardecer empezaban a fluir los cuentos de mi abuelita.

Ella había enviudado y quedado con cinco hijos casi adolescentes, menos el menor. Vivían en un pueblo y el

abuelo viajaba todos los días a la cercana ciudad donde tenía su estudio jurídico. De una vida protegida y holgada, la abuela pasó a luchar sola por el sostén de sus hijos, con la ayuda de los mayores. Afrontó la situación con valor y dignidad y los crió como dignos seres humanos.

Me contaba la vida del pueblo, de mi abuelo, de mi mamá, de las travesuras de sus hijos. Una de las historias que me impresionó mucho y le pedía siempre que me la contara nuevamente era la del día en que se desató un pogrom en el pueblo. La abuelita estaba sola en su casa, todavía no tenían hijos. Se envolvió en un cobertor de plumas y, milagrosamente, escapó a campo traviesa en la nieve. Quedó sentada, desesperada, en medio del campo nevado, envuelta en el cobertor. De repente apareció en el camino un cabriolé, el conductor divisó el bulto, bajó y se acercó a ella. ¿Quién era? El abuelo que volvía de la ciudad.

Era la primera gota de hiel que hirió mi joven vida, después vino a raudales.

Mi abuelita también me inculcó los más altos valores humanos, y no como tabla de mandamientos sino con una sabiduría pueblerina, con ejemplos y explicaciones.

Me decía que lo más importante es el amor y que él lo puede todo. La honestidad que te trae bienestar, la dignidad que es la savia que nutre tus principios, la lealtad y solidaridad que ennoblecen los corazones. Nunca hay que dejar la mano tendida sin ayuda. Tener compasión del prójimo cuando sufre. Proteger la vejez y darle cariño, del cual está tan necesitada.

Nunca, jamás, hacer daño a nadie.

Que cualquier trabajo dignifica.

No la tengo más a mi amada abuelita, mi palomita gris.

Pero tengo la valiosa herencia que me dejó. Y la azucarera plateada.

AQUELLOS FRASCOS CON SABOR A GUINDAS

Dicen que los mejores y más caros perfumes vienen en frasquitos chicos, pero así también los venenos. Por las dudas, dejo los frasquitos chicos de lado y mi frasco es grande y lleno de mi predilecta, exquisita confitura de guinda, como otros tantos con distintas frutas elaboradas por las hábiles manos de mi mamá. Ella los preparaba durante los veraneos en el campo, para todo el año.

Para que las pudiera cocinar, íbamos a juntar las piñas en el bosque y traíamos bolsas llenas, con ellas prendía el fuego en la estufa de hierro y, ya preparadas el día anterior las frutas con azúcar, ponía las ollas sobre el fuego. Era todo un ritual, el perfume a savia del pino que despedían las piñas mezclado con el aroma de frutas hirviendo inundaba la cocina. El resplandor de las llamas y el chisporroteo de las piñas ardiendo producían como

un encanto en el ambiente, donde reinaba mamá como una hechicera.

Estos recuerdos son imborrables y quedaron para toda la vida, hasta el día de hoy.

Rodeados de espesos bosques verdes, dorados campos de trigo de los cuales disfrutábamos paseando por ellos y bañándonos en el manso río, vivíamos unos meses felices, llenos de alegría y libertad con toda la familia.

Terminado el verano, los frascos de confitura iban a parar a la despensa, bajo llave.

Yo era muy caprichosa, especialmente para comer, y mamá, luchaba para que me alimentara y cuidaba que yo no probara algo dulce entre las comidas. Esa era la razón del encierro de las confituras. Yo igual me las ingeniaba y, en algún descuido, agarraba el manojito de llaves sin hacer ruido y me escapaba con una cucharita a la despensa a dar cuenta de mi confitura predilecta. A veces me atrapaban con las manos en la masa y ahí entraba a la escena la toalla. Mis padres nunca me levantaron la mano, pero la toalla era su única arma y empezaba la corrida alrededor de la mesa, yo escapando y mamá corriéndome con la toalla, que nunca daba en el blanco; me escabullía siempre y la toalla fallaba. Luego, se producía el armisticio hasta la siguiente batalla.

Pasaron los años, mucha agua corrió y también mucha sangre, pero esos recuerdos son imborrables. Añoro el sabor de la confitura de guinda. Añoro la toalla de mi mamá.

EL TRINEO

Era la época de mi feliz pero desgraciadamente corta infancia. Rodeada de paterno amor y protección, yendo a mi amado *gimnasziium* hebreo, donde tenía amigos con quienes compartía los juegos, la vida me parecía hermosa y prometedora. Tenía diez años, vivía en mi mundo, no percibía los acontecimientos que convulsionaban Europa.

Mi padre era muy compinche conmigo, se dedicaba mucho a mí, me enseñaba a nadar, a patinar, a andar en bicicleta, a cazar patos silvestres y me inculcó el amor a los libros. Pero, sobre todo, con su ejemplo me enseñó los valores humanos, honestidad, dignidad y respeto al prójimo. Lo amaba y admiraba profundamente.

Una de las salidas con él me quedó grabada en la memoria: un día frío y soleado de invierno, me invitó a pasear en el trineo.

La tierra estaba cobijada por una gruesa capa de nieve que brillaba al sol como salpicada de diamantes, el aire cristalino y helado coloreaba las mejillas y nariz de rojo, la respiración se volvía profunda y vivificante.

Salimos de la ciudad y tomamos el camino bordeado de pinos cubiertos por la nieve, semejantes a una guardia de honor engalanada de blanco, rindiéndonos honores y dando la bienvenida. Por delante, se extendía el nevado camino que parecía no tener fin, invitando a seguir adelante en busca de aventura y placer.

Pedí a papá que me permitiera conducir, me cedió las riendas. El comprendió mis ansias, no así el caballo, que percibió el cambio de mando aflojando la marcha y hasta giró la cabeza hacia atrás como queriendo ver qué pasaba. Sus hermosos e inteligentes ojos equinos miraban desaprobadores, pero yo amaba demasiado a los caballos para tomarme a mal su desconfianza y seguía conduciendo.

Empezó el tira y afloja. El pobre caballo, conducido por mis pequeñas e inexpertas manos, o tiraba repentinamente o repentinamente aflojaba, pero yo no me inmutaba, rebosante de alegría y orgullo seguía adelante. Como sigo adelante hasta el día de hoy en la vida, a pesar de tiras y aflojes que me fueron destinados, a pesar de momentos límites de sufrimientos que padecí.

Sé firmemente que si lo logré fue gracias al ejemplo y a las enseñanzas de mi papá. Traté toda mi vida de seguir el camino que me enseñó y guardo en mi corazón y en mi mente, como una ley inquebrantable, sus últimas palabras al despedirse: sé valiente, sé un digno ser humano, cuidá a tu mamá.

Papá, gracias a ti lo pude cumplir. Lamento solamente que en aquellos días felices no supe, o no pude, expresarte el agradecimiento por todo lo que me brindaste y cuando lo hubiera podido hacer, ya era tarde. Te lo digo ahora: gracias, papá.

ANTE DOS HORAS DE ESPERA

Nevó copiosamente toda la noche. Al despuntar el amanecer, cesó. El día se presentó soleado, de aire cristalino y como siempre después de las nevadas, con temperatura agradable. Miré por la ventana. Lo que se presentó delante de mis ojos, me invitó a salir.

Faltaban todavía dos horas para la cita con el ginecólogo y decidí aprovecharlas para dar un paseo. Como él vivía en el suburbio de la ciudad, calculaba que llegaría a tiempo.

Las calles, los techos, los árboles, estaban ataviados de gruesa capa de inmaculada blancura, brillando al sol con millones de estrellitas, creando una belleza única, casi irreal. Me sumergí en ella por momento olvidando mi ansiedad, pero pasados quince minutos, volvió con su carga de angustiosa mezcla de inquietud y esperanza.

Lo que al terminar la guerra era una decisión tomada por mí, ahora fue aflojando frente al llamado de la vida, se tornó una añoranza y hoy podría volverse realidad.

Faltaba una hora y media para la cita. Caminaba por las calles de mi ciudad natal, a la que volví terminada la guerra.

Observaba a las madres felices con sus bebés en los cochecitos, a los niños jugando alegremente en las calles, los miraba...

Y de pronto aparecían otras madres, madres a las que arrancaban los bebés de sus brazos, los niños aterrorizados

en el camino a las cámaras de gas...Volvía la angustia e incertidumbre.

Faltaba una hora.

El camino al domicilio del médico pasaba por la calle donde antes estaba mi *Gimnazium* hebreo. Al acercarme al edificio, me topé con una avalancha de chicos que entre risas y empujones salían de las clases, invadiendo con bullicio de alegres voces, que contagiaba a todos. Me contagió también a mí... por un momento. Se me congeló el corazón: creí verme a mí entre ellos, a mis compañeros de clase, saliendo de este modo, felices, llenos de vida y proyectos.

Todo se nubló. De mi grado de cuarenta alumnos, sobrevivió un muchacho —Sioma— y yo. Quedé parada sin poder moverme para retomar mi camino. Otra vez la angustia y duda. ¿Es correcta mi decisión tomada?

Faltaba media hora para la cita.

Con esfuerzo retomé mi camino. Mis pensamientos eran caóticos. Temor y esperanza libraban una batalla, sin definir al ganador. En este estado, puntualmente a las dos, entré al consultorio...

Al salir de él, pasada una hora, era otra persona. Desapareció la angustia, el temor. En mi íntima batalla librada, la esperanza resultó la ganadora. ¡Estaba embarazada!

Dentro de mí llevaba una nueva vida; una nueva vida que en parte me devolvía las pérdidas sufridas de mis seres amados. No tenía más miedo. La angustia se volvió alegría.

En el camino, volviendo a casa, tenía la sensación de volar, de no pisar la tierra. Me invadió una inmensa felicidad. Y la felicidad tiene nombre: Eva.

LOS DIENTES

Estoy sentada contemplando embelesada el cuadro más tierno y hermoso que puede existir, mi hija amamantando a mi primer nietito...

—Ay! —grita ella de pronto—. ¡Me mordió!

Alborotadas, le miramos la boquita, le había salido el primer dientito, y se lo hizo saber a su mamá. Qué alegría, después siguieron los otros, llenándole la boca con sus pequeñas y blancas perlitas. Más adelante la misma alegría se repitió con mi segundo nietito.

A los dos primeros de leche los hice engarzar en oro y sobre una cadenita también de ese metal, los llevaba orgullosa sobre mi pecho.

Un día, caminando por la calle, dos chicos con vocación de matones me arrancaron la cadenita y se llevaron los dientitos; desesperada, indignada empecé a correrlos, gritando que eran de mis nietos, que para ellos no tenía valor, que me los devolviesen, que para mí era algo que no tenía precio; pero eran más veloces que yo y no los pude alcanzar. Sentí dolor y rabia y no me pude tranquilizar durante mucho tiempo.

Mi hija, viendo mi desesperación, me regaló luego otros dientitos que ya no uso sobre el pecho, sino que guardo en un estuche en casa y los miro a menudo rememorando la época cuando sus hijos eran mis bebés.

Ahora los dos son grandes y con fervor y entusiasmo juvenil, disfrutan del don de la vida a dentelladas.

LEA KOGAN KOZIAK



BIOGRAFÍA POÉTICA

Yo soy la nieta que no conoció a sus abuelos. Soy la niña que pasea en soledad por las calles del pueblo.

Yo soy aquella que se escondió detrás de una cortina para que no la encontrarán.

Yo soy las manos que construyen belleza con lanas, hilos, colores.

Yo soy aquel libro de Korczak leído mientras comía cebollitas con huevo duro.

Yo soy la matemática frustrada.

Yo soy la timidez de mi adolescencia.

Yo soy la vivencia de mis lecturas.

Yo soy las ideas de otros que me ayudaron en mi camino.

Yo soy los lugares que gocé en mis paseos.

Yo soy la sensibilidad al extremo de compartir los problemas de los otros.

Yo soy idealista y justiciera en mis pensamientos.

Yo soy la que quiere a mis hijos y nietos, y también a mis amigos, que forman el marco de mi familia.

Yo soy la cocinera que complace a los míos.

Yo soy la que teme a la eternidad.

Yo soy la que compara distintos pensamientos políticos y los cuestiona en muchos aspectos porque no tienen en cuenta al pueblo.

Yo soy la que mirándose en el espejo encuentra una imagen que agrega años a la muchacha que todavía la habita.

HOJA DE VIDA

Apenas nacida, formé parte de la ciudadanía de Lituania, país que dejé cuando estalló la guerra y fui confinada a Rusia.

Terminado el conflicto bélico y para poder salir de la Unión Soviética, me convertí en polaca pues era la única forma de atravesar la Cortina de Hierro —el trámite fue realizado gracias a la inteligencia de mi madre—. Desde entonces y hasta el presente, llevo la ciudadanía de argentina naturalizada para todos los asuntos legales.

Después de pasar por el continente europeo llegué a la tierra prometida (aunque nunca supe cuál era la promesa...), Argentina, pero no resultó nada de lo imaginado. Lo que nunca me faltó fue el inmenso amor de mis padres.

Fui una abejita laboriosa, asidua pasajera del colectivo como así también del tranvía —aunque no lo quería mencionar para que no piensen que soy tan mayor—.

Casada estuve; hijos y nietos, tengo. No planté un árbol, pero ayudé a hacerlo. Hoy completo el conocido mandato sumando a mi vida otra alegría: mis textos forman parte del libro del taller.

OJOS BIEN CERRADOS

Vivo en mi departamento más de treinta años, muchas veces cuando oscurece y sin encender las luces camino por él en la oscuridad, como si fuese con los ojos bien cerrados.

Guardo las fotos de la familia, no en forma cronológica, con tantos recuerdos lindos y de los otros y a veces contengo el deseo de tirarlos, supongo que es por lo que no queremos recordar, aunque la memoria no se puede descartar.

Los momentos vividos quedarán con fuerza plasmados en esas fotos; con mis nietas muchas veces las hemos mirado y así conocieron a la familia, y amigos.

Ninguno de ellos conoció al *zeide*¹⁰, pero pudieron hacerlo a través de las fotos y lo amaron.

LA SOPERÍA

Somos un grupo de amigos que estamos juntos desde hace más de cuarenta años. Un día se nos ocurrió hacer un almuerzo y que cada uno trajera comidas típicas de cada casa.

Nos reunimos en lo de Sarita, que tenía un living grande, donde se podían poner varias mesas. Empezamos a aparecer cada una con otra olla. De aluminio, de acero inoxidable, y hasta alguna enlozada.

El tintineo del cucharón dentro de las cacerolas era como una música. Los chicos estaban expectantes. Empezaba la ceremonia. Se sirvió el borsht, algunos lo degustaron, otros únicamente lo probaron y lo dejaron. Claro, cada uno provenía de otro país (los lituanos, no comíamos endulzada la comida, y los polacos sí).

La sopa de verduras fue aceptada por los mayores, en cambio, la sopa de letras fue festejada por los más chicos, ya que les permitía jugar un poco; algunos la comían con queso rallado. La sopa de pescado fue rechazada por los niños como un potaje inmundo.

Y aunque no era Pesaj, apareció la de *kneidalaj*, ¡ésa fue festejada por todos!

La reina de las sopas fue el caldo casero con cabellos de ángel, tenía gusto de madre y, en un santiamén, desapareció de la olla.

10 Abuelo.

Puedo nombrar las otras: la de buseca, la de cebada. Algunas engordantes, otras más nutritivas; para unos era espesa, para otros, chirle.

Fue un almuerzo que quedó en el recuerdo de todos como una actividad muy divertida.

Hace un mes festejamos el bat-mitzva de mi nieta Natalí y, cuando me llamó para el encendido de la vela, una de las cosas que mencionó fue que yo le hacía caldo casero de pollo con cabellos de ángel. Siempre lo tengo en el freezer para ella. Vale la pena cocinarle. Ese día la emoción me entibió el alma como un buen plato de sopa.

MAR DE FONDO

Hace muchos años, mis padres tenían en Buenos Aires unos paisanos lituanos. Era una pareja, a mi modo de ver, desapareja. Él era un hombre amable y delicado, a ella la recuerdo como una chismosa.

Tenían dos hijos; la hija se recibió de ingeniera química, el hijo, muy buen muchacho, era unos dos años mayor que yo. Estuve en el casamiento de los dos. La hija se casó con un compañero de la facultad. En la invitación figuraban todos los títulos de ambos.

El hijo se casó con una chica de familia muy pudiente, imagínense, hace cuarenta y ocho años, casarse en el hotel Savoy...

Pasaron los años, mi mamá se encontraba esporádicamente con su paisana. Le llamaba la atención

que siempre maldecía a su nuera. Al contármelo, yo me preguntaba qué abuela era para hablar tan mal de la madre de sus nietos. Esto siguió un tiempo largo, fuera de las maldiciones no agregaba nada más. Yo, por mi parte, le decía a mi madre que ahí había mar de fondo, si no, no se explicaba esa actitud.

Recién cuando enviudé, esa mujer le contó que el hijo se había separado hacía rato, pues había pescado a su mujer con otro hombre en su casa. Él había vuelto de un viaje, sin avisar exactamente el día de su regreso.

Que lo haya contado al quedarme sola, se debía a que ambas se habían confabulado para unirnos. Lamentablemente, no pudo ser, ya que mi mamá se enfermó gravemente y yo me dediqué a cuidarla hasta el final.

A partir de esa situación me quedó la idea de que cuando alguien insiste siempre con el mismo tema, siempre es porque hay mar de fondo...

PERLAS DE PELÍCULA

A los once años y recién llegada a Montevideo, conocí a mi amigo Julio, un pariente lejano, pero muy cercano a mi afecto, por eso nuestra amistad perdura hasta el presente.

Me hacía de guía y traductor; yo le hablaba en idish y me respondía en castellano, de esa manera fui

aprendiendo el idioma en tres meses y medio que estuve en esa ciudad.

Un día, Julio me llevó a ver una película mexicana titulada “La perla maldita”. Debió de haberme impactado para que después de tantos años siga acordándome de ella... Trataba sobre el maleficio que produjo por haberla pescado dentro de la ostra donde se había formado y todas las desgracias que les tocó vivir a quienes quisieron poseerla. La película termina cuando la devuelven al mar.

En general son muy apreciadas, sobre todo me parece que se impusieron a nivel general a partir de los años '30. Con las nuevas tecnologías se fabrican de distintos materiales.

Yo, por mi parte, le había enhebrado un collar de perlas españolas a mamá anudando una a una para que no se perdieran todas si se rompía el hilo conductor; cada perla que enhebraba era una parte del amor que siempre sentí hacia ella.

LOS FRASQUITOS

Un frasco grande en mi memoria se convirtió en varios frasquitos pequeños muy aromáticos. El hecho ocurrió muchos años atrás, estando varios meses en París, en tránsito hacia Israel, pero cambiado el destino hacia la Argentina, creo que el motivo era la coincidencia de la fecha con la Independencia del Estado de Israel y

del gran flujo de sobrevivientes hacia ese destino; el otro motivo, la salud de mi madre.

Preparando las valijas, vi embalar un frasco de perfume Chanel N°5. A mis ojos de niña de once años era grande, no sé con exactitud su tamaño, tampoco conocía el motivo de esa adquisición.

Llegamos a Buenos aires, mi papá ya tenía preparados varios frasquitos vacíos a donde fue trasvasando el perfume; luego fueron obsequiados y recibidos con mucha alegría, ya que era un perfume muy apreciado. Creo que fue la única cosa de valor traída a este país.

Cuántas situaciones guarda la memoria para que podamos volver a ellas y revivirlas...

AQUEL ENCUENTRO

Faltaban alrededor de dos horas para llegar al puerto de Montevideo, dejé mi bolso en el asiento para dar una vuelta por el barco, de repente quedé sorprendida al ver a un compañero de trabajo venir hacia mí, habíamos hablado que íbamos a visitar esa ciudad, pero sin decir el horario de nuestra travesía. Es abogado, en ese entonces tendría unos cincuenta y cinco años y estaba divorciado desde hacía tiempo. Lo veo mirar con frecuencia el reloj y me agrega, falta ya una hora y media para conocerla, y ahí me cuenta que a través de Internet se había contactado con una muchacha también como él de descendencia

italiana. Se comportaba como un adolescente, yo lo observaba y me causaba gracia y pensé, que frente a un posible amor no hay edad para no sentirse emocionado.

Cuando faltaba una hora para nuestro arribo me pidió que lo acompañe al *free shop* para ayudarlo a elegir una campera.

Después de muchos años volvía a pensar en una pareja, ya que su primer matrimonio duró un par de años. Parece que la soledad en determinado momento le pesó mucho y por ese motivo decidió buscar compañera para compartir su vida.

Al salir del negocio volvió a mirar el reloj diciéndome que solamente faltaban veinte minutos para el arribo del barco. Entró al puerto a horario, no quise acompañarlo al encuentro, pero de lejos pude verlo, la muchacha estaba rodeada de familiares.

Y como en los cuentos, resultó un buen matrimonio. Fuimos al casamiento que se realizó en Buenos Aires, ciudad en la cual se establecieron. Ya pasaron unos diez años, cada tanto nos vemos y compruebo su buena elección. Está muy feliz. Y riéndonos, nos acordamos de aquel viaje donde el reloj fue el centro de nuestra atención.

SOBRE LA NIEVE

Viví en Rusia rodeada de nieve, ya que vivíamos en una zona de muchísimo frío. El día más cruento la temperatura llegó a marcar 51° grados bajo cero. Mamá ese día trabajaba veinticuatro horas seguidas, yo como todas las mañanas me dirigí a la escuela con una compañera que vivía a una cuadra, tendríamos unos ocho años. Nos enfrentamos en el camino con una persona que, cuando nos vio, tomó un puñado de nieve y frotó la nariz de mi amiga ya que la tenía congelada, acto seguido nos envió de vuelta a nuestras casas, debimos asustarnos porque regresamos.

Para protegernos de la nieve usábamos sacos forrados con lana, botas de un fieltro muy grueso, por supuesto con medias de lana, en las manos guantes del mismo material las cuales iban escondidas en un manguito de piel. La nieve tenía mucha altura y cuándo asomaba el sol caía de los techos generando pirulines de hielo colgantes. Armar muñecos era una cosa de todos los días, se formaba una pequeña pelotita, y dejándola girar sobre la nieve su volumen aumentaba y en ese momento poníamos manos a la obra y armábamos los muñecos. Pero el recuerdo más grato fue en Polonia después de la guerra. Al finalizar las clases en la escuela, los chicos judíos íbamos a un hogar donde almorzábamos, luego hacíamos los deberes, seguidos por recreación. En invierno nos deslizábamos en un trineo de un montículo que había al costado del edificio. Había un solo trineo, hacíamos fila, y como

subíamos más de lo permitido, generalmente el último caía dándose un porrazo que dolía unos minutos; pero nos recuperábamos rápido y volvíamos a la diversión. Eso fue hace muchos años, y el recuerdo perdura como algo agradable.

En el año 2007 vi por primera vez nevar en la capital, no hubo radio ni televisión que no hablara del fenómeno, todas las noticias quedaron en espera.

Mis nietos que viven en un piso 15 y con terraza, vieron cómo la nieve no llegaba a derretirse, pudieron armar muñequitos, sacaron fotos para dejar constancia del acontecimiento, hasta la perra se acercó a husmear para ver de qué se trataba.

La alegría reinaba por doquier. Parece mentira que un hecho de la naturaleza pueda generar tanta alegría.

VIENTOS CODIFICADOS, VIENTOS DE VERDAD

Viene a mi memoria un hecho que mi mamá me había contado.

Corría el año 1940, mi padre ya había viajado a la Argentina y mamá y yo estábamos en Lituania, creo que un pueblo llamado Kalvarí, en la misma casa donde también vivía un hermano de mi padre con su familia. En

aquel entonces yo tenía tres años y algunos meses, nuestra única habitación estaba detrás del almacén, propiedad de mi mamá.

Por otra parte tenía dos tíos que vivían en Moscú, uno de ellos periodista; un día mamá recibió una carta de él en la que le aconsejaba prepararse para una temporada de invierno en la cual se anunciaban muchos vientos de gran intensidad.

No sé qué códigos tenían, pero mamá vendió el negocio, guardó el dinero en casa y se empleó de cajera en el casino de oficiales rusos, ya que ellos habían ocupado nuestro pueblo antes del ataque alemán. Cuando escapábamos, al producirse el ataque, nos recogió un camión de los rusos, no sé si porque reconocieron a mamá o no.

Aquel dinero producto de la venta nunca sirvió, ya que al escaparnos a Rusia y ser refugiados, nos enviaron cerca de los Montes Urales, donde no había cambio posible. En ese lugar que se llamaba Glazov, los vientos arreciaban con gran intensidad, sin embargo lo único importante fue que mamá y yo salimos con vida.

LOUISE KUPFFER

SE DICE DE MÍ...



¿Cometí muchas travesuras en mi vida? De esas que hacen los chicos, no recuerdo ninguna. Era una nena muy tímida y, que yo sepa, me portaba bastante bien.

Cuando fui más grande salía bastante y, por supuesto, hacía lío como cualquier otra adolescente, pero travesuras, lo que se dice travesuras, no.

Ahora, si mis despistes pueden tomarse en ese sentido, entonces sí, puedo contar más de uno.

Suelo olvidarme las fechas de cumpleaños o llegar tarde para ir a una fiesta o viaje. Puedo correr detrás de

un avión o, como me pasó en Italia, llegar justo cuando levantaban la planchada para subir al barco.

También me pasó en un aeropuerto, que llegué a la puerta de embarque y no era la del avión que yo tenía que tomar.

Se dice de mí... que soy despistada y... ¡creo que tienen razón!

DE MI FAMILIA

Una historia verídica me está rompiendo la cabeza...
¡Ay!

Trata de algo que me enteré de mi familia de Australia, donde muchos jóvenes fueron a la guerra.

A los protagonistas de este pequeño relato, yo no los conocí pero eran mis primos, por parte de una hermana mayor de mi madre, quien había tenido cinco hijos.

Dos de ellos eran pilotos en Australia e Inglaterra. Los dos murieron probando aviones, uno como técnico en su país y el otro, bajo las bombas de los alemanes en Londres.

La familia nunca le contó a la madre que habían fallecido y entre los otros hijos le hacían llegar cartas escritas “por él”. Como mi tía no sabía inglés, se las leían y se les hacía más fácil el engaño.

Dicen que la tía murió sin saber la verdad sobre sus hijos. Pero yo nunca supe si se lo creyó del todo o si hacía como que lo creía para que a los hermanos que sobrevivieron a aquellos otros dos no se les agregara otra pena...

HISTORIA DE LOUISE

Voy a seguir con mi historia, aunque era muy chica y hay cosas que con el tiempo se van olvidando.

Llegamos a Lyon y las cosas se iban poniendo más duras cada día. Iba al colegio cuando se podía. Recuerdo que allí pedían que colaborásemos con comida para los soldados y mi madre me envió con media docena de huevos. El maestro los mandó de vuelta, diciendo que nosotros los necesitábamos más.

Es una de las vivencias más fuertes. Se ve que yo estaba raquítica, porque me pasé seis meses durmiendo. Iba a la escuela, apoyaba mi cabeza sobre el pupitre y dormía. Cuando volvía a casa, me acostaba y seguía durmiendo.

Después me acuerdo de algo que pasó muchas veces: hacía cola para comprar el pan, y cuando llegaba a la puerta ya no había más.

Mientras tanto, mi padre había ido a esconderse a una granja, donde estuvo unos meses. A veces íbamos a

verlo. Él fumaba mucho y hacía cigarrillos con las barbas del choclo. Era la única cosa que podía fumar, porque escaseaba cualquier otra clase de tabaco.

Íbamos de acá para allá. Mi hermano menor nació en el '43, en el peor momento. Una noche vinieron a buscarnos los alemanes. Por suerte una vecina salió y dijo que en la pieza no había nadie y se fueron. Después de eso, mi padre y mi madre se ocultaron con mi hermanito en un altillo durante casi dos años. Tenían unos amigos que les llevaban la comida. Era una sola pieza con un ventiluz en el techo. Mi madre tenía que bajar a comprar leche para el nene.

Una vez descarriló un tren con duraznos, y toda la población fue a recoger las frutas para comer.

Mi padre trabajaba el cuero para las italianas, y ellas lo vendían. A veces iba al piso de abajo y como la mujer sabía que él estaba escondido, lo dejaba mirar la calle por una ventanita.

A mi hermano mayor y a mí nos mandaron a una granja. Cómo llegamos, no me acuerdo, sólo sé que una prima de mi madre estaba con su familia escondida en el mismo pueblo. También había oculto en la granja otro chico francés de origen judío. Nos obligaban a cuidar las vacas y a trabajar en el campo. Yo tenía ocho años y no fueron exactamente unas vacaciones...

Además íbamos a la iglesia y cada domingo teníamos que tomar la hostia.

La comida más de una vez nos caía mal. Comíamos *tapiambon*, que era una especie de tapioca, o si no, diente

de león, una planta silvestre que se come en ensaladas. También sacábamos zanahorias de la tierra y las comíamos, o manzanas verdes que nos caían mejor. La nuestra no era comida de reyes...

De vez en cuando, mi prima venía a sacarnos los piojos de la cabeza.

En la granja estuvimos un año y medio, hasta que un buen día apareció mi padre. Mi madre había escondido algo de dinero en las hombreras de un tapado de mi hermano y nos dio la dirección de nuestra tía que vivía en Australia. Si ellos no hubieran sobrevivido, no habiéramos tenido los medios para comunicarnos con esa parte de la familia.

Esto es apenas una parte de mi historia.

LAS CAMAS DE MI VIDA

Dice el refrán que “así como te hagas la cama, así dormirás”, o, en otras palabras, sos artífice de tu propia vida. A mí me sucedió exactamente eso, me parece que todo lo que hice fue por atolondrada o sin pensar en las consecuencias.

En mi juventud salí bastante con muchachos, y no había ninguno que me viniera bien. En casa no era feliz y quería otra cosa. Estaba mal, pero trabajaba en un negocio de música y eso sí me gustaba. Tenía amigos,

pero el tiempo pasaba y en casa me volvían loca para que “sentase cabeza” y me casara. No encontraba a la persona que pudiese entenderme, así que, un buen día, les dije a mis padres que quería irme a Europa. Por supuesto, dijeron que no. Yo dije que era mayor de edad, pero mi padre me amenazó con no darme los papeles de naturalización australiana para poder sacar el pasaporte. Finalmente, después de mucha pelea, me los dio y pude hacer los trámites para irme.

El viaje en barco a Londres lo hice con unos amigos y duró un mes y medio. Allí estuve unas semanas y después partí hacia París. Quería conocer esa ciudad porque me había ido después de la guerra, con sólo trece años, así que, para mí, todo era nuevo. Me alojé en casa de unas primas por unos cuantos meses, y de allí me fui a Bruselas para ver la Exposición Internacional, que fue muy buena. Esto sucedió en 1958.

De Bélgica partí en barco a Israel, donde me quedé dos meses trabajando en el campo. Nuevamente me embarqué, esta vez hacia Italia, en un viaje que duró siete días y en el que conocí a un argentino que terminó siendo mi marido. El volvió a Argentina y yo me quedé en Italia, donde tengo otra prima, y, finalmente, regresé a Australia. Fueron nueve hermosos meses que me abrieron la cabeza por tantas cosas lindas que viví.

El muchacho argentino me escribió durante un año y medio, hasta que me mandó un anillo de casamiento por correo. Me pareció loco, yo todavía dudaba de mis sentimientos, pero un buen día él llegó y en un mes nos casamos. No sé si yo estaba enamorada, me parece que

no. Era muy impulsiva y no pensaba en lo que podría pasar después. Y me equivoqué. Mi matrimonio con ese brillante abogado, tan inmaduro emocionalmente, duró diecisiete años a pesar de sus *affaires* con otras mujeres.

Y yo tuve que salir adelante con cuatro chicos, fue muy difícil, pero valió la pena. Como quien dice, dormí tal como me hice la cama...

TRUCOS DE BELLEZA

Fui muy flaca de chica, y ni hablar en la adolescencia. Era un palo, sin busto ni cola. Tenía que comprar corpiños con relleno, si no, no tenía nada para mostrar y la ropa no me quedaba bien.

Mi figura se convirtió en un suplicio, y encima tenía que aguantar que me llamaran "*loksbn*", que en idish quiere decir "*spagbetti*". Ese era mi apodo y, por supuesto, no me causaba ninguna gracia pero lo tuve que seguir soportando hasta bien mayorcita.

Empecé a engordar recién después de los veinte años, y seguí con los corpiños rellenos durante bastante tiempo. Cuando nacieron los chicos, ni siquiera tuve leche para amamantarlos.

Ahora la cosa es al revés: quisiera bajar de peso porque los años me alejaron cada vez más del "*loksbn*" que alguna vez fui.

LA MUDANZA

La primera mudanza que hacemos es salir del útero de una mujer y encontrarnos en un ambiente de hospital o clínica, y creo que es la más traumática porque uno estaba al abrigo del frío o del calor. Después viene la ida a la casa. Algunos que tienen plata van a una grande, otros, como yo, tienen que vivir en una pieza con baño compartido.

Más tarde, están los cambios de departamento. Yo me mudé del ambiente donde mi padre tenía la fábrica, que era una marroquinería, porque se me ponía azul la piel. No es bueno para la salud inhalar esa goma para pegar. Pero así fue mi infancia y, por supuesto sin amigas, porque no se puede tenerlas si uno se muda cada dos por tres.

Después, vino la guerra. Ya vivíamos en un departamento en el cuarto piso sin ascensor, pero sí con baño. Y otra vez tuvimos que mudarnos, pero esa vez era sálvese quien pueda. Yo tenía siete años. Catorce personas caminamos diecisiete kilómetros en la noche con un guía, con los chicos dormidos con pastillas. Más de una vez tuvimos que saltar a las zanjas cuando pasaban los alemanes con sus perros. Había que tener un dios aparte para llegar a destino. El nuestro era Lyon y, cuando llegamos a la frontera, mi hermano y yo fuimos entregados a una mujer que no conocíamos, para seguir viaje. Mi madre fue con un hombre en una bicicleta. Después llegamos en un tren con los alemanes pidiendo

los papeles y sin saber qué iba a pasar con nosotros. Pero otra vez la suerte estuvo de nuestra parte.

Tengo mil mudanzas en mi haber. Estando en Lyon, íbamos de un ambiente a otro, mis padres terminaron en un altillo durante dos años, con mi hermano menor que nació en el '43.

Cuando terminó la guerra, volvimos a París, y otra vez una mudanza, pero esta vez a Australia, en el otro lado del mundo.

En Australia también hubo mudanzas. Primero llegamos a la casa de un tío, después a un negocio con vivienda en la parte de atrás, allí conviví con arañas pollito, un asco. Después, a otra casa y otra vez a otra. Yo les decía a mis padres que si la casa no era linda, no iba a conseguir un buen novio, aunque igual no había nadie que me gustara.

Yo hice mi propia mudanza viajando a Europa, allí conocí a mi marido y terminé acá. Hasta ahora, mi última mudanza. ¿Habrás más...?

SOPA LLOROSA

Es una sencilla y bonita historia. A mí, personalmente, me gustan todas las sopas, espesas o chirles, con gusto a verdura o ajo; me es igual, todas me vienen bien.

Hace muchos años, cuando era más joven y con marido, tenía muchos amigos. Eran amigos de mi esposo,

de un grupo formado en el colegio, el Buenos Aires, donde él hizo sus estudios, y quedaron muy unidos. Una vez por mes íbamos a la casa de cada uno y, por supuesto, el anfitrión hacía la comida que le parecía mejor.

Una vez, se me ocurrió hacer una *soupe a l'oignon*, o sopa de cebollas. Lloré como loca pelando las cebollas, ya que éramos muchos para comer, unos veinte. En una gran olla puse las cebollas, el caldo, hice el pan tostado, rallé el queso y esperé a ver qué salía de todo eso.

Un íntimo amigo de mi marido, loco por la cebolla, hizo honor a mi sopa. Había salido tan rica que se comió ¡ocho platos!, hasta que en la olla no quedó nada más.

No podía creer que había comido todo y él estaba tan agradecido, que me lo repitió no sé cuántas veces.

Esta es una historia de amigos. No hacía falta hacer la gran comilona, sólo había que preparar... ¡sopa de cebollas!

LA CHICA DE ROJO

Cuando era chica o adolescente salía con mis amigos a bailar o a comer afuera, pero mi problema era la timidez, un estado al que todavía vuelvo de vez en cuando. Recuerdo que no sabía adónde meterme cuando alguien me miraba o quería bailar conmigo. Se me ponía la cara colorada y deseaba que la tierra me tragase.

Fue una cosa que hasta grande no pude tolerar. Hice terapia pero no me sirvió para nada. Hasta hoy me ruborizo, pero ahora es por la menopausia, que es otra cosa. Y bueno... así es la vida.

UNA COLECCIÓN ESPECIAL

Pasó otro año, fue mi cumpleaños y estoy un año más vieja pero no sé si más juiciosa. Sin embargo, tengo que decir que gracias a la vida lo que ocurrió hace tanto tiempo ya fue, hay que mirar adelante y decir mil veces gracias por lo que hay por venir.

Tengo cuatro hijos maravillosos, por supuesto con sus peleas, porque nadie es perfecto y ellos tampoco, pero están cuando uno los necesita; mañana, tarde o noche puedo contar con su amor y su compañía y eso es mucho.

También están mis siete nietos, que van de los veintiún años a los dieciocho meses y son todo para mí, mi colección especial.

REENCUENTRO

El mío fue uno de los más lindos cuando el año pasado, fui a París con mis cuatro hijos; ni yo lo podía creer, que fuéramos todos juntos...

Cuando eran chicos, ellos viajaron por el mundo con mi marido y conmigo, pero después las cosas se pusieron distintas: yo enviudé, las chicas se casaron y tuvieron hijos. Pero dejar a sus maridos e ir de viaje con la vieja, era otra cosa: un sueño hecho realidad, era muy lindo, pasear, ir a la Torre Eiffel o caminar por París, juntos. No hay palabra que pueda describir la sensación de que ellos conozcan a mi familia, estar con ella después de tantos años... ¡es muy fuerte!

También los llevé a ver el edificio donde yo vivía y la calle donde se encontraba el negocio de mi padre.

Sería muy hermoso si pudiéramos repetir el viaje algún día; sé que no es fácil, porque cuesta mucho dinero, pero yo nunca pierdo las esperanzas.

ALBERTO LERNER



DE LA CIUDAD LUZ A LA REINA DEL PLATA

Mis padres se casaron en París en 1930 y como consecuencia de ese hecho, nací yo en 1931. Yo no lo pedí y tampoco estoy seguro de haber aceptado, pero cuando estaba en los brazos de mi mamá, encontraba el calor que me gustaba. Como no duró mucho tiempo, a los quince días vinieron a casa todos los amigos y parientes de la familia. Creí que venían a verme pero me equivoqué. Ese día empezaron mis dolores: me hicieron el “bris”. Yo no lo pedí y me dolió mucho, entonces para vengarme, le mojé la cara a ese hombre que se había tomado la libertad de lastimarme.

Seguí creciendo y a los cinco años no se les ocurrió nada mejor que mandarme a la escuela. Me preguntaba para qué sirve escribir “mamá me ama” y saber leer. Yo prefería quedarme en casa y jugar con el tren eléctrico que me habían regalado para mi cumpleaños. Pero no, había que ir; después pasó lo que todo el mundo sabe, nos fuimos de París para el sur de Francia, a una casa que no me gustaba para nada. Más tarde, una aventura digna de película. Nos escapamos a Suiza y terminé el viaje en un orfanato de monjas y yo disfrazado de monaguillo. Pero todo pasa y volvimos a París.

Cuando cumplí veinte años me llegó la orden para presentarme al servicio militar. No lo pasé tan mal, los primeros seis meses fueron de entrenamiento y perdí cuatro kilos pero después me designaron chofer de un comandante, una buena persona. Pasó un año más de mi vida en ese sitio. Lo único que me gustaba era cuando me daba una licencia y podía volver a casa a lucir mi uniforme, que me quedaba muy bien.

La gran novedad fue cuando viajé a la Argentina a hacerme la América. Menos mal que un amigo me dijo que Buenos Aires era una linda ciudad, porque yo creía que en ella vivían indios con arcos y flechas. Por suerte eran civilizados.

A los dos años de estar deambulando por el país, conocí a mi mujer. Ya hace de esto cincuenta y dos años.

Como todo pasa, el tiempo o nosotros, llegó un momento en que no supe qué hacer. por eso cuando

me ofrecieron un lugar en el taller literario, acepté con mucho gusto y ahora sé porqué cuando tenía cinco años tenía que aprender a leer y a escribir. Y eso es lo que me quedó. Una familia y buenos amigos. Lo demás no tiene importancia.

LAS MIL Y UNA CAMA

Por supuesto que no las conté, pero parece que son muchas. Empezando por la de mi infancia, supongo que tuve una cama normal como todos los chicos.

A partir de los diez años empiezo a recordar los lugares y las condiciones en que vivíamos. Ya éramos refugiados en el sur de Francia y estábamos en una casa vieja de dos habitaciones, y yo dormía en una pieza con mi mamá y mi hermana. Allí estuvimos diez años, hasta que nos escapamos a Suiza. Al principio, en el campo de refugiados, tenía un colchón relleno de paja que hacía un ruido tremendo cuando me movía.

Después me mandaron a un orfanato donde éramos por lo menos treinta a cuarenta chicos. Dormíamos en un dormitorio todos juntos, parecía la sala de un hospital, pero por lo menos el colchón no hacía ruido, salvo el que hacíamos nosotros.

Cuando terminó la guerra, volví a París para reencontrarme con mi familia, pero como nuestro departamento había sido ocupado por intrusos, vivíamos

en una sola habitación que se había usado como de servicio.

Mi papá trabajaba de sastre, tenía una mesa larga para planchar, donde a la noche yo dormía poniendo un colchón encima. A la mañana, ese colchón iba debajo de la mesa. Y así, hasta que recuperamos nuestro departamento. Entonces sí, dormía en una cama en la misma habitación con mi hermana.

Después de eso me tocó hacer la conscripción y otra vez a cambiar de cama, no era mala y éramos ocho en una sala. En invierno hacía mucho frío y en verano, mucho calor, pero yo sabía que más de un año y medio no duraba.

Desde ahí, vine a Buenos Aires en barco. Mi cama en un camarote para cuatro, parecía que se balanceaba al ritmo de las olas, pero también sabía que más de quince días no duraba.

Al fin, llegue a Buenos Aires. Mis padres que habían venido antes, ya tenían un departamento alquilado. En el corazón del gueto, Junín y Corrientes. Yo tenía una pequeña habitación para mí solo en un altillo. En pleno verano, el calor era insoportable, así que tenía que sacar mi colchón a la terraza para poder respirar, y en invierno me tapaba con una colcha bien gorda.

Después me casé, así que tuve que comprar muebles, comedor y dormitorio. No puedo contar todas las peripecias, pero hubo de todo. Noches de pasión, de amor, de alegría cuando supimos que íbamos a ser padres. Así un par de años hasta que pude comprar un departamento

donde vivo ahora con mi señora. Tenemos una cama grande, con un colchón bien grueso y ahí también pasó de todo. Noches de alegría, noches de tristezas, noches de angustias, y llegamos a la época actual, donde después de tantos años yo quisiera dormir tranquilo, pero... la vida no te lo permite. Como dice el refrán, chicos chicos, problemas chicos, chicos grandes problemas grandes, así que tampoco puedo aprovechar las bondades de mi cama como debería, como el reposo del guerrero, pero que siga así por mucho tiempo más.

No sé si me pasé de las mil y una camas... me parece que sí.

UNA EXPEDICIÓN CULINARIA

Yo no sé cocinar más que un huevo duro, pero me gusta comer cosas ricas. Y entonces, me remonto al recuerdo de mi madre, que nunca asistió a un curso de cocina pero a sus manjares nadie los igualó. Su sopa de *kneidalej*, por ejemplo, venía con un caldo con ojos que parecían mirarnos (el colesterol, agradecido).

No sé porqué cuando cuento que me gusta la sopa de fideos con leche, todo el mundo me mira con cara de asco...

Pero pasando a otras experiencias culinarias, he de confesar que pocas veces viajé por el mundo pero las

aproveché muy bien. Recuerdo en París, cuando estando en Montmartre se desató una tormenta muy fuerte, con mi esposa entramos a un boliche cualquiera, pero había en él un calor humano que contrastaba con el frío de la calle. Pedí una sopa de cebollas y ¡para qué les voy a contar el placer y el gusto de aquella sopa, mamma mía! ¡Qué buena!

Después, en el barrio judío fuimos a saborear una sopa de *borsht* de repollo que venía con todo: papas, carne, y hasta pasas de uva. Su sabor todavía puedo sentirlo en mi boca. Más tarde, seguimos viaje y en Marsella pedimos la especialidad imperdible: la *bonillabaisse*, una sopa con mil tipos diferentes de pescados; ¡en ningún lado hay otra igual!

De la sopa de tomate tengo un recuerdo muy interesante: la tomé en un barco que me llevaba a Israel, hubo tormenta, el barco empezó a bailar, yo me descompuse y se las regalé por la borda a los peces que nos seguían.

A la vuelta, pasamos por España y ahí tomamos la famosa sopa de ajo y un delicioso caldo gallego, ¡el olor a ajo todavía me persigue!

También leí que en Japón comen sopa de serpientes y caldo con langostinos vivos. Estos japoneses están locos, son capaces de comer cualquier cosa que se mueva, curiosidad que queda corta al lado de la última que escuché: llegan a pagar doscientos dólares por un plato de sopa de aleta de tiburón porque dicen que es afrodisíaco.

Ya de vuelta en Argentina, la única sopa que me gusta es el chupín que se come en el Puerto de Mar del Plata. Aunque ahora que está llegando el frío, una buena sopa con muchas verduras ayuda a calentar hasta el espíritu.

Lo único que no me gustaría es que esta noche, cuando llegue a casa, mi señora me espere con un plato de caldo de cubitos...

UNA EMOCIÓN Y UN SABOR

Todo empezó con el viaje que hicieron para el cumpleaños de mi hija. Iba a cumplir 15 años y le pregunté qué prefería, si una fiesta en un salón o un viajecito. No lo pensó ni un minuto, y me preguntó dónde sería ese viaje. Abrí el cajón de los recuerdos y pasaron por mi pantalla interna todos los viajes que hicimos y me detuve en uno que había soñado. Tenía in mente el recorrido que hizo un amigo mío y se lo comenté.

Me acuerdo que estábamos todos en mi cama, con un mapa bien grande, abierto, y le mostraba el itinerario. Todos estábamos de acuerdo y empezamos a hacer planes. Por fin llegó el primero de febrero y comenzó nuestra aventura que abarcaría el mes completo.

El primer punto que tocamos fue Bariloche. Teníamos asignada una cabaña del ACA en la montaña. A la mañana tuvimos nuestra primera emoción. Al abrir la cortina que tapaba el ventanal, nos sorprendió un

espectáculo encantador, la vista estaba dirigida al lago Gutiérrez, rodeado de montañas y bosques. Era una postal de ensueño. Después fuimos a tomar el desayuno donde nos regalaron unas mermeladas hechas con frutos de la zona. Una maravilla para la vista y el paladar.

A la tarde paseamos por todos los caminos que encontramos y en un segundo vi un cartel que decía: “Lago Escondido”. Paré el auto y le dije a mi familia: “vamos a verlo, quiero saber porqué lo llaman así”. Había un sendero que recorrimos despacio, estábamos en el medio de un bosque muy frondoso y después de un rato, llegamos al famoso lago.

Nos sentamos sobre un tronco caído sobre su orilla y sentimos una paz increíble, escuchamos realmente el ruido del silencio y también el piar de los pájaros que cantaban para nosotros, vimos un montón de mariposas que pasaban en grupos y que nos alegraban la vista con sus alas multicolores.

El agua del lago estaba transparente, se veían las truchas pasear con una ondulación tranquila y a lo lejos se veía reflejada la montaña que teníamos enfrente.

Nadie decía nada, nos quedamos sentados y disfrutamos de esa escena increíble y comimos los chocolates que habíamos comprado para la merienda.

No sé cuánto tiempo estuvimos fascinados por ese momento mágico, pero cuando nos fuimos, estábamos emocionados de haber encontrado un lago escondido con sabor a aventura.

SENTIDOS A FLOR DE PIEL

Lunes 1° de septiembre en mi casa. Ese día, fue el cumpleaños de mi hijo, que está con su familia en Canadá. Por la diferencia horaria, y por ser un día laborable, lo llamé a las diez de la noche. Él me estaba esperando. Hablamos más de media hora y cuando terminamos, quedé sentado en mi sillón en silencio, y mi memoria retrocedió cuarenta y cuatro años.

Rubén nació a las cinco y pico de la tarde. Cuando me avisaron que era un varón, que estaba completamente sano, me acordé de mi padre, que cuando yo nací, dijo: —“Nació mi Kadish”. Yo repetí esas palabras.

No puedo olvidar el ambiente y el olor del hospital, la alegría que sentí porque todo fue sin problemas. Más tarde, volvió toda la familia a casa. Ya estaba preparado el moisés, el ambiente todo perfumado.

Pero no todo es alegría completa, porque a los veinticinco días lo tuvimos que operar de urgencia: se le había estrangulado una hernia. Por suerte, mi señora se dio cuenta de que algo estaba mal. Lo llevó enseguida al pediatra. Él llamó de urgencia a un cirujano de su confianza y lo llevamos al Sanatorio Anchorena. Menos mal que lo hicimos tan rápido porque el médico nos dijo, tomándonos de las manos: “Los felicito por su rapidez, si no, el chico no llegaba al otro día con vida”.

Ahí sí que estuvimos con todos los sentidos a flor de piel. Pasando ese mal momento, no hubo más complicaciones y retomamos el ritmo de todos los días.

Mi memoria se acuerda de muchísimos momentos en que participé de la crianza de mi hijo. Como mi esposa tenía que salir todos los días al trabajo, a las cinco de la tarde, me tocaba darle la mamadera ya que no tenía otra alternativa. Así que llegaba, iba a verlo y si no dormía, lo besaba, lo levantaba y lo disfrutaba.

Lo primero que tenía que hacer era cambiarle los pañales. Luego, ya limpio y perfumado lo tomaba en mis brazos y caminando le cantaba despacito y le daba el biberón. Cuando terminaba, y como hay que hacer, lo apoyaba sobre mi hombro para su provechito. Más tarde, lo acostaba en su cuna y me iba otra vez a mi trabajo.

Esa rutina me gustaba, así lo veía más seguido, disfrutaba de su olor a limpio, de la suavidad de su piel —cambiado por supuesto— y me sentía un papá con mayúscula.

Creo que para la madre es un orgullo tener un hijo, pero yo, como padre, también tenía la satisfacción de haber colaborado con mi granito de arena.

Ahora, él cumplió cuarenta y cuatro años, está felizmente casado, tiene dos hijos, pero está muy lejos, No puedo abrazarlos, y eso me duele, aunque no lo demuestro. El año que viene, si Dios quiere, viajaremos a Canadá, porque su hijo mayor, mi nieto canadiense, va a hacer su Bar Mitzva, y no quiero perderme ese acontecimiento.

Pensando en todo esto, levanté el vaso de café que estaba tomando y dije en voz alta: ¡Feliz cumpleaños, Rubén!

AMALIA MIODOWNIK

ESTA SOY YO...



Mali, Maluniu, Malunciniu, Mala, Amalia en castellano y Amal, en hebreo.

Salto en muchos lugares, cambios de nombre y por fin ser jubilada en Buenos Aires. Los cambios no me asustan y hasta no tengo problema de cambiar de corte y color de pelo. Soy nómada y a veces más sedentaria, pero un “perpetuum mobile”.

¿Pero cómo llegué a eso? Nací en Bilgoraj, Polonia y al llegar a los casi siete años empezó la Segunda Guerra Mundial. Y allí empezó todo...

Entraron los alemanes, se fueron, vinieron los rusos y los seguimos voluntariamente a Siberia. Paraíso

terrenal en Rusia. Ubicados en una habitación en casa de cosacos, nieve y frío. Se sacaban los piojos con cuchillo y con uno casi me asesinan porque no quise mostrar las pertenencias del baúl. Muy pronto mis padres se cansaron de las promesas de los rusos y volvimos a la frontera con Polonia.

Por segunda vez nos llevaron los rusos a Siberia, pero a la fuerza. Llegamos a un pueblito lujoso, como de veraneo, con barracas que imaginamos que eran bungalows. Nieve, frío, hambre. Escuela ¿para que? Nos daban manjares, *¡boullaibaisse!*, sopa de pescado que impregnaba de olor a podrido todo el pueblo. Y el manjar de papa congelada que las mamás encontraban debajo de nieve era tan rico que no sabíamos si era... ¡sopa o postre!

¿Alguna vez estuvieron invadidos por chinches? Las matábamos durmiendo o despiertos, quemándolas con velas. ¡Además las bañábamos con agua hirviendo! Que lujo, cuando había que traer agua del río por escalones hechos en hielo. ¡Qué pista de patinaje!

Empezó la guerra ruso alemana y nos encajaron en vagones de ganado, dándonos la libertad de seguir vagando, para encontrar un lugar lejano de combates y después de tres semanas llegamos a Bujara. Muertos en las calles por la epidemia de tifus, escorpiones, víboras, baño en palangana de medio cuerpo, de inodoro un pozo ciego.

Allí transcurrieron casi cuatro años de mi infancia. Ni qué dudar de mi pobre genialidad, tercer grado

aprendiendo ruso, quinto grado saltando cuarto para recuperar el tiempo perdido, sexto grado escuela polaca, nuevo abecedario y ya me estaba acostumbrando a todos los cambios y circunstancias. En casa no se hablaba de guerra, de lo que pasaba y aprendí a vivir con ese ritmo.

Y terminó la guerra, volvimos a Polonia. ¡Los polacos nos recibieron con tanto cariño! Como besos nos tiraban piedras en los vagones de ganado de lujo.

Tanto querían a los judíos que volvían de Rusia, que organizaron una fiesta llamada “pogrom de Kielce” y del cual mi papá salió vivo por milagro.

Otra vez nómades, pero esta vez contrabandeando a Alemania, saliendo en camiones repletos, con bebés sentados en mi cabeza y apretujados como en lata de sardinas. Después de Bratislava, Viena, Salzburgo llegamos por fin a Bad Reichenhall. Otra vez barracas, muchos refugiados, todos judíos, haciendo negocios con los alemanes. Para estudiar inglés se pagaba con un kilo de carne y para estudiar piano, otro kilo de alimentos.

Por fin llegaron llamadas de Bolivia, ¡otra vez un idioma y un problema! Mi nombre, Mali, resultaba ser Mala en castellano, idioma que yo todavía no hablaba, pero sabía lo que significaba Mala. Volví loca a mi mamá y paseando por la calle vi en una vidriera el libro “Amalia” de José Mármol. Otro cambio más, pero esta vez de nombre.

Terminé el bachillerato y viajé a Argentina, quería ser médica, necesitaba un empujoncito, pero mamá sugirió química. Me recibí, trabajé y en el Paraíso del Teatro

Colón encontré a mi amor. Nueve meses de noviazgo, nueve meses de embarazo y nació Ruthy, sin poder evitar cálculos y cargadas. Tres años después nació Dany y decidimos ser nómades otra vez, pero esta vez a Israel.

Otro cambio. La primera letra de mi nombre adquirió un nuevo significado: Amal en hebreo es labor ¡y si habré sido laboriosa!

¿Idioma número cuánto? Después de cinco meses chapuceaba hebreo, pero contenta de saber inglés, salí a trabajar y me embromé. En el laboratorio hablaban francés, pues la mayoría eran rumanos y marroquíes.

Diez años en Israel y decidimos volver a Buenos Aires, pero... ¿así no más? Yo en el noveno mes de embarazo, a los cuarenta años, sin ningún examen de los que se hacen ahora, contenta, esperando que todo saliera bien y subiendo a un avión después de haber engañado al médico diciendo que estaba en el octavo mes.

Llegar, buscar vivienda, muebles y ¡llegó Gaby!

Seis años en Buenos Aires, militares, rodrigazo y vuelta a Israel, donde ya estaba Ruthy casada. Ahora teníamos una nieta.

Volví al lugar de trabajo anterior y luego de un accidente de laboratorio en 1988 dejé de ser química y empecé nuevos rumbos como ser encargada de planificación y control de laboratorios, logística y por fin en ensayos clínicos en seres humanos. Y elegí este ramo, porque así me acerqué a la medicina y me sueño se hizo casi realidad.

Y a los setenta y ... decidí dejar de trabajar. Ahí terminó la época más sedentaria de mi vida, veintiocho años, pero casi cada año hacía un escapadita a Buenos Aires.

Pienso y trato de sacar conclusiones y resumir. Mi identidad fue cambiando, de ser la nena protegida, pero acostumbrada a los cambios, llegué a ser una persona que se adapta a todo. Tengo tres hijos, siete nietos, dos bisnietos y, saben qué suerte... ¡Cada uno está en otro país y sigo viajando! ¿Hasta cuando? ¿Quién sabe dónde estaré el año que viene?

REENCUENTRO

Legamos a Bad Reichenhall, en año 1946 después de la Segunda Guerra Mundial, a un campo de judíos refugiados en Alemania, perteneciente a la zona americana.

Le dije a mamá: “Tengo el presentimiento de que aquí nos vamos a reencontrar con la tía Rosa y mis primas Ruthy y Tamciu”.

La reacción de mamá fue: ¡¿Cómo se te ocurre semejante pensamiento?!

Pero...

En una placita de juegos los chicos juegan y ríen.

Mientras una de las nenas de pelo oscuro se hamaca, ve que otra rubia está parada y no juega. Las nenas tienen más o menos nueve años.

La nena de pelo oscuro acercándose a la rubia:
¿Porque no te hamacas y juegas con todos?

Pelo rubio: No tengo ganas.

Pelo oscuro: ¿Por qué?

Pelo rubio: Porque estoy triste

Pelo oscuro: ¿Y por qué?

Pelo rubio: Porque no tengo papá; los alemanes lo mataron y estoy aquí con mi mamá y hermana mayor.

Pelo oscuro: ¿Y dónde estaban ustedes durante la guerra?

Pelo rubio: En Rusia, en una ciudad que se llama Djambul. También estaban mis tías, hermanas de mi mamá. ¿Y vos dónde estabas?

Pelo oscuro: En Uzbekistán, en una ciudad llamada Bujara.

Pelo rubio: Una hermana de mi mamá junto con mi tío y dos primas vivían en Bujara.

Pelo oscuro: Y las hermanas de mi mamá vivían en Djambul durante la guerra con mis dos primas.

Pelo rubio: Mi tío era relojero

Pelo oscuro: Mi papá es relojero

Pelo rubio: ¿Y vos cómo te llamás?

Pelo oscuro: Tamara, pero me llaman Majciu. ¿Y vos?

Pelo rubio: Tamara, pero me llaman Tamciu.

Asombro e incredulidad.

Juntas exclaman al unísono: ¡¡Entonces somos primas!!

Besos, abrazos, llantos, Majciu, Tamciu, caricias.
¡Parecía imposible y era real!

Esta es la historia del reencuentro de mi hermana y mi prima, que no se veían hacía cinco años y no se reconocieron.

Fueron a buscar a mi prima Ruthy para confirmar el encuentro, luego pasaron a buscarme por la casa de unos conocidos y las cuatro juntas fuimos a buscar a mi tía. Y la emoción del encuentro de las dos hermanas, mi mamá y mi tía, los llantos, abrazos y besos fueron interminables.

Yo por mi parte sentí que mi presentimiento al llegar a ese campo se había cumplido, las ganas que tenía de reencontrarnos pasaron de una intuición a una realidad muy feliz.

UNA CIUDAD, UNA MUJER

Bilgoraj, un *shtetl* de Polonia, era y es mi ciudad. Allí nací y viví hasta casi los siete años. Recordaba muy poco de ese *shtetl*, pero lo conocí y seguí conociéndolo a través de lo que me transmitieron mis padres. Un *shtetl* al estilo de las historias de Bashevis Singer, del cual eran contemporáneos, nacidos a principios del Siglo XX.

Pueblo donde la población estaba compuesta por un 70% de judíos religiosos, incluyendo a mis abuelos. Los varones iban al *jeder*¹¹ y las mujeres... la verdad que no sé qué hacían.

11 Colegio de estudios judaicos.

A pesar de la influencia religiosa, mi mamá fue a la escuela polaca. Al terminar la escuela primaria quiso seguir el *Gimnazium*, pero para eso había que ir a Lublin. Con mucho coraje se fue, a pesar de la oposición de sus padres, empezó a cursar en esa casa de estudios y se mantenía del ingreso de las clases que daba en polaco. Terminó el *Gimnazium* y por supuesto no pudo seguir la universidad, ni por el *numerus clausus*, ni por su condición económica.

Con los años, la juventud de esa época fue alejándose cada vez más de la influencia de la religión, empezaron a leer diarios en idish. Recibían literatura de Varsovia y formaron un grupo grande cuyas aspiraciones eran cultura e integración a los movimientos bundistas y sionistas. En ese grupo mi mamá era la innovadora, la antirreligiosa, llevaba adelante todas las ideas y el grupo la apoyaba y seguía. Todo el pueblo la conocía.

Desde la edad de diecisiete años mis padres ya formaban pareja y un año más tarde mi papa partió a Israel junto con varios amigos para realizar los ideales y ayudar a construir un país para el pueblo judío.

Decidieron que después de un determinado tiempo mi mamá iba a seguirlo. Y cuando en el pueblo se divulgó la noticia de que ella iba a viajar, el rabino se paró y exclamó: ¡Gracias a Dios, Kajla Bergstein se va a Israel! Para él y los religiosos fue un alivio. Aparentemente la provocadora iba a dejar en paz a los jóvenes.

Pero mi mamá no fue a Israel, mi papá volvió después de tres años, pues no encontraba trabajo y se enfermó de malaria.

A la edad de veinticinco años mis, padres decidieron casarse y fueron a hablar con el rabino. El rabino aceptó y añadió que mi mamá tendría que ir al *mikve*¹², a lo cual ella contestó que de ninguna manera iba a hacerlo y el rabino dijo que en ese caso no los iba a casar. La respuesta de mi mamá no se hizo esperar; le dijo: “no hay problema, ¡vamos a ir a vivir juntos sin casarnos!”. Nadie pudo contra ella y por supuesto se casaron y sin *mikve* y con rabino.

Recordaba de mi *shtetl* la casa donde vivíamos, como también cuando iba a la de mis abuelos paternos, donde estaba el negocio de mi papá. También recordaba parte de los amigos, las alegres reuniones, risas y cantos.

Empezó la guerra, vagamos como gitanos por muchas partes de Rusia y terminamos en Bujara, una ciudad primitiva al sur de Uzbekistán. Al comienzo pasamos hambre, pero luego mi papá trabajó como relojero y había comida. Mi mamá seguía siendo la guía mía y de mi hermana en lo que a educación se refería. Comía menos, pero nos mandaba a estudiar piano. Aprendí ruso, pero no sabía escribir, ni leer y mi mamá estaba siempre a mi lado. Luego abrieron una escuela polaca y por supuesto que fui, pero por mi edad al sexto grado. No sabía leer, ni escribir pero... ¿quién estaba a mi lado? ¡Mi mamá! Aprendíamos juntas todo, hacíamos los ejercicios de matemáticas hasta las dos de la mañana a la luz de una lámpara de kerosene y todo gracias a su necesidad de que sus hijas sí pudieran estudiar, cosa a la que ella lamentablemente no pudo llegar.

12 Baño ritual.

Terminó la guerra, volvimos a Polonia por muy poco tiempo y luego a los campos de refugiados de Alemania. Después de dos años llegamos a Bolivia y siguió la lucha con los idiomas. Aprendí castellano también con la ayuda de un muchacho que venía a casa, hacía conmigo los deberes y por supuesto ¡fue idea de mi mamá!

La vida siguió su curso, estudié, me casé, tuve hijos y emigramos a Israel. Siempre y en todas partes donde estuvimos, Bilgoraj me acompañaba. Conocí a muchos amigos de mis padres tanto en Buenos Aires como en Israel pero mi infancia me volvía a la memoria. Y fue en esa época en que empecé a preguntarme muchos detalles que tenía borronados u olvidados.

Hace unos cuatro años, estando en Israel, me llamó por teléfono una señora preguntando si yo soy de Bilgoraj. Le conteste que sí, pero que no me acuerdo de la ciudad, lo que sí conozco a mucha gente por los cuentos y las vivencias que seguían siempre conmigo. Pregunté su nombre y el de sus padres, me senté y le dije: yo los conozco y cuando le dije el nombre de los míos, la emoción no se hizo esperar. Eran una de las parejas más cercanas y en especial mi mamá y la suya eran muy amigas.

Me invitó a su casa y para mi sorpresa vinieron algunas personas más de Bilgoraj, mayores que yo. Allí tuve la oportunidad de volver a revivir a mi pueblito; una señora bastante mayor que yo me confirmó algunos recuerdos que tenía borronados y la emoción fue tan fuerte, que contaba a todos lo que me había pasado. ¡Y Bilgoraj revivió!

Se formo una comisión con los pocos que quedamos de la primera generación, se agregaron otros de la segunda, se divulgó una lista y la gente empezó a encontrarse en muchas actividades. Cada Día de Recordación de la Shoá nos reunimos en el cementerio donde hay un monumento de Bilgoraj y cada uno lee los nombres de sus parientes, que desaparecieron en el Holocausto. Hasta hay un sitio en Internet en hebreo e inglés.

Para mayor sorpresa, un día recibí un llamado de una señora que me preguntó:

—Perdón, ¿pero vos te llamas Malunia?

Me quedé muda.

—¿Y quién eres tú que me conoces por este nombre? Sólo mis padres y las hermanas de mi mamá me llamaban así...

—Yo era tu vecina, vivía al lado de tu casa, iba todos los días a jugar contigo y con tu hermana.

La encontré en una oportunidad, me enteré como se llamaba la calle y el número de mi casa, dónde quedaba la escuela, dónde vivían mis abuelos maternos, dónde quedaba el mercado, me confirmó cómo era mi casa y los alegres encuentros de los amigos. ¡Y Bilgoraj revivió otra vez!

Pero mi ciudad, la que yo quiero no existe más en realidad. Fue quemada al comienzo de la guerra y lo único que me queda es el recuerdo inolvidable que me vuelve a emocionar.

Tengo una muy buena nueva amiga, la hija de la mejor amiga de mi mamá, estamos en contacto y nos decimos que somos las continuadoras de la amistad de nuestras madres.

BUEN HUMOR Y ALEGRÍA

Hace algunos años cumplí setenta....vivíamos en Israel todos, menos mi hijo Dany, en Argentina.

Al acercarse mi cumpleaños, mi esposo, hija e hijo menor me preguntaron cómo me gustaría celebrarlos. Les respondí: “no quiero nada, ¡lo que sí no quiero es cocinar!”.

El día de mi cumpleaños fuimos todos a la casa de Ruthy y al entrar me esperaba un enorme ramo de setenta rosas muy rojas y una blanca, pues en Israel se acostumbra agregar una flor por el próximo año. Me puse a temblar ante tanta hermosura y las lágrimas brotaron de emoción y tanto cariño. La tarjeta roja, que tengo guardada y acompañaba el ramo decía en el frente, en hebreo: “A mamá con un montón, montón de amor” y adentro, con la querida letra de mi divina Ruthy: “A nuestra mamá, como el rojo abundante de las rosas que así sean muchos tus días, días felices. ¡Seguí siendo tan grande en todos los aspectos! Y por supuesto ¡hasta los 120! Te queremos mucho-TODOS”.

Estaba rodeada de los más cercanos y queridos, muy feliz. La cena fue suntuosa, no me acuerdo exactamente qué comimos, pero tanto esmero ni lo esperaba.

Pasaron unos diez días y llegó Januca, que se celebra muy lindo en Israel. En todos los hogares se prenden todas las noches las velas, se canta, los chicos reciben dinero y juegan con el “*sevivón*” —la perinola—, se comen

“*latkes*” y “*ponchkis*”, hay muchos festivales al aire libre, se suspenden las clases y la gente está muy alegre.

Un sábado, cuando había que prender la segunda vela, Gaby y Rotem, mi nuera, nos invitaron a su casa. En el camino, Gaby llamó a mi marido y le dijo que ellos junto con la familia de Rotem iban a una exposición de cuadros, que fuéramos para allí.

Llegamos al edificio y al bajar del auto mi marido me dice: “¡respirá hondo!” Yo respiro hondo y digo: “la verdad que el aire de Modiin es mucho mejor que el de Natanya”. Vuelve a decirme: “respirá otra vez” y yo repito lo mismo y abre la puerta... Entramos y yo levanto los ojos para ver los cuadros, pero veo paredes vacías, bajo los ojos y qué veo... Un salón lleno de gente, como setenta personas, ¡todos! Mis primos, la familia de Moisés, la familia de Rotem, todos los amigos pero yo ni me asusté, ni me desmayé, ni protesté tan sólo reía ante la enorme felicidad y sorpresa. Besos, abrazos, tanto cariño de todos los que vinieron un sábado, aunque no hay transporte y llegan de lejos.

Después de saludar, se acerca Gaby con el celular y me dice: “es Dany”. Salí para poder escuchar mejor, le cuento todo y digo: ¡Dany, el único que falta sos vos! Y sin darme cuenta me doy vuelta para seguir hablando y veo un par de piernas chuecas que vienen hacia mí. Tiré el celular y salí corriendo y gritando “¡Dany!”. Cuan grande puede ser la felicidad de una madre al ver a su hijo, que también llegó de sorpresa. Cuántos besos y abrazos y lágrimas, y mi hijo me dice: “¡Te la devolví, vieja”! Sí,

cuando él cumplió cuarenta años, nosotros también habíamos llegado de sorpresa a su cumpleaños.

Se han esforzado mucho para preparar la fiesta, hicieron todo solos, inclusive canelones y una hermosa torta de cumpleaños. Mi hija daba las órdenes, Moisés hacía las compras, las chicas cocinaron e iban a llevar todo a la casa de Gaby. Además prepararon un video y una representación. Después me di cuenta que resolvieron todas las fotos, toda la historia de mi vida, habría que verlo para sentir como yo lo sentí abrazada a mis dos nietas grandes... Cartas que mandaron amigos de Argentina, que leyó un amigo y lloró, mi hermana mandó un mensaje grabado, hubo historias de mis trabajos; en fin, me es difícil describir la perfección de todo, gracias a los adelantos tecnológicos en ese modesto salón en Modiin.

Pero la llegada de Dany no fue sorpresa solamente para mí. La única que estaba en contacto con él era Rotem y Dany llegó a Israel justo un día y casi a la misma hora en el que se iba la hermana de Rotem, así que en el aeropuerto Gaby vio desde primer piso a su hermano y exclamó: ¡Oy, ahí está mi hermano! Y bajó corriendo a su encuentro.

Al día siguiente, viernes, Ruthy y Jezzy, mi yerno, llegaron a la casa de Gaby para enrollar los canelones y Dany se sentó a un costado para que no lo vieran, pero cuando lo descubrieron... ¡Ya se imaginan lo que pasó! Y el sábado al mediodía se repitió lo mismo con Sharon y Jen, mis nietas mayores. Jen, al ver a Dany empezó a

gritar: “¡male, imale —mamita, mamita— ¡no puede ser, es Dany!”

No me olvidaré nunca de esa gran alegría que vivimos, uno de los momentos más felices que recuerdo de los últimos años.

Desde entonces la familia creció, tengo más nietos y uno en camino, un bisnieto y otra por llegar. Trato de vivir la vida como me la desearon todos mis queridos hijos y nietos: vivir y hacer lo que me da placer y disfrutar, si no hasta los ciento veinte, será lo más que se pueda, rodeada de la mayoría de mis seres queridos.

QUÉ PAPELÓN

Recibimos una invitación a un casamiento ortodoxo en Jerusalem. Lo pusimos en el cajón donde van todas las invitaciones y demás... El que se casaba era Yoni, el hijo de mi amiga Clara.

Cuesta aceptar el hecho de que el hijo de Clara sea ortodoxo. Lo conocimos desde que tenía un año, un hermoso bebé pelirrojo, hijo único y criado y mimado como tal. Yoni, para su mamá, era el más lindo, el más inteligente y a medida que iba creciendo las alabanzas eran cada vez mayores. Clara ya veía a su hijo como prodigio, pintaba, manejaba la computadora a las mil maravillas, trabajaba en el jardín zoológico, ya que amaba mucho a los animales y formaba parte de una familia normal

judía, festejando Rosh Hashana y Pesaj. Como todos los jóvenes de Israel, cumplió con el servicio militar y se fue a pasear por unos meses a Inglaterra con su compañera. Y cuando volvió declaró solemnemente ¡que quería entrar a una *yeshiva!*¹³

Los padres se quedaron mudos, en especial Clara, una mujer de mundo y con todos esos sueños que tenía forjados para su hijo. Esa noticia Clara no esperaba. ¡¿Todo ese brillante porvenir enterrado estudiando la Toráh?!

Le costó mucho aceptar el hecho, mucha terapia, mucho llanto, pero una madre es una madre...y empezó una vida distinta. Yoni vivía en la *yeshiva* y cuando venía a casa, había que comprar comida *kasher* y platos desechables. Al poco tiempo Clara enviudó y trató de llenar su vida.

En la *yeshiva* le insistían a Yoni que tiene que casarse, le presentaron muchas chicas, hasta que por fin le gustó una que también había vuelto a la religión.

Y fijaron fecha de casamiento. Clara se sentía como ajena a todo, ni siquiera estaba contenta... ella, en medio de tanta religión. Nos llamó y pidió que por favor no le fallemos, que lleguemos a Jerusalén al casamiento, que necesita que los amigos más cercanos y laicos estén a su lado.

Al llegar el día nos vestimos adecuadamente, mi marido con saco y corbata, cosa que no siempre se acostumbra en Israel, pero los religiosos sí. Sacó la

13 Centro de estudios de la Torá y del Talmud.

invitación del cajón y viajamos a Jerusalem, inclusive un poco más temprano, planeando visitar a unos primos cuya casa quedaba cerca.

Llegamos al salón, hombres con barbas, *peies*, sombreros con piel, mujeres de polleras largas y peluca. Nos miraron como bichos raros, y al preguntar si aquí es el casamiento de Yoni nos dijeron que no. ¡Qué papelón! Llegar al casamiento con la dirección equivocada y ellos preguntando quién es y mi marido tratando de averiguar dónde más hay salones en los cuales se hacen casamientos ortodoxos. ¿Cómo es que teníamos una invitación con la dirección incorrecta? Las invitaciones a las fiestas son muy personales, pero las invitaciones de los religiosos se ven todas iguales... Mi marido agarró una, sin fijarse en el nombre y era del hijo de su patrón; había sido unas dos semanas antes, también en Jerusalem y fue allí adonde llegamos.

Ya íbamos a salir a recorrer media ciudad, no podíamos fallarle a Clara. En eso yo me acordé de que la prima de una amiga mía de Natanya iba a ir también. Cruzando los dedos y esperando encontrar a mi amiga en casa, la llamé y por suerte me dio el celular de su prima. La prima me dio con Clara, que nos indicó la dirección exacta y llegamos a tiempo para acompañarla a la *jupá*.

Como en el salón anterior, lleno de religiosos, hombres y mujeres estaban por separado y la pobre Clara con una cara desesperada, parecía decirme: “mirá eso, menos mal que vinieron”. Y la verdad, que sí... porque si no, hubiéramos pasado dos papelones.

ERA SU SUEÑO

Mi papá proviene de una familia religiosa, de un pueblo donde la mayoría eran judíos y practicantes de su fe. A la edad de quince años toda la juventud empezó a alejarse del judaísmo y se dirigieron a distintas organizaciones que aparecían en aquella época como el Bund y varias ramas de sionistas.

A los dieciocho años muchos de esos jóvenes decidieron dirigirse a Palestina y formar allí un nuevo hogar y uno de ellos era mi papá. Formaron un grupo que se llamaba “*kvutza*” y era en realidad una forma de vida en comuna, pero muy pronto se deshizo.

Para mantenerse papá trabajaba en naranjales, comía naranjas y cuando se cansaba, chupaba el jugo o a veces invadía un campo de sandías, pero era joven, lleno de ideales y seguía adelante. Aprendió el hebreo y trabajaba en lo que se presentaba. Después de tres años se enfermó de malaria, no conseguía trabajo y volvió. Pasaron muchos años, la guerra y luego el desarraigo de Polonia y papá decía que después de tanto andar por el mundo le gustaría vivir en Israel. En aquella época todavía no existía el estado de Israel y no quería arriesgar a su familia y tomar el camino de entrar ilegalmente al país. Trató de conseguir certificados, inclusive estando en París, en tránsito para Bolivia, pero no tuvo éxito.

Terminamos en Bolivia, luego en Argentina y la atmósfera que él creaba en casa y que influyó mucho en

mí, era su amor a Israel. Siempre decía que le gustaría vivir en Israel rodeado de su familia.

Me casé, tuve hijos y nosotros decidimos ir a Israel. Después llegaron mi hermana y familia seguidos por mis padres. Papá estaba muy feliz, radiante, se levantaba todas las mañanas, compraba el diario hebreo e iba al parque a la orilla del mar, disfrutaba de todo y decía que por fin su sueño que tanto anhelaba se había hecho realidad.

Cuando salíamos a pasear me decía: “ves, el municipio de Tel Aviv lo construí yo y la casa de Bialik también y ves este hermosos lugar verde lleno de flores, aquí yo sequé los pantanos e iba veinte kilómetros a pie para tener agua para beber”.

Veía soldados con rifles y no podía creer que fueran judíos. Y llegó la Guerra de los Seis Días. La victoria.

Poco tiempo después papá falleció de un ataque al corazón y nosotros nos quedamos todos muy solos. Papá lo era todo para nosotros, cuando éramos chicas mi hermana y yo nos peleábamos por quién se iba a casar con él. Yo ni pude llorar, golpeaba la cabeza en la pared, tenía mucho dolor y rabia, el primer mes iba todos los días al cementerio y no pude resignarme. ¿Cómo se puede truncar un sueño hecho realidad después de tan poco tiempo? Cómo voy a vivir sin papá. Tenía solamente sesenta y dos años y vivió en Israel apenas un año y medio.

Pasaron más de cuarenta años y siempre observo esa hermosa foto de papá. Y yo le hablo, está aquí, pero el dolor que tengo y no puedo aceptar es que su sueño haya sido tan corto.

PROGRAMA DE CONCIERTO

Mi marido Moshe creció en un hogar modesto en el cual se escuchaba música clásica todo el día. El también heredó el don de tener un oído musical privilegiado y desde la edad de los trece años empezó a asistir solo o con algunos primos a los espectáculos musicales del Colón. Tenía algunos pesitos para ir de pie al paraíso y luego ir a comer pizza a “Las Cuartetitas”. Era la época de oro del Colón, los mejores artistas llegaban a Buenos Aires.

Operas, ballet, orquestas sinfónicas, solistas y guardaba celosamente todos los programas, algunos dedicados por los intérpretes. Llegó a tener cientos de ellos.

En el año 1963 cuando decidimos emigrar a Israel, tuvimos que preparar un cajón para llevar las pertenencias. Yo me ocupé de la ropa, los juguetes, artefactos de cocina y Moshe de la parte cultural.

Llegamos a Israel, nos instalaron en un Ulpan, en dos habitaciones y con lo mínimo indispensable. Allí estudiamos hebreo cinco horas por día en forma muy intensiva y cuando llegó el cajón, lo ubicamos en la casa de una tía mía, en lo que había sido gallinero.

Cuando finalmente compramos una casa y llevamos el contenido del cajón, nos dimos cuenta de que las ratas hicieron de lo suyo en algunas cajas y eran cajas de los programas de los conciertos que Moshe tan

cariñosamente empaquetó y llevó de recuerdo. Casi la mitad estaban mordidos por los roedores.

Yo ni sabía que él los había llevado y cuando le pregunté para qué, me contestó: es una parte de mi vida y espero alguna vez volver a escuchar parte de lo que está contenido en estos programas.

En 1973 volvimos a Buenos Aires y por supuesto que los programas nos acompañaron y cuando en 1979 volvimos a Israel, fue con nuestros compañeros de rutas.

De vez en cuando Moshe sacaba los programas y los hojeaba, me contaba detalles de cada uno de los conciertos, pero había uno que él quería mucho y a mí también me llamó la atención. Era un programa de tamaño mayor que los comunes, en papel aterciopelado en rojo, de un concierto que dio Yehudi Menujim en el Opera en 1950, cinco años después de haber terminado la Guerra Mundial. Había una foto de él y su esposa y estaba autografiado. Siempre lo acariciaba y soñaba con escuchar alguna vez más a su ídolo.

Mientras estaba escribiendo esto, le pedí a Moshe que me cuente un poco más de lo que yo sé de sus vivencias con Yehudi Menujim. Todos esperaban su llegada y en 1950 hice cola toda la noche en el Colón para sacar un abono a tres conciertos junto con mis padres. Era para mí un dios. Cuando apareció en escena, yo temblaba de emoción. El programa que tengo del Opera lo conseguí cuando me colé al concierto al tiempo que tocaba los “bis” y luego fui corriendo a pedirle el autógrafo.

También recuerdo mi viaje en el Vapor de la Carrera a Montevideo y vi parado a Menuhim mirando el río de noche. Al bajar lo seguí de cerca sin dejar de emocionarme y cuando el empleado de aduana le pidió a Menuhim que abriera el estuche del Stradivarius, a lo cual Menuhim se negó, yo le expliqué que era un violinista muy famoso y en el estuche llevaba un violín carísimo.

Después de algún tiempo pudimos conseguir un abono a la Filarmónica Israelí y también venían buenos músicos.

Y llegó “El Dios” y por supuesto que fuimos al concierto que dio con la Filarmónica. Durante el intervalo Moshe me dijo que en seguida volvía. Fue al camarín de los solistas, vio a la esposa de Yehudí Menujim y le mostró el programa de terciopelo rojo. Al ver la foto de ellos dos tomada muchos años atrás, después de la guerra, quedó boquiabierta, se emocionó mucho y exclamó: este era el único vestido que tenía después de la guerra y me lo ponía en todos los conciertos. Cuando entró Yehudi Menujim y vio el programa, lo dedicó nuevamente, pero no solo autografiado, sino con la inscripción: “Seguimos siendo tan felices como en aquella época”.

Moshe volvió tan feliz, con el programa de terciopelo rojo, acariciándolo, me lo mostró y después lo mostró a todos los que encontraba durante mucho tiempo, contando su historia. Y hasta hoy conserva un recorte del “London Times” del día del fallecimiento de su adorado ídolo.

NOELLY ORDINANC TALGHAM



RECUERDOS COMO PERLAS

Este tema me trae recuerdos de mis ocho años en adelante. Era 1947 y recién llegábamos de Bélgica mi hermano y yo. Vivíamos en La Lucila, en una casa hermosa. Según supe después de muchos años, mi papá número tres, Roland, se había enamorado de ella a través de una foto. En esos momentos mis nuevos padres gozaban de una privilegiada situación económica, por esa razón Roland habló con los propietarios de la casa y la compró. Pertenecía al gran compositor Discépolo, por

lo que pude comprender porqué llegaban continuamente manuscritos musicales por correo.

Fue una etapa muy triste para mí. Extrañaba profundamente a mi familia número dos de Bélgica, esperaba ansiosamente alguna carta de ellos. Mientras tanto, mis padres de la familia número tres estaban muy felices con nuestra llegada y era constante el ir y venir de amigos y familiares para conocernos, vernos y traernos regalitos.

Todos ponían la mejor actitud hacia nosotros. Marcel era muy lindo, yo no tanto, pero igual me compraban lo mejor. Me tuve que acomodar a la situación como pude. Mis padres estaban muy felices, disfrutando de su casa. Recuerdo que mi papá llegaba a las seis de la tarde, agarraba la manguera y regaba con alegría las flores del frente. Mi mamá se daba el lujo de comprarse o mandarse a hacer la cartera haciendo juego con los zapatos y los guantes. Continuamente invitaciones, fiestas, reuniones en nuestra casa y gente sentada en el bar del living tomando y charlando muy animadamente.

También me acuerdo que mi mamá se había comprado un collar de perlas de tres vueltas, con un broche muy importante. No sé porqué pero me marcó un poco ese collar que la hacía sentirse con tanta dignidad. Lo lucía con mucho orgullo y ropa muy apropiada. Ella era muy exigente y si veía algún papelito tirado en el piso o un poco de polvo en un mueble, “ardía Troya”. Cuando se enojaba mucho, teníamos una cocinera muy gorda que nos protegía escondiéndonos detrás de su cuerpo. Se

llamaba Zulema, un día desapareció y nunca supe más de ella.

Marcel tenía la costumbre de tirar todas las cosas de la casa al baldío vecino y si no encontrábamos algo, sabíamos dónde buscarlo.

Escribo todo esto porque quiero hilar como un collar de perlas todas las experiencias vividas, para tenerlas dentro de mí al igual que una perla que se continúa con la otra.

APENAS FALTABA UNA HORA...

Para que el vuelo N° 966 de Iberia comenzara su travesía Buenos Aires–Madrid–Bruselas. Viajábamos los cuatro integrantes de la producción de SORPRESA Y MEDIA, mi marido, mi hija y yo. No tenía la más mínima idea de lo que iba a provocar mi historia de vida al verse por TV. Marisa, mi hija menor, me había sorprendido haciéndome realidad un sueño que para mí no era posible por su magnitud: poder expresarle mi gratitud a la familia N° 2, como le digo yo a la de Bélgica. Cuando tuve clara y conciencia del episodio de mi tan traumática llegada a Buenos Aires no lograba tener paz en mi vida. Sólo tenía en mente demostrarles mi agradecimiento a tal esfuerzo y riesgo porque habían logrado salvarme de aquellos perversos nazis, a riesgo de sus propias vidas.

Y por lo visto, mi hija menor después que conoció a mi familia belga, pudo comprenderme y profunda, sigilosa y silenciosamente me preparó esta gran sorpresa, aprovechando también para que se supiera algo más de mi vida. Vaya a saber cuál era el pensamiento de mis más allegados... Llegamos a Bruselas y, sin perder tiempo a pesar de doce horas de vuelo, los de la producción fueron a la casa de Georgette, previa autorización de la entrevista justificando que eran de la TV argentina y con conocimiento del evento a través de Yad Vashem en la Legislatura de Bruselas, con la participación de autoridades de la Embajada de Israel... Ellos querían conversar con Georgette para mostrar el reportaje en Buenos Aires, ya que era muy importante para nuestras instituciones. Además, Yad Vashem le hacía un reconocimiento por haber salvado vidas judías en plena guerra. Ella no tenía idea que yo estaba muy cerquita de allí. Pensó que yo lo iba a ver en Buenos Aires, por lo tanto me mandó un fuertísimo abrazo y me dijo que me quería mucho. Un día antes del evento, los chicos de la producción prepararon una estrategia para mi encuentro con ella en su casa; la llevaron muy disimuladamente al fondo para que mostrara su huerta, mientras yo entraba muy temblorosa y preocupada, ya que el reencuentro sería muy fuerte emocionalmente. Ya muy cerca de ella, y a sus espaldas, tuve que decirle “Georgette c’est moi, Noelly”, a lo que ella —ya autorizada a darse vuelta— y con una fuerte exclamación dijo: “PAS VRAIS”. Corriendo, la abracé, sentí su latir y el mío atemorizada porque nada le pasara, la miraba con ternura. Es imposible describir

con palabras ese momento tan feliz y angustiante. Probablemente nos traía recuerdos tan dolorosos a las dos... Quedé convencida de ello porque cuando nos fuimos al hotel, ella se quedó parada en la puerta de su casa y moviendo sus manos nos saludó hasta perdernos de vista, con una mirada tristísima, como la del momento de nuestra primera separación. Fue muy conmovedor y muy reparador que pudimos estar después a solas unos días aclarando hechos que habían quedado confundidos. A partir de ahí quedé más conforme conmigo misma y hoy estoy mucho más feliz de mi vida en Argentina.

UN MOMENTO DE MI INFANCIA

Tenía ocho años, ahora estoy cumpliendo setenta qué horror, pero me consuelo a mí misma: “los puedo festejar” y además estoy rodeada de mi familia, la de verdad. No es que quiera menospreciar a todos aquellos que de alguna manera me protegieron y me permitieron llegar hasta acá, pero es distinto. Hay gestos, expresiones que no hacen falta explicar. Lo siento a través de mis hijas. Se hizo lo que se pudo y más también. Como a todos nos pasa, hay perfumes, sabores, colores, que recuerdan parte de la infancia. Antes de los tres años no recuerdo nada, pero luego, no usualmente me vienen a la memoria recuerdos que quedaron muy marcados en mí.

El verde que rodeaba la campiña de Bélgica. El sabor de la manteca fresca hecha con la leche ordeñada de la vaca que pastaba por los alrededores comiendo el césped de la pradera donde mis amiguitos y yo cazábamos mariposas, recogíamos del suelo cerca de las raíces de los árboles frutillas, moras, frutos de su exquisito perfume. Eran días maravillosos que creo me hacían olvidar, supongo, la ausencia de mi madre.

Recuerdo también los grandes tazones en el desayuno, la leche extremadamente fresca con cereales que devoraba con gran placer. Al venir a Buenos Aires en el año 1947, todo cambió. El paisaje ya no era el mismo y el grupo familiar tampoco. Era muy extraño, hasta el idioma, que apenas conocía. Unas pocas palabras en castellano. No me reconocía, algo me estaba pasando, no sabía cómo explicar el sentido de mi tristeza, el llanto.

Mis nuevos padres me sirvieron una mañana el desayuno y no estaba contenta. Había de todo: dulce, manteca, algunos pedacitos de bizcochos, me miraban sorprendidos. ¿Cuál era mi disgusto? Yo sólo pedía ISSISSIPI. ¿Qué era eso? No sabían qué hacer, hasta que llegó un nuevo tío y con gran alegría creyó saber de qué se trataba. Y para gran sorpresa mía y de los demás, cuando me mostró una caja con cereales esboqué una gran sonrisa ¡había adivinado! Muchas veces hoy en día todavía desayuno con ISSISIPI...

SEDER DE NO TAN INFANCIA

Gracias a Dios, en esa época éramos un familión en casa de los abuelos —los número tres, ya que como verán, aprendí a poner en orden a mis sucesivas familias—.

Esto ocurrió en Buenos Aires, Argentina. Mi abuela era muy gorda y siempre demostraba cierto privilegio por el hijo de su único hijo varón, a quien distinguía por sobre las otras cinco, que eran mujeres, y para una familia sefardí, eso no es chiste.

Éramos unos dieciséis primos, lo cual era muy divertido y, como el piso era muy grande, nos entreteníamos jugando a las escondidas.

Mi abuelo era muy flaco, observador e inteligente.

La mesa larga era para los grandes, los privilegiados. Las otras mesas, más chicas, eran para nosotros, los “enanos”.

Las cacerolas enormes, llenas de comidas tradicionales para esta fiesta, perfumaban todos los ambientes y queríamos devorarlas. Platos y fuentes iban de aquí para allá. El mantel blanco quedaba a veces adornado con nuestras delicadas manos o algún chorrito de Coca Cola. Era muy divertido. Durante el rezo resultaba difícilísimo que nos quedáramos silenciosos, pero se lograba.

El tema era al final de la cena. Los platos quedaban vacíos y había que ayudar a levantarlos aunque hubiese servicio para hacerlo. La costumbre era que los chicos no

nos quedáramos sentados, mirando trabajar a los demás. Pero, hete aquí, que había una prima muy elegante, muy distinguida, que sentía que esto no era para ella. Miraba cómo ayudábamos sin que se le moviera un pelo. Y, no sé por qué, se imponía. Esto a mí me daba mucha rabia y la miraba con recelo. Pero, bueno, formaba parte del evento y recuerdo con un poco de nostalgia aquellas noches de fiesta para las que nos preparábamos un mes antes: que los zapatos, que el vestido, etc, etc....

La noche de Pesaj era un jolgorio, aunque claro que yo tenía algunas sombras. A veces me olvido de que también pasé tan lindas fiestas con mi tercera familia.

SOPA DE PAPÁ

Para mí, la sopa es un símbolo que, de alguna manera, expresa calor de hogar, unión de familia, un aliciente cuando uno vuelve a casa con mucho frío, y, además... ¡me encanta!

Una que me trae recuerdos muy tiernos es la de Pavesa. Los domingos, hace muchos años, volvíamos a la noche cansadísimos de tanto correr en la quinta donde nos encontrábamos con todos los primos y tíos. Entonces, cuando terminábamos de darnos un buen baño, la mesa para cenar ya estaba preparada.

Mi papá, Rolando se llamaba —fue el número 3, a quien quise mucho y del que guardo los mejores recuerdos—, con su elegante delantal de cocina, aparecía con una sopera sostenida entre sus manos y nos deleitaba con el aroma de la sopa de Pavesa que él mismo había hecho; de lejos, veíamos el vapor que emanaba y nos invitaba a probarla.

Era un caldo de verduras tamizadas, con tostadas flotando en la superficie y varios huevos *poché*. Una delicia. Así que luego nos sentíamos más serenos y nos íbamos satisfechos a dormir, pensando en qué lindo día habíamos pasado. Después de tomar esa sopa, al día siguiente nos levantábamos con optimismo, listos para empezar la semana con un nuevo ánimo.

UN CUENTO CON TANGO

Era una tarde de sol y ella caminaba por las calles con su figura muy elegante, sonriendo consigo misma. Tenía una cita. Jamás había bailado, pero sabía quién la había invitado. Eran las cuatro; él la esperaba a las cuatro y media en la puerta del salón donde enseñaban tango.

A dos cuadras, ya se oía la música. Su tango preferido, “Uno”, de Discépolo. Viendo la figura del que fuera el hombre de su vida, su corazón latía haciéndola estremecer.

Se le cumplía un sueño: sentirse rodeada por los brazos de ese hombre. Ya en la pista de baile, sus movimientos la envolvían como dentro de una seda que se deslizaba al compás de la música.

Como una ráfaga de sol, sentía el calor acercándose a su piel. Sus manos eran dos alas que la sostenían y la trasladaban con pasos airoso, haciéndola sentir un pájaro en pleno vuelo. Era un sueño ese hombre imaginado en sus noches solitarias, y estaba a su lado mirándola con ojos penetrantes.

En ese baile eran una escultura donde se fusionaba el uno con el otro, para nunca más separarse. Él había llegado...

MICHELINE PAPIERNIK



CON LOS CINCO SENTIDOS

Con muchas dificultades, peripecias y miedo, logramos pasar a la “zona libre” de Francia, el 18 de julio de 1942.

Mi madre, que era polaca, fue mandada en residencia obligatoria a Eymanthiers, un pueblecito cerca de Limoges. A fines de 1942, como francesa, yo pude viajar a Chabannes, un castillo que albergaba a muchos niños y jóvenes judíos de diferentes edades, donde permanecí hasta fines de 1943.

La situación empeoró mucho, en particular para los judíos. Todos, con falsas identidades, fuimos dispersados.

Un grupo de doce chicas de once a diecisiete años, entre ellas yo, llegamos a un colegio en Bourgaweuft, donde nos hicieron figurar como cristianas refugiadas del norte de Francia. Allí estudiábamos y teníamos un dormitorio chico para nosotras. Nos sentíamos mal, tristes, preocupadas por nuestros pocos familiares escondidos en la región.

Todos los días comíamos “rutabaga”, las otras pupilas tiraban los platos sin probarlos, porque recibían de sus padres (campesinos ricos, carniceros, médicos) pan blanco, jamón, quesos, dulces, manteca, frutas... lo que más nos dolía era que a las demás nunca nos convidaban con nada.

El 4 ó el 5 de abril de 1944, para las Pascuas, todas se fueron a su casa. Seis de las chicas judías querían irse a ver a una madre, a un padre, a una tía, que estuvieran escondidos cerca. Mi hermanita Regine —de diez años— y yo, también.

La directora quiso retenernos, era muy peligroso pero insistimos tanto que al fin nos fuimos. Llegué con Regine muy bien a Eymanthiers, el 5, muy felices de encontrarnos con nuestra madre, de poder abrazarla bien fuerte una y tantas veces, de sentir el calor de un hogar. De nuestro hogar.

Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, que no sentíamos el delicioso perfume de una torta recién horneada, el olor del pollo con papitas que íbamos a almorzar, de ver la mesa puesta con un lindo mantel blanco y los rabanitos bien rojos, con pan blanco y

manteca, hasta tomates con cebollas y peras bien jugosas había... todo era exquisito.

Las tres estábamos muy alegres, mamá nos acariciaba después de tantos meses de separación y tristeza. Todo el día estuvimos hablando, mamá nos preguntaba cosas y cosas. Regine no quería volver al colegio, se acurrucaba en sus brazos, era chica, linda y muy mimosa. Había ingresado el colegio hacía poco tiempo porque mamá tenía mucho miedo: en Eymanthiers, la conocían como judía. Yo le había rogado a la directora que la aceptara como pupila y mi hermanita comenzó a asistir a una escuela primaria pegada a nuestro colegio. Era la única niña de diez años.

Ese día para mí fue inolvidable. Nuestra casa se componía tan sólo de una pieza muy grande, con un rincón de cocina, un bañito muy chico, tres camas, algún ropero, una mesa y cuatro sillas, con una ventanal que daba la calle principal, frente al ferrocarril. De costado se veía la plaza donde estacionaban los autobuses y ahí se armaban las ferias dos veces por semana. Recuerdo que esa noche dormimos las tres juntas.

El 6 de abril de 1944, muy temprano nos despertaron los gritos, cantos y ruidos de botas de una tropa alemana que por primera vez llegaba al lugar. Nos angustiarnos. Mi madre no me dejó acercar a la ventana. Los altoparlantes gritaban que los que escondían a comunistas resistentes serían apresados junto con aquellos que buscaban. Todo el día siguieron los ruidos infernales que no solamente nos lastimaban los oídos, parecían flechas disparadas al

corazón. Mi madre, con lágrimas en los ojos y los brazos cruzados sobre el pecho, me decía con incertidumbre: “por suerte no es para nosotras”. Mi hermanita no entendía nada, pero se puso a llorar.

Monsieur Pernicaud, el dueño del hotel, también él asustado, vino a vernos y le ofreció a mi mamá escondernos en una cabaña del otro lado del ferrocarril, muy chiquita, donde las tres podríamos caber solamente paradas. Mamá me consultó y yo, ignorante del peligro, le contesté: “¿dónde vamos a dormir, comer?”. Y no nos fuimos. Así pasó el día.

A la mañana siguiente bien temprano, mi mamá preocupada, indecisa y asustada, me pidió que fuera a ver lo que hacía la familia de una amiga mía, Fernande. Fui enseguida, era a pocas cuadras y de repente me encuentro en la calle con la madre y la tía de Fernande caminando entre dos soldados alemanes. Estúpidamente, pensé que estaban conversando, di la vuelta y corrí hacia mi casa, furiosa. Delante de la puerta del hotel estaban parados Monsieur Pernicaud, su esposa y su suegra, muy serios y cuando quiero entrar, no me dejan. No entiendo nada. Las dos señoras me dicen: “Ya no hay nadie, arrestaron a todos, a tu madre y a Regine también”.

Me quedo dura. “Dónde están”. Y me dicen “En la Alcaidía “. Las quiero encontrar, estar con ellas, ni pienso en otra cosa. Entonces Monsieur Pernicaud me toma de la mano y me dice: “No, no. No pude salvar a tu madre y a Regine, pero le prometí a tu mamá que te voy a ayudar”.

Yo no quiero, forcejeo con él. “Qué voy a hacer sola en el mundo”, e insisto en irme. Entonces él me responde: “Vas a entrar en la Resistencia y así vas ayudar a que las liberen más rápido”. Me quedo quieta un segundo y rígida, acepto.

Entonces él me lleva en seguida a una especie de placard triangular que forma el bajo de las escaleras, me da una almohada y una frazada y la señora me trae un sandwich enorme y me recomienda no hacer ningún ruido porque los alemanes se van a instalar en el hotel, el único de Eymanthiers.

Esa noche no pude dormir ni llorar, me sentía paralizada, no probé el sándwich porque tenía un gusto amargo en la boca, en mis oídos escuchaba todo el tiempo los gritos, cantos y risas de los alemanes. No me acuerdo si sentí miedo.

Bien temprano a la mañana, Monsieur Pernicaud me alcanzó una valija chica que mi mamá había empujado con el pie para mí, me entregó 200 francos y me dijo que tenía que volver al colegio, que era muy peligroso quedarme. Le agradecí, él me dio un beso y me deseó suerte. Con el corazón en un puño, fui a la cola de los autobuses que iba a Bourgaweuif. Nunca más volví a ver a mi madre, ni a Regine, ni a mi padre.

BRILLO

Hay un dicho en francés: *“Tout ce qui brille n’est pas or”*. Significa “todo lo que brilla no es oro”.

Brillan las estrellas, los famosos en las revistas están llenos de ellos...

Yo, personalmente, aprecio otro brillo.

Cierta persona tiene un brillo interno, se destaca siempre entre un grupo de gente. Ella ve el lado bueno de los familiares, de los que la rodean. Distribuye sonrisas y buenas palabras a su alrededor. Evita criticar.

No creo que tenga una vida tan fácil y lisa, como todos, tiene que trabajar, luchar y afrontar dificultades.

Siempre trata de resaltar lo bueno o lo que no es tan malo.

Es inteligente y bondadosa. Todos la aprecian y la quieren y esta luminosidad le da belleza interna y externa y yo la veo brillante.

SEMILLA

Semilla es una palabra de esperanza porque sirve para la agricultura, para hacer crecer alimentos, flores, todo lo bueno que sale de la tierra...

Pienso ahora en otras semillas, en la educación, la enseñanza que no se les da a ciertos niños y jóvenes. No

tengo dudas de que hay una juventud excelente, estudiosa, trabajadora que piensa en su porvenir y por suerte son la mayoría.

Pero estoy abrumada, triste y casi asustada por lo que se lee en los diarios. Los programas de radio y la televisión están colmados de asaltos y crímenes cometidos por jóvenes. Proyectan construir más cárceles en vez de centros de contención y educación para aquellos que no tienen la suerte de recibir enseñanza y un buen ejemplo en sus familias.

UNA CANCIÓN

París ya había sido liberada. Regresé con la esperanza de que alguien volviera, mi madre con mi hermanita, ¿y mi padre?

Estaba ilusionada, me preocupaba no haber recuperado el departamento donde íbamos a alojarnos.

Pero rápidamente después de ir una o dos veces a leer las listas del Hotel Lutecia, con mucha tristeza, dolor y desilusión me enteré que nadie de mi familia había sobrevivido.

Varios días dormí en lo del tío Paul, el hermano de mi madre, pero realmente no había lugar.

Empecé a buscar algo, tuve la suerte de que una vecina de mi barrio me ofreció una piccita donde ella se

escondía. Fue mucha suerte. Era una piecita chiquita, sin agua ni sanitarios. Pero había una cama, dos taburetes, una mesita chica y unos clavos en la pared para colgar alguna ropa. Mi tía Dora me dio dos juegos de sábanas y unas toallas y me compré una palangana para poder higienizarme un poco. Encontré un trabajo cerca, con el sueldo podía comer y solventar los gastos mínimos por veinte días al mes.

De mañana, antes de ir a trabajar escuchaba la radio de una ventana de enfrente y la canción, cuyo título ni recuerdo, me emocionaba mucho, por la melodía y las palabras que decían:

*Del otro lado de la calle
hay una chica
una linda muchacha
que tiene todo lo que quiere
un palacio para vivir,
joyas y ropa linda...*

EL REENCUENTRO

Una tarde fui a Carrasco con Charles y unos amigos a acompañar un matrimonio que se iba de viaje. Estábamos esperando la hora del vuelo...y de repente vi una actividad extraña en el aeropuerto, coches importantes, mucha gente llegando, casi “estaban

desplegando una alfombra roja” y escucho a una señora que dice: “ya viene, ya viene, ¡sí es Marcel Marceau!”

Me acerco al grupo y me confirman. Le digo a Charles que voy a verlo. Toda emocionada, trato de llegar bien cerca y dos amigas vienen conmigo. Lo que pasa es que veinticinco o treinta años antes yo lo conocía muy bien. No era todavía Marcel Marceau, aunque sí se llamaba Marcel.

Todos integrábamos un grupo de amigos jóvenes y Marcel era un muchacho encantador. Un día muy frío, éramos siete u ocho congelándonos en una oficina en París durante la Guerra esperando que nos atiendan, y de repente él organizó una especie de teatro muy movedido que nos permitió a reírnos mucho y olvidarnos del frío y del hambre.

Otras veces salíamos a caminar “*Au bois de Vincennes*” y al fin nos hacía bailar en rondas cantando. Tenía siempre muy buenas ideas y era muy gracioso. Ya tenía cierto talento.

Otra vez, ya después de la guerra, la mayoría ya estábamos solos, sin padres, y los amigos eran nuestras familias; organizamos un pequeño baile y estábamos esperando una orquesta de voluntarios jóvenes y como no llegaba y se hacía tarde, ya había bastante gente en el salón. Nerviosos, salimos al boulevard a ver si la famosa orquesta venía, pero nada, y de repente vimos a Marcel paseando sólo; lo invitamos al baile, aceptó en seguida, entonces le dijimos que todavía no había llegado la orquesta.

Él nos dice, no se preocupen yo voy a hacer un poco de espectáculo para entretener a la gente. Al fin la orquesta no vino, entonces nos dijo: “Bueno, amigos, todos cantamos y bailamos”, y así fue, ¡todo un éxito!

En 1948 yo viajé a Montevideo, y de a poquito vi nacer a Marcel Marceu, un artista internacional. Cuando empezó a actuar en pequeños teatros, todos los amigos de antes iban para hacer de público y llenar la sala, esto me contaron en 1964, la primera vez que volví a París.

Aquel día en el aeropuerto tuve una gran decepción, sentí dolor y pasé vergüenza delante de mis amigos, porque cuando me acerqué a saludarlo y darle un abrazo, él me miró con ese aire de mimo que tenía... y me preguntó quién era, cuando le contesté dónde y cuándo nos conocimos, y le nombré a algunos amigos de aquella época me dijo un “*Ab! Oui*” desdeñoso y frío. Por eso yo me fui furiosa, dolorida.

RAIA PIEKARSKA KALB



HOJA DE RUTA

Mi vida está signada por gran variedad de lenguas. Cuando empecé a estudiar en mi país natal, mi idioma era el ruso, más exactamente el ucraniano, y una vez por semana, el alemán.

Así pasaron los años y me recibí de contadora.

En 1941 tuvimos que cambiar: salimos de Ucrania y nos llevaron a al Cáucaso, donde era otro el dialecto ruso que se hablaba.

En 1945, de vuelta al ruso ucraniano, trabajando como contadora.

En 1958 nos mudamos a Polonia y tuve que aprender polaco para trabajar.

Hasta 1961 tuve que ayudar a mantener la casa y la familia.

En 1963, otra vez cambiamos el idioma, porque tuve que aprender castellano. ¡Estaba en la Argentina!

Con la familia de mi marido hablaba en idish y escribía cartas a mis primos en Estados Unidos. En el trabajo también me comunicaba con muchos de mis clientes en sus diferentes dialectos. En lugar de contadora, ahora era carnicera; con esa tarea y junto a mi marido, mantenía a los chicos y la casa.

Sin embargo, a pesar de tantos cambios era feliz, porque más allá del idioma, en casa siempre se hablaba el lenguaje del amor.

Tuvimos dos hijos, cinco nietos y tres bisnietos que lo aprendieron, lo siguen practicando y hoy me devuelven cada una de las lecciones que les fui dando a lo largo de tantos años.

REGLAMENTOS

Hay reglamentos a los que nadie hace caso, como eso de cruzar la calle por la raya blanca, no tirar basura antes de la lluvia o no sacar a los perros sin bolsita para juntar lo que hace el animal. Hay muchos reglamentos en papel pero nadie se molesta en cumplir hasta que se hacen multas.

Muchas veces tampoco se cumple el reglamento de la familia.

En mi casa, papá era el capitán pero, con cinco chicos, la que mandaba de verdad era mamá. Cuando pedíamos permiso para salir papá nos decía que hablemos con ella y mamá no siempre nos daba permiso, íbamos otra vez a papá y él siempre decía “mamá dice no”.

Ella sabía porqué teníamos que estar en casa. Ya de más grandes, mamá nos decía: “quiero verlos a las diez en casa sin chillar”. Y nosotros cumplíamos como soldados obedientes...

RECUERDOS DE UN LARGO VIAJE

Cuando Rusia ocupó el oeste de Ucrania, me mandaron de nuestro Ministerio a organizar cooperativas de diferentes trabajos, como sastrería, zapatería. En 1957 nosotros empezamos a prepararnos. Mi esposo era ciudadano polaco, hasta 1948 estuvo en Liberia y sufrió mucho cuando fue a ver su lugar natal y se enteró de cómo habían matado a toda su familia. Entonces quiso ir a la Argentina, donde vivían los hermanos con sus familias desde 1930.

Un día de fin de año recibimos del amigo Wladimir Wolinsk preguntas que nosotros no entendíamos. ¿Se puede comprar fideos (*loksbn*) en Kiev? ¿y chanchitos (*jazeren*)?

Mi esposo le dijo que sí, que viniera. Sin pensarlo demasiado, vinieron el amigo y su esposa. En ese momento

nos agarramos de la cabeza porque nos dimos cuenta que no habíamos entendido que *loksbn* eran dólares y *jazeren*, monedas de oro.

A fines de 1958 recibimos del Joint un pasaje para ir con los chicos a Polonia. Estuvimos en Wroclaw; nosotros trabajábamos mientras el varón iba al colegio y la nena se quedaba en casa porque sola a la calle no podía salir.

Los chicos gritaban “¡Zhidí¹⁴, a Palestina!”

El Joint nos ayudó y muy rápido salimos de Polonia pero tardamos tres años en llegar aquí. En ese tiempo compramos muy lindas cosas para traer a Buenos Aires: ropa de buena calidad, cristalería, juegos de porcelana de comedor y para el té.

La familia de mi esposo quería todo pero yo repartí y algunas cosas dejé para nosotros. Cuando fue el casamiento de mis hijos, a cada uno le pude regalar aquellos objetos que me habían quedado del viaje.

Cuando se pusieron de novios, mi yerno me preguntó qué les iba a regalar y yo le respondí: un juego de té de chino y un samovar de Rusia.

Hasta el día de hoy me pone contenta verlos en la casa de mi hija. Son recuerdos de una familia como la mía que viajó mucho y vivió mucho también.

14 Judíos, en polaco.

NIEVE

En cuarenta y seis años que vivimos en Buenos Aires nunca vimos nieve, pero el 9 de julio de 2007 tuvimos la sorpresa, caía nieve y justo el día que yo estaba enferma, mirando por mi ventana la belleza del cielo cuando caían gotitas como blancas plumitas. Pero lástima que en el balcón de mi casa sólo llegó a la baldosa y se convertía en agua. Recordé mi niñez y juventud en Kiev cuando empezó a caer nieve, pero no nieve llovía. Sacábamos los trineos y empezábamos a jugar desde la montañita para abajo, hacíamos muñecos de nieve con nariz de zanahoria, labios de remolacha y los ojos de carbón y eso quedaba armado varios días porque hacía frío de veinte grados bajo cero o más.

Ya más grandes en la juventud, empezábamos con los esquís campeonatos entre colegios sobre nieve, nunca teníamos frío porque cuando uno es joven, la sangre calienta todo el cuerpo. Durante los años en la facultad íbamos con amigas al estadio Dinamo porque allá había hielo, nos poníamos los patines y patinábamos sobre el hielo que parecía como un vidrio. Hacíamos círculos pero la mayoría teniendo uno a otro de la mano para cuidarnos de no caernos porque la caída en la nieve es muy linda, todos se ríen, pero un golpe sobre hielo es muy doloroso, sobre todo cuando es en el huesito dulce. Eso si, no te ríes, porque duele mucho y por largo tiempo.

Todo era lindo, alegría. La juventud siempre encuentra de qué y de quién reírse. Sholem Aleijem decía reír es salud, en idish se dice “¿dónde están mis jóvenes lindos años?”.

En Kiev los árboles se visten como novias, todos de blanco brillante por la nieve helada; alrededor de los tejados de la casa cuelga un collar de cristales cuando las gotas del agua se congelan y es una belleza para admirar.

Mientras recuerdo, veo a través de mi ventana como cae la nieve en Buenos Aires, por primera vez. En la casa hay calor, comida, un espectáculo que es alegría para toda la familia, los grandes y los chicos.

LAS CAMAS DE MI VIDA

Escribir acerca de las camas de mi vida es muy difícil, porque tuve que cambiar tantas veces de país, de ciudad, de casas.

Recuerdo mi primera cama: yo era la primera hija de mis padres. Papá tenía una fábrica de muebles, así que me hizo la más linda camita, con patas redondeadas para poder hamacarme.

Cuando ya era más grande y con cuatro hermanos, las camas se hacían más grandes y cómodas. Pero los años pasan y los hijos crecen.

Me casé y tuve muebles nuevos, la cama ya era doble. Pero llegó 1941 y, por la guerra, tuve que abandonar todo.

En 1945 volví, pero en esos años cambié muchas camas. En Koljos, papá hizo camas con cuatro maderas. Cuando salimos de allí hacia otra ciudad que tenía una fábrica de aviones, seguimos con esas maderas con patas, y así fue hasta el final de la guerra.

En 1948 me casé con un muy buen hombre de Polonia. Tuvimos dos hijos y cinco nietos. Convivimos felices cuarenta y ocho años. Nuestra cama estaba llena de amor y felicidad. Porque no importa cuál sea la cama, hay camas bañadas en oro en las que la gente es infeliz. Hay camas redondas, como en las películas, camas muy lindas con sábanas de seda, camas de mimbre. Pero depende de cada pareja que ocupe la cama llenarla de amor, comprensión, salud y felicidad.

CHISMES

Hace algunos años conocí a tres amigas muy amigas. Un domingo estaban en un club de jubilados y conocieron a un hombre. Bailando, cada vez cambiaban de pareja y al final a él le gustó la señora María, a quien invitó para encontrarse el lunes en una confitería.

Llegaron las tres amigas y después el caballero Mario, tomaron el té con masas hablaron, al final él invitó a

María a salir para mostrarle su departamento, porque era muy cerca de la confitería donde estaban.

Cuando ellos salieron, las dos amigas se dieron cuenta que María había olvidado bolsita. Quisieron ver qué había llevado adentro y ¡oh, sorpresa!: encontraron un camisón muy lindo, todo bordado.

En seguida María se dio cuenta de su olvido y volvió a buscar su tesoro.

Y en cuanto a mí, no sé qué es esto, si un chisme o un comentario.

PESAJ EN MI INFANCIA

Recuerdo cómo eran las fiestas de Peisaj en casa de mi *zeide* y *bobe*, con toda la familia. Eran muchos, porque cada uno venía con los suyos. Mi mamá, papá y cinco hijos. Tío Boris con su esposa y su hijo Caric, que vive ahora en Israel. Tío Rubín con su esposa y dos hijos. Tía Alis con su hija, porque su esposo ya se había ido a USA y después los llevó a Chicago. Así, con los chicos todos juntos, la *bobe* preparaba todos los manjares de *matze meil*, pescado relleno, pollo, *kneidalaj* y hacía *grivelej* de ganso. Pero todo tenía que hacerlo en secreto, para que los vecinos no se dieran cuenta, porque en los tiempos de Stalin estaba prohibida la religión: era el opio de los pueblos.

Entonces se hacían las fiestas con las persianas cerradas y las velas encendidas, la mesa bien ordenada, y el mantel blanco.

Mi *zeide* era todavía joven para hoy en día, tenía setenta años. Sin embargo, yo los recuerdo viejos, a él con barba blanca y a la *bobe* con un pañuelo con flores y un delantal, morocha, de ojos claros, bajita y con un gran corazón, lleno de amor para toda su familia.

Siempre invitaban a una mujer que se llamaba Mejl, que no estaba bien de la cabeza, siempre decía que iba a viajar a Chicago, todos los años era lo mismo. Pero nuestros padres nos prohibían reírnos de ella o hacerle un desprecio.

Así recuerdo Pesaj. Después, cuando vinimos a Buenos Aires, entré por primera vez al *shil* de Planes, donde estudiaban nuestros hijos, y después al de Murillo. Y empecé a celebrar en mi casa, junto con mi querido esposo, Pesaj en libertad, con luz y ventanas abiertas, con alegría, con nuestros hijos y nietos. Esa alegría que pueden sentir y apreciar las personas que salieron del miedo.

Yo siempre había tenido miedo de ir al templo en Kiev, temía que me echaran de mi trabajo porque la religión estaba prohibida y más para empleados como contadores, ingenieros, directores, maestros de escuela.

Ahora agradezco a Dios que, a mis años, puedo hacer pis adonde se me da la gana...

MUDANZAS Y MUTACIONES

En mi vida tuve muchas mudanzas, algunas felices, otras muy trágicas y obligadas, que transformaron toda mi vida. Como no quiero escribir sobre más tragedias, voy a empezar con la segunda mitad de mi vida.

Cuando me casé por segunda vez, en 1948, con un hombre polaco, bueno, buen padre, excelente *zēide*, amigo del corazón y linda persona, tuvimos dos hijos, un varón en 1949 y una nena en 1955. Nuestra gran mudanza fue de Kiev a Polonia, Wroclaw. Entramos a una casa en un tercer piso, sin ascensor, los chicos y yo sin saber polaco, pero empezamos por aprender las costumbres, las comidas. Estábamos entre antisemitas, pero ellos demostraban que nos querían.

Pasamos tres años, hasta que el Joint nos dio los pasajes para venir a Buenos Aires, pues mi esposo tenía dos hermanos con familia, que vivían aquí y hacía treinta años que no los veía.

Llegamos el 26 de septiembre de 1961, en barco. La primera mudanza fue a un departamento de dos ambientes, una construcción que nunca habíamos visto, sin ventanas, todas puertas con vidrios.

Pero lo más importante era que ya no éramos muy jóvenes y el dilema era cómo mantener a la familia, a los chicos. Como estábamos acostumbrados a luchar, aprendimos castellano y trabajamos. Yo como contadora, ni pensar, pero ayudé a mi esposo y estuvimos siempre

juntos durante cuarenta y ocho años, y finalmente llegamos a la feliz mudanza, a nuestro departamento propio.

Eso era pasar en limpio la ilusión de nuestra vida y llegar a la meta.

Conseguimos muebles para todos los gustos de nuestros hijos. Cada uno se dibujó el modular que quería para sus libros y su escritorio. Era hermoso, cómodo. Los chicos crecieron estudiando y con los amigos, en casa siempre había comida para todos. Vinieron los novios, se casaron, y nuestros corazones crecieron de alegría.

Pero empezó otra mudanza, la de llevar los muebles a una casa más chica, para dos personas. Ya la mesa era muy grande, el modular enorme..lo único que no cambiamos fue el dormitorio. Ya ven, las mudanzas no duran para siempre.

Pero ver a nuestros hijos felices, juntarse los sábados a la mesa, preparar para cada uno su comida preferida, eso también nos llenaba de alegría.

¡Y qué contar de la alegría de nuestros corazones con la llegada del primer nieto! Nació en Nueva York y lo trajeron cuando tenía seis semanas. Después los nietos de nuestra hija, otra nieta más de nuestro hijo y así juntamos cinco nietos.

Pero pregunto no sé a quién ¿a Dios? Por qué nos amargó todo llevándose a mi esposo, padre y *zeide*, en el momento en que había más alegría para nosotros.

Los nietos crecieron, son excelentes profesionales, buena gente mis hijos y mis nietos.

Entonces tuve que mudarme otra vez, esta vez al mismo edificio en el que viven mi hija y mi hijo del corazón, que me cuidan mucho. Estoy muy protegida, y la casa más chica tiene menos problemas.

Los libros los regalé a AMIA; la ropa a Burzaco; cosas de la casa, a los vecinos. Pero eso sí, llené otra vez el balcón de plantas.

De mi ropa uso todo, cambio todos los días, tengo ganas de vivir con el amor de mi familia, los hijos, los nietos, y también de mis compañeros que me quieren y mis profesoras, que me dan ganas de seguir, aunque a veces tenga ganas de tirar el poncho.

SOPA DE IDISCHE MAME

Mamá era muy habilidosa en la cocina: preparaba riquísimos *vareneques* de carne con hígado, y un plato de caldo de gallina con ojitos de grasa. La costumbre era que los cinco chicos tomáramos un plato, al igual que los hermanos de mi madre, que vivían con nosotros.

Cuando ya fuimos más grandes, cada uno elegía qué comer. A veces, me gustaba una sopa con toda clase de verduras, pero como nunca fui muy comilona, otras preparaba un *borsht*. Lo hacía con carne de falda o asado le agregaba remolachas, zanahorias, y repollo, todo cortado

o rallado; después le incorporaba el jugo de limón y el azúcar. ¡riquísimo (aunque poco *kasher*) cuando se me ocurría ponerle crema!

Ya de grande, mi hijo se fue con su familia a Nueva York. En Estados Unidos también vivía una prima a quien no conocía y me pidió que fuera primero a Los Ángeles para conocernos. Cuando llegué al aeropuerto, vi a muchos esperando a sus visitas. Yo miré las caras de la gente que estaba parada y el corazón me indicó a una señora no muy alta, linda, rubia, de cara blanca y ojos brillantes como el sol. Me acerqué y le pregunte:

—¿Sos Alice? ¿Shívele?

Cuando me dijo que sí nos abrazamos muy fuerte y nunca pude explicarme cómo sin conocerla, mi sexto sentido me empujó hacia ella. No me había dado cuenta de que Ben, el marido, tenía en sus manos un cartel con mi nombre.

Ya en su casa, la familia había preparado una comilona; había pescado, pavita al horno, y un caldo con *mondalaj* que parecían tener perejil picado y un olor muy sabroso. Después me enteré que era eneldo.

Y sí, cada país tiene sus propios manjares; cuando viajé a Israel a ver a mi mamá, me deleité comiendo muchas cosas con leche, crema y queso. Ella hacía *kreplaj* o *blintzes* de queso blanco y no faltaba la sopa de leche con fideos.

En casa, en cambio, como liviano, así que me gusta hacer un caldo de pollo con *kneidelej* de *matzo meil*; le pongo perejil y apio. Todavía recuerdo que en Europa

había *krip*, una hierba llamada eneldo, de perfume delicioso, la misma a la que en EEUU le llaman *dill*; cuando viajábamos con mi esposo siempre traíamos para condimentar, porque queríamos tener el *tam* de la casa de cuando yo era joven. Era tan rica la papa nueva, chiquita, con manteca, y espolvoreado el *dill* como si fuera perejil.

Para mis sopas de ahora necesito una cacerola grande, enlozada adentro, blanca por fuera, con lindas flores azules, y adentro echo porotos, cebada, hongos, secos, un poco de carne o pollo; no la dejo espesar demasiado y su olor tan rico invita a todos a comerla.

MI OÍDO EN SU CORAZÓN

Cuando uno puede poner su oído en el corazón ajeno, escucha unos latidos diferentes. Primero se encuentra con un corazón lleno de secretos, algunos que otra gente conocerá, otros que nadie sabrá. Un corazón que llora sin lágrimas y ríe en soledad cuando encuentra compañeros que saben escuchar las cosas buenas y las malas. Es el mejor tesoro y hay que saber cuidarlo. Yo sé cuidar a mi yerno, a mi nuera, a mis hijos, a mis nietos y ahora a mi bisnieto, porque ellos saben escucharme con amor.

Aprendí también a controlar mis furias y guardarlas para la literatura. Conocí a un gran escritor ruso que de chico creció con sus padres, que eran muy pobres. Un día, el padre se fue. La madre traía cada vez otro hombre

que le pegaba al chico. No había comida ni vestimenta, pero él tenía una abuela que lo recibía siempre con mucho amor. Compartía con él todo lo que tenía y, lo que era más importante, lo escuchaba. Ella veía que su nieto iba a ser un gran escritor. Siempre le decía: “Recuerda los buenos momentos de la vida y trata de olvidar la amargura, el hambre y los golpes. No tengas en tu corazón odio, amargura ni venganza porque si no, no podrás ser un escritor amado”.

Ese escritor era Gogol, tan querido y admirado por sus lectores. El consejo de la abuela lo ayudó mucho.

LA GUERRA, EL PEOR ENEMIGO

Recuerdo lo que sentí cuando trabajaba en la fábrica de aviones en Tiflis, Cáucaso, en 1942. Las jóvenes mujeres después del trabajo íbamos al hospital de los heridos, como voluntarias del frente de lucha contra los nazis. Todos los enfermos eran muy jóvenes y con diferentes heridas: sin piernas o sin manos. Pero lo peor de todo eran los ciegos. No sabíamos cómo escribir y dónde avisar a sus familiares o novias. Nos requería mucha emoción escribir cartas imaginadas a los parientes de los heridos o decirles a nuestros pacientes que habían recibido correspondencia. Eran mentiras piadosas. No era fácil leer una carta que había que inventar para aliviar la angustia de los hombres gravemente heridos. Sabíamos que no iban a llegar noticias de ningún familiar porque

estaban muy lejos de sus casas y por la guerra no había trenes, porque solo llevaban a soldados de la Cruz Roja.

Cuando entraba en el hospital el olor a sangre era fuerte y las quejas de los jóvenes aturdían los oídos. Para quienes ayudábamos era muy difícil porque nos preguntaban dónde estaban sus familiares, hermanos, hijos y nuestro dolor era doble ya que no nos permitíamos demostrarles nuestro propio dolor frente a sus preguntas, que también eran las nuestras. Ayudábamos como podíamos, trayéndoles caramelos, cigarrillos, y para leer, algún libro con historias de amor.

Cuando se sentían mejor de sus profundas heridas se podía hablar con ellos y entonces les contábamos que estábamos lejos de los lugares donde cada uno vivía y que estaba todo ocupado por los nazis asesinos.

Recuerdo otra emoción que sentimos cuando llegamos a Buenos Aires en 1961. Viajamos en barco 26 días sin poder hablar por no saber el idioma. Llegamos y ¡oh, sorpresa! los parientes que vivían aquí no sabían ni hablaban ruso y nosotros no sabíamos ni hablábamos idish. La familia de mi Herszle se había olvidado del polaco, después de no hablarlo durante treinta años.

Acá empezamos una nueva vida. El hombre se acostumbra a cada situación, muchas veces impensada. Lo importante es que con amor, con los años, todo pasa y después puedes con alegría recordarlo todo. Como cuando nos decían que no sabíamos comer sándwiches de miga; recuerdo que tenían un sabor especial para nosotros. Para mí, el sabor de sandía con pan y manteca era un manjar. Era todavía joven gracias a Dios, después

de la operación de tumor que me sacaron en Wroclaw (Breslau) Polonia, de la cabeza era sana. Trabajábamos los dos, mi amado esposo y yo. Los chicos tenían: seis años la nena y doce el varón, pero siempre hay un pero en la familia de mi esposo. Se enteraron que mi hijo no tenía la circuncisión. Eso no se hacía en Kiev. A su edad, era peligroso hacer el *bris* con un *moil* en casa pero como nosotros no sabíamos nada trajeron a uno llamado Mizrahi y lo hicimos. Después tuvimos que llevarlo al Hospital Israelita con una infección. Pensé que me moría del susto, pero todo salió bien, aunque mi hijo por mucho tiempo estuvo enojado con nosotros. La verdad, cuando vimos a nuestro primer nieto, entonces se pasó todo el enojo. La alegría y el amor pesan más. Después viajé a USA para el casamiento de mi primer nieto. Esa dicha no tuvo medida: encontrarme con mis hermanos y sobrinos en un casamiento hermoso fue emocionante. Espero tener salud y que Dios me ayude para poder estar en los tres casamientos de mis restantes tres nietos. No pido demasiado, no...

COLLAR DE PERLAS

Mis abuelos vivían en Zhitomir. En verano, los nietos viajábamos con nuestros padres a su casa, que estaba cerca del río, y lo pasábamos muy bien. Nuestra bobe nos cuidaba con mucho amor, las comidas eran muy ricas.

Una tarde que parecía muy triste, a punto de llover, cuando las gotas de lluvia irrumpían sobre los vidrios de mi ventana, yo reflexioné: “Hoy voy a visitar el sótano de la casa”. Bajé las escaleras y encendí la luz. Contemplé los muebles pequeños, antiguos, y abrí un cajón. Repentinamente, vi un collar de perlas que irradiaba luces y se me apareció la pequeña figura de mi abuela. Recordé entonces que en el comedor de la casa colgaba un retrato de mis abuelos donde ella lucía ese collar en su cuello. No podía entender cómo podía tener una joya tan valiosa, porque no era rica. Empecé a preguntar y me contaron que una noche de tormenta llegaron a la humilde casa de Raquel—Rójele—unos peregrinos, perdidos y asustados, y tocaron a su puerta. Ella los dejó entrar, les preparó la cena y los acomodó para pernoctar. A la mañana siguiente salió un sol radiante y, como agradecimiento, le dejaron las perlas que la acompañaron toda la vida.

Las tomé en mis manos, tenían una tarjeta al lado en la que se leía: “Para mi nieta mayor, Raia”. Siempre me había gustado ese collar de perlas.

Ya casada y con dos hijos, un día mi marido Hershele me regaló otro collar de perlas para mi cumpleaños. Lo tengo hasta ahora y cuando estoy de fiesta me lo pongo.

También recuerdo cuando mi familia y yo nos mudamos de Kiev a Polonia, recibí una carta muy triste de mi madre en la que podía sentir sus lágrimas enhebradas como perlas de un collar. Entonces empecé a pensar que las perlas podían evocar alegría y, a veces, también tristeza.

HISTORIA DE LAS SEMILLAS

Relataré una historia que me contó mi mamá antes de viajar a Polonia.

Sabiendo que nuestra meta era Argentina, los primeros inmigrantes rusos amigos de mis padres, después del pogrom compraron bolsas de semillas de girasol porque sabían que iban a trabajar en el campo. Llegaron a Carlos Casares, Provincia de Entre Ríos y Abraham no quería separarse de su bolsa de semillas, así que lo llamaron “Ruso Loco”.

En la actualidad, Carlos Casares, es la capital nacional del girasol.

Cuando nosotros preparamos nuestro viaje, yo compré semillas de diferentes flores.

Ibamos a Buenos Aires, pues los hermanos de mi marido vivían aquí traídos por el Joint. Llegamos, alquilamos un departamento chico con una terraza grande, compré macetas y tierra y sembré en cada maceta diferentes semillas.

Era una tarde primaveral, sentada en la terraza mirando cada maceta disfruté del verde, del hermoso color de cada flor, del perfume. Parecía que me hablaban.

Yo seré un hermoso nardo.

Yo una rosa roja como terciopelo.

Yo una modesta violeta pero todos me van a mirar.

Y recordaba mi tierra, los parques de Kiev. Cuando era joven enhebraba semillas y me hacía lindos collares.

Cada tarde hablo con mis plantas, tengo muchas en mi balcón. Hasta hace poco eran sólo semillas. La vida es así, todo cambia y uno envejece, pero quedan muchos recuerdos, buenos y malos.

VERGÜENZA

Cuando llegamos a Buenos Aires el 26 de septiembre de 1961 con el barco “Lainec” en el puerto nos esperaba la familia de mi esposo. Fuimos a la casa que ellos nos alquilaban en la calle Arengreen. Era como nunca pensé: sin ventanas. En Kiev así no existían.

Yo tenía vergüenza de escribir a mi familia que no teníamos ayuda de los hermanos y nos faltaba lo más importante: comida, pero con el tiempo aprendí un poco de idish y castellano y empezamos a trabajar. Mi marido, como carnicero. Teníamos algunos clientes para la carne casher. Pedí que me prestasen algo de plata y mandé a mi mamá paquetes con ropa y telas para que no se diera cuenta que nos faltaba dinero, porque me daba mucha vergüenza que notaran que en lugar de contadora yo ahora cargaba bolsas con productos a casas de conocidos y tenía que lavar los pisos, heladera y mostrador.

Pero no lamento nada. Con el tiempo compramos con mi Hershele un departamento a estrenar y un negocio. Sin deber nada a nadie pudimos hacer eso porque teníamos mucho amor en casa con los dos hijos. A mi madre nunca

le conté cómo pasé los primeros años, pero recibimos muchas compensaciones de los hijos, nietos, sólo lamento mucho que ya hace doce años que no tengo mi Hershele para ver los bisnietos, y no está para mi cumpleaños el 28 de julio. Noventa años no es chiste¹⁵, es una suma grande pero estoy feliz con mi familia, mis compañeros y todos los que me quieren.

LA CANCIÓN DE MI VIDA

Toda mi vida fueron muchas canciones, tristes, horribles, alegres.

De chica tenía una familia grande, éramos muy felices, papá, mamá y cinco hijos, todos sanos, estudiosos, en casa siempre había música y canciones hasta 1932, el año en que empezó la hambruna; cambió todo, perdimos la salud y la alegría, no sólo nosotros sino toda Ucrania. Papá se fue a buscar trabajo a Moscú, donde empezaron a hacer el subterráneo, nuestra madre entró en una fábrica a trabajar para recibir paquetes de pan, azúcar y algo de grasa para sus cinco hijos y traía algunas maderas para calentar la casa.

Esta situación duró hasta fin del año 1933. Por ella cantarí la canción: "...y dale alegría alegría a mi corazón,

15 Nota: Mientras este libro entra en edición, Raia está por cumplir sus vitales 91...

es lo único que te pido al menos hoy, y dale alegría a mi corazón, afuera se irán la pena y el dolor...”

Después vino papá, empezó a trabajar, nosotros a estudiar en paz y con mucho amor, toda la familia.

En 1937, me casé con un buen hombre, profesional y yo estudiaba y trabajaba, éramos muy felices, los dos jóvenes, casa nueva, todo nuevo, amor grande, pero duró sólo cuatro años; en 1941 todo terminó con la guerra, el abandono de la casa, la ciudad y muchas pérdidas humanas, sin saber dónde estaban y qué iba a pasar fuimos con la familia, lejos, pero faltaban dos hombres de nuestra familia, entonces cantarí la canción de Frank Sinatra: “estoy mirando atrás, y puedo ver mi vida entera, y sé que estoy en paz, que la viví a mi manera, que puedo decir o criticar, si yo aprendí a renunciar si hay que vivir, si hay que luchar. Nada dejé sin entregar, porque viví, siempre viví a mi manera...”

Tenía el corazón lleno de amor, me casé en 1948 con un hombre muy bueno, tuvimos dos hijos, cinco nietos, tres bisnietos, fui feliz durante más de cuarenta y ocho años. Pero Dios no dejó que fuéramos siempre felices y se llevó a mi amor grande, maduro. ¿A quién le puedo reprochar?! Por él cantarí esa canción que dice “por qué te fuiste aquella noche, por qué te fuiste sin regresar?”

Pero con todo, agradezco que me dejara una buena familia. Esta es mi vida ahora, me cuidan y me quieren. ¿Puedo quejarme?!

EVA SALOMÓN



HOJA DE VIDA

Construida con materia prima alemana, exportada a la República Argentina, donde termina mi evolución.

Caprichosa de chica y de grande, por lo que me gané unas buenas palmadas en el trasero.

Pero siempre con un gran sentido del humor.

Cantante frustrada, aunque el maestro de coro Vivian Tabuch diga que nadie está perdido; a la larga, todos servimos para algo, aunque sólo sea para acomodar las sillas.

También estudié danzas clásicas, pero abandoné porque era imposible que un bailarín levantara mi cuerpo sin sufrir una o varias hernias de disco.

Quise ser doctora. Pero mi madre me convenció de que no era muy femenino revolver tripas ajenas.

Así que me tuve que conformar con ser esposa, madre y abuela.

Trabajé veinticinco años para hoy cobrar una jubilación de privilegio de \$868, netos.

Pero he descubierto a los setenta y cuatro años, que tengo ganas de seguir y seguir. Tal vez estoy exagerando un poco, pero me he anotado en casi todos los cursos que se dictan en Tzedaká.

Tengo que recuperar el tiempo perdido.

ÉRASE UNA VEZ UN REGLAMENTO

Supuestamente, toda nuestra vida está regida por reglamentos. Viales, de familia, escolares y tantos más. Hoy elegí hablar de uno que me toca de cerca, el del edificio donde vivo.

Puerta de entrada, un cartelito nos sugiere no olvidar controlar que cierre bien, cosa que en más de una oportunidad, algunos pasan por alto.

Ascensor, un cartel nos informa que no deben subir más de tres personas o el equivalente a 226 kilos. Acá se presenta un nuevo problema. Somos tres vecinos que queremos usarlo y nos miramos disimuladamente calculando el peso de cada uno. Desde ya, que yo paso los

cien kilos, por lo tanto los otros dos no deberían pesar individualmente más de sesenta. Nos miramos de nuevo y llegamos a la conclusión de que si queremos cumplir con el reglamento, alguien deberá esperar. No es tan difícil, generalmente el hombre dice “usted primero”.

Está prohibido tener perros pero parece que al llegar a este punto nadie leyó el reglamento. En uno de los pisos tienen un perro grandote que ladra noche y día, y cuando lo sacan a pasear, orina el pasillo y el ascensor. Además de ése hay dos chiquitos de raza indefinida que usan la escalera como depósito de sus necesidades. Por supuesto, los dueños no se dan por enterados.

Llegamos al artículo que nos hace saber que el horario de descanso es entre 22 hs. y 8 hs. y de 14 a 17 hs. Nadie lo respeta. Unos golpes continuos en algún piso nos informan que se están haciendo arreglos. También está la señora del tercero, bailarina de flamenco, que practica su taconeo después de las 23. Lo más irónico es que es una de los que más se quejan por los ruidos en horas de descanso. Más de una vez, me ha tocado timbre después de las 8 de la mañana para hacerme saber que ella trabaja de noche, le molesta si escucho la radio, si hablo por teléfono o pongo en marcha el lavarropas. La última vez que llamó a mi puerta le aconsejé que se fuera a dormir a un convento de clausura. De pronto nos encontramos con otro artículo: el que dice que las mudanzas se deben realizar los días sábados. Pero como todos parecen haber abandonado la primaria en jardín de infantes, lo ignoran y se adueñan del ascensor y los pasillos cualquier día de la semana.

Otro artículo no menos importante es el que se refiere a la recolección de residuos a las 20 hs., por disposición del Gobierno de la Ciudad. La encargada lo cumple rigurosamente, no así los consorcistas, que dejan sus bolsas en el cuartito que tenemos para ese fin a cualquier hora del día y luego se quejan que con el calor, de él salen olores de pañales sucios y alimentos fermentados.

Como verán, reglamento tenemos, pero que se cumpla, eso ya es otra cosa...

DOS EN UNO

Cuando Luli, nuestra tan amada gata, decidió parir, todos estábamos expectantes, como en una antesala de partos. Y de pronto comenzaron a nacer: uno, dos, tres, cuatro y luego, después de un pequeño intervalo, llegó el quinto. Todos eran como lauchitas, pero este último era más grande y diferente en su aspecto. A medida que pasaban los días, menos se parecía a sus hermanos. Tenía cara y patas delanteras de perro. En cuanto al resto de su cuerpo, era el de un gato común. Todos lo miraban, lo levantaban, lo miraban nuevamente y finalmente lo dejaban en el piso y se retiraban meneando la cabeza. Yo misma estaba confundida ante aquel animal.

Se alejó de su madre y hermanos y tuvimos que alimentarlo con mamadera. Así fue que nos adoptó como su verdadera familia. Un día, cuando ya tenía cuatro

meses, mi nieto Gastón me dijo, mientras lo tenía en sus brazos y lo acariciaba

—¿Viste, Abu? Se parece más a Bob que a Luli, ¿no es raro?

Ante esa afirmación de mi nieto, fui al patio trasero y me puse a observar a Bob, un perro de origen chino, de raza Sharpei, y cabeza con grandes arrugas y hocico chato.

—¡Dios mío! —pensé— ¡¿cómo es posible?! Supuestamente, gatos y perros son incompatibles... ¿Y ahora qué hago? ¿Qué explicación le doy a mi nieto?

Sólo pude decirle que la Madre Naturaleza algunas veces hace esas bromas.

Después de un tiempo vino nuestro veterinario y se lo llevó, en nombre de la ciencia.

Sólo espero que haya servido para algo el sacrificio que nos costó dejarlo ir.

EL BARRILITO

Cuando nos casamos, fuimos a vivir a una casa alquilada. Supongo que es lo que les pasaba a la mayoría de las parejas en aquella época. Pero como todo inmigrante, nuestro sueño era tener una casa propia.

Yo tuve que dejar de trabajar, porque enseguida quedé embarazada y mi marido no lo permitió. Pero por más que él ganaba bien, no era lo mismo. Así que nuestro

sueño se fue alejando un poco. Ahorrábamos todo lo que se podía. Un buen día, lo mandaron a Mendoza para ver si podía solucionar un problema que surgió en una bodega. Cuando volvió, traía entre sus cosas un barrilito de vino.

Lo acomodó sobre el mueble del comedor y me dijo:

—Es para brindar el día que tengamos nuestra propio departamento.

Tiempo después muere la esposa del dueño de la casa y como tenían una hija menor, se vio obligado a realizar la sucesión de sus bienes y poner la mitad a nombre de su hija. Como era de esperar, el dueño, don López vino a vernos y nos ofreció la propiedad.

No teníamos el total de su valor y como simpatizaba con nosotros nos pidió la mitad en ese momento y el saldo a pagar en un año y medio.

Mi marido aceptó de inmediato y cuando don López se fue, comenzamos a planear cómo llegar a juntar la segunda mitad del valor de la casa.

Nuestros ahorros apenas alcanzaron para el primer pago.

Después de mucho sacar cuentas, decidimos que ahorrando todos los días mil pesos, podíamos llegar a cumplir con el segundo pago.

Así comenzó la gran batalla. Todos los días él me daba la plata para los gastos del día y mil pesos para guardar.

Los viernes me tomaba el colectivo y me iba al banco a depositar los siete mil pesos de la semana.

Y así llegamos al tan ansiado día en que pudimos pagar el saldo y volver a casa triunfantes, con el boleto de compra en el bolsillo.

Entramos al comedor y nuestra mirada fue derecho al barrilito. Era hora de abrirlo y brindar. Pero ante nuestros ojos asombrados, comprobamos que estaba vacío. La madera había absorbido todo el líquido y lo único que teníamos era un riquísimo aroma a vino.

Si bien sufrimos una pequeña desilusión, al no poder brindar con su vino, que nunca supimos si era de una buena cosecha, nos ayudó a tener siempre viva la esperanza de conseguir nuestra propia casa.

SEÑOR DIOS, SCHALOM

Ya sé que hablamos todos los días, mejor dicho yo hablo y tú escuchas.

Sobre mi mesa de luz está el retrato de Kurt. No tengo ni tendré ninguna tuya, tampoco la necesito porque tu imagen se refleja en cada buena acción que realizamos.

Sé que estás para mí y para todos aquéllos que invocan tu nombre en busca de consuelo y paz.

Cuando Graciela nos pidió elegir dos palabras de la oración del Rabino Dani Goldman para usarlas como base de un relato, tu nombre y la palabra Schalom, saltaron del papel a mi mente.

Te pido mil perdones por no ir a tu casa con más frecuencia pero sé que tú siempre vienes a la mía.

Te doy las gracias por despertarme cada mañana y darme otra oportunidad para demostrarte que te merezco.

Tu nombre, ya sea Dios, Adonai, Jehová, y la palabra Schalom, siempre me emocionan mucho. ¿Será que a mi edad se da más valor a lo espiritual que a lo material?

Nuestra tierra Israel está nuevamente ante una gran encrucijada. Sé que estás muy ocupado y que te damos muchos dolores de cabeza, pero si tuvieras aunque sea sólo un poco de tiempo, echa una mirada hacia aquélla tierra. Tal vez encuentres la solución que los seres humanos no logramos.

Olvida mis pedidos, déjalos para otra oportunidad. Lo mío no tiene apuro, sé que algún día pondrás cada cosa en su lugar y yo también, me veré bendecida por tu decisión.

Nunca pensé en que algún día te escribiría esta carta. Espero tengas tiempo para leerla.

Gracias y nuevamente perdón por no ir a menudo a tu casa. Schalom, Dios, Schalom.

LILIANA TENENBAUM KOHON



SOLICITUD

Buenos Aires, junio de 2010

A quien corresponda:

Me presento con el fin de solicitar el puesto de secretaria ejecutiva del Presidente General de su empresa. Adjunto mi foto y curriculum vitae:

Conocimiento de convivencia: ninguno o escaso.

Computación: menos, por no ser recurso de mi generación.

Relaciones públicas: pocas, mi carácter no me lo permite.

Agilidad mental: a veces, me falla un poco.

Disponibilidad motriz: lo que responden mis huesos.

Aspecto físico: flaca, arrugada, semblante serio, más bien sombría. La sonrisa me cuesta mucho por varias estiradas quirúrgicas hechas con las mejores intenciones.

Aspecto general: a primera vista me toman por elegante porque suponen que así deben ser los franceses, y como mi origen es parisino...

Perdón, volviendo al tema, estoy ansiosa por comenzar a trabajar en su interesante empresa. Creo reunir las condiciones necesarias para su aprobación.

Sin más, reciba Ud. mis más respetuosos saludos,

Liliana

SABOR A MI ABUELA SOFÍA

Querida amiga, te cuento cómo era mi abuela: oriunda de Rusia, del pueblo de Rovne, no hablaba más que unas pocas palabras en francés; lo que sé de idish, se lo debo a ella. Vestía de negro, pelo blanquísimo, bien estirado, terminado en rodete; no era coqueta, más bien austera y pulcra. De facciones finas, ojos verdes grisáceos, frente ancha, nariz y labios normales, mentón firme. Era de figura más bien maciza. Cuando me refugiaba en su regazo, ella me mecía cantándome despacito: *“Méidele maine... du... du... du méidele...”*. Y para mí era el paraíso. Lo que más recuerdo de ella eran sus manos, podían ser

cariñosas y firmes a la vez. Toda ella despedía un perfume único, mezcla de sencillez y bondad.

Una tarde de invierno, 1943, la trajo el viento. Llevaba en su bolsa: harina blanca comprada en el mercado negro; muy rápidamente se sacó el tapado, se arremangó y se puso a amasar. Pronto la cocina se llenó del aroma de los dos panes trenzados con semillas de amapola dorándose. Sentimos una insólita sensación de paz, envueltas en la tibieza, nos olvidamos por un rato de la guerra, los bombardeos, las persecuciones.

Mi abuela preparó una infusión que nos pareció deliciosa, algo semejante al té. Luego nos abrazó fuerte varias veces y partió al viento para seguir visitando a sus otros nietos. Miramos maravillados los panes humeantes.

Han pasado sesenta y cuatro años y aún me queda el sabor y la emoción de ese momento vivido intensamente. Mi querida amiga, no quiero abrumarte con mis recuerdos. Te mando un gran beso, hasta pronto,

Liliana

MI PRIMER LIBRO

Corría el año 1941, yo estaba en cama con fiebre —varicela, dijo el médico—. Mi hermano Javier quería salir de casa a disfrutar el día, pero debía esperar la llegada de nuestra “Bobe”. Ni bien ella vino, él se escapó. Al rato volvió con un paquete que me tiró sobre la cama

como quien no quiere la cosa: “Tomá, hincha, para que te entretengas y no me rompas más”.

Desconfiada, miré el dudoso bulto, envuelto en papel de diario, bastante arrugado. De él podía esperar cualquier cosa. Pudo más la curiosidad y lo abrí con prudencia: era un libro de cuentos, ilustrado con hermosos dibujos. De pronto, no pude encontrar palabras para agradecerle, lo miré a él y al libro. No tenía saliva, mi garganta estaba seca.

Por mis ardientes mejillas corrieron dos lagrimones. Escuché la voz de Javier diciéndome: “No seas pavota...”

SUEÑOS Y REALIDADES

Tardamos unas diez horas hasta llegar al pie de la montaña.

Exhaustos de cansancio, muertos de hambre y frío. Vemos a lo lejos el puesto de los guardias civiles españoles; parecían muy chiquitos. Ellos también nos vieron y nos esperaron —estaban acostumbrados a encontrar ilegales cruzando la frontera—. Como a unos cien metros de donde estaban, levantamos los brazos en alto y con las manos juntas nos entregamos voluntariamente.

Los guías nos enseñaron a decir “tengo hambre, tengo sed”, en español. Como yo era la más pequeña del grupo, esa vez me pusieron delante de todos, mi hermano en el medio; marchamos de a uno en fila india por el angosto

camino montañoso que nos llevaba al primer pueblo. Allí nos contaron nuevamente, éramos diez y siete; o sea que todos ¡por suerte!

Del pueblito salió gente a nuestro encuentro, con naranjas y pedazos de pan negro —racionado, igual que en Francia—; nos convidaban con lo poco que tenían.

Querían tener noticias de los últimos acontecimientos.

Uno del grupo, hablaba un poco español. La liberación de los países invadidos por Alemania, estaba próxima.

Los aliados, ingleses y norteamericanos, habían recuperado Marruecos en África. Italia se había rendido en 1943.

En septiembre del '43 desembarcaron las primeras tropas francesas en Córcega, lo que motivo al estado mayor alemán a grandes expediciones contra el “Maqui”. En febrero de 1944, Lavelle, Primer Ministro francés, anunció a Francia que los hombres de dieciséis a sesenta y cinco años y las mujeres de dieciocho a cuarenta y cinco serían llevados a Alemania.

Grande fue el stress que produjo la noticia. Entonces mi madre tomó la decisión de escapar de Francia a España por los Pirineos. Y allí estábamos, mi hermano y yo con el resto del grupo.

Íbamos a pasar la noche en un calabozo. Al día siguiente, caminar nuevamente unos diez kilómetros hasta el próximo pueblo.

Nuestro sueño de “Libertad” se había transformado en una realidad impensada.

NOCHES BLANCAS

Escape a España

I

Las despedidas fueron difíciles... El viaje se realizó en varias etapas; primero tomamos el tren, luego en bicicleta hasta llegar al último pueblo. Alcanzamos al grupo al anochecer; ya estaban esperándonos.

Los guías nos indicaron formar un círculo; empezaron por dar el recorrido a realizar, eran tres, por turno explicaron el procedimiento a seguir; hablaban en tono bajo, lentamente cada uno dio sus instrucciones; al final queda claro que, de decidir por seguir adelante en la tentativa, no habría posibilidad de retroceso.

Nos dieron a cada uno una especie de mameluco blanco con capucha y nos pidieron que guardáramos los relojes. Eran más o menos las diez de la noche cuando estuvimos listos para comenzar el ascenso, en fila india emprendimos la marcha, el angosto camino estaba totalmente cubierto de nieve blanda, recientemente caída. Fuimos moviéndonos en silencio; atentos, era de suma importancia caminar sobre las huellas marcadas; un guía adelante, otro en el medio, y el tercero atrás.

Llegar al primer refugio nos resultó durísimo, ya no sentíamos frío, solamente un enorme cansancio; apresuradamente los hombres fueron a hacer sus necesidades al aire libre; mi madre y yo en una precaria construcción de madera con puerta. Los guías nos

ubicaron nuevamente en ronda, sentados en el suelo los escuchamos atentamente...

Íbamos a reponer fuerzas, descansar durante el día y dormir. El lugar resultaba pequeño para este grupo de veinte personas; de manera que con ingenio podíamos extender las piernas y acostarnos. Algunos lo hicieron inmediatamente, otros se quedaron sentados abrumados por el agotamiento; con nosotros quedaron dos guías, el otro estaba vigilando.

Me despertó un calambre en la pierna, me incorporé sin recordar dónde estaba.

Varias personas se movían, otros se hacían masajes en los pies descalzos; de a poco todos despertaron.

Apartados, los guías hablaban con mi madre; ella nos buscaba con la mirada, no obstante seguía al lado de ellos. Me acerqué y le noté una expresión rara, antes que pudiera preguntarle algo, me pidió que me fuera con Javier; él estaba tratando de comunicarse con un inglés y un polaco; al verme dijo: “es mi hermana, está conmigo”.

Pocos recuerdos me quedaron de ese primer día escondidos en la nieve.

Pero cuando ya era hora de partir nuevamente, recién entonces los guías dijeron que mi madre no iba a continuar con nosotros; debido a su asma, la altura la sofocaba, no lograba responder lo suficiente para seguir adelante.

Uno de ellos la llevaría al lugar de partida, allí, ella tendría que esperar hasta encontrar otra forma de cruzar la frontera. Rápidamente nos pusimos en marcha.

Mi madre bajaba y nosotros subíamos hasta llegar a la segunda guarida; la nieve se había endurecido, para evitar resbalar tuvimos que caminar de costado.

Repentinamente el silencio se quebró, escuchamos gritos. HALT, HALT!!! ¡¡Alto, alto!! Y varios disparos acompañados de ladridos de perros.

Inconscientemente contuvimos la respiración, el grupo se detuvo aterrado; esperamos largo tiempo para reanudar la marcha, teníamos que llegar antes del amanecer.

NOCHES BLANCAS

Escape a España

II

Diciembre de 1944. Cuando logramos llegar al segundo lugar clandestino, Javier mi hermano se acercó a mí, en silencio nos abrazamos. ¿Cuál sería la suerte de nuestra madre?

Ellos, los guías, habían dicho que, no se podía volver atrás...

Me venció el cansancio, dormí profundamente; al despertar me dolía todo el cuerpo: un guía repartía comida, me di cuenta que tenía mucha hambre.

Los rostros me resultaban ya familiares, por Javier supe que eran paracaidistas de varias nacionalidades,

pertenecían a la Resistencia. Todos muy jóvenes, eran diecisiete, se expresaban con dificultad en francés, pero lo entendían perfectamente. Un hombre alto de cuarenta años, más o menos, completaba el grupo, era francés, de París: intercambiamos unas palabras con él, vivía a unas cuadras de mi casa, en el mismo barrio. Pasé el día descansando y dormitando de a ratos.

En poco tiempo más estaríamos nuevamente caminando bajo el cielo estrellado, tan cerca que parecía posible tocarlo.

Era la última noche blanca en los Pirineos. Ya listos para salir, apareció el guía que se llevó a mi madre; dijo que ella estaba bien y que nos encontraríamos en unos días en Zaragoza, España. Uno a uno fuimos saliendo del escondite, el resplandor de la nieve me encegueció; nos tuvieron un rato detenidos para contarnos... Faltaba uno: dos de los guías lo fueron a buscar, al no encontrarlos, decidieron ponernos en marcha.

El último esfuerzo tenía por meta la liberación, no más persecuciones.

España, era para nosotros la tierra de promisión; el amanecer nos encontró tomando café caliente, que convidaba uno de los guías, aún sin permitirnos una expresión de júbilo, formamos nuevamente un círculo, ellos nos indicaron cómo proceder para bajar de la montaña de dos mil quinientos metros; debíamos seguir juntos, entregarnos a los guardias civiles españoles con los brazos en alto, sin resistencia. Al clarear el día, se despidieron diciéndonos "*Bon Courage*", coraje y buena suerte.

Habíamos logrado una tregua... no más deportación... no más muertes... Podíamos respirar a pulmón lleno el aire puro.

Salió el sol, me sentí invadida de alegría desconocida. Fue un placer enorme: en ese momento tuve fe en la humanidad.

HACIA LA LIBERTAD...

Cómo bajamos de los Pirineos

Nos despedimos de nuestros guías, pensando en los que habían quedado atrás en el camino...

¿Y mi madre? ellos dijeron que estaba a salvo, y que dentro de poco, estaríamos juntos. ¿Sería verdad? Y este hombre que nos acompañaba en el grupo, de repente desaparecido... ¿qué sería de él?

Con estos pensamientos empezamos a bajar de la montaña: del mismo modo que la subimos, es decir de costado, tratando de hacerlo despacio para no caernos y mojarnos con la nieve. Hacía mucho frío, y teníamos un naciente día por delante. Desde el cielo, el sol apuntaba débil como queriendo protegernos. Atrás quedaba Francia, la familia, los amigos... Pronto nos dimos cuenta que bajar era más difícil que subir.

Nos caímos muchas veces: el temor era a congelarnos si nos mojábamos con la nieve. Advertidos por los guías, nos dijeron queuviésemos prudencia y caminásemos lentamente por las pendientes hasta llegar a destino;

era preferible tardar a llegar en mal estado. Pero por más que queríamos seguir juntos no se podía: no había caminos visibles por la creciente de la nieve. Algunos caían de costado, tratando de apoyar el pie sobre terreno desparejo; el que venía atrás no podía evitarlo y así se producían grupitos de tres a cuatro personas ayudándose a levantarse rápidamente.

Algunos por suerte, tuvieron la idea de bajar de cola, se lastimaron sin darse cuenta, por el frío que a la vez quemaba. Hicimos un alto y se reagrupó la gente dispersada: éramos diecisiete. Quince los paracaidistas, mi hermano y yo. Todos resoplando colorados y felices. Hicimos bolas de nieve, jugamos un poco. Al rato volvimos a emprender el descenso.

DETRÁS DEL VIDRIO

Llegaron al puerto de Buenos Aires con el buque “Cabo Buena Esperanza”. Corría el año 1946.

La madre, un hijo, una hija.

El viaje demoró treinta días, desde Barcelona. A pesar de las múltiples complicaciones del viaje pues el barco tenía sobrepeso de pasajeros, arribaron sanos y salvos a la Argentina. Desde lejos veían los muelles, totalmente invadidos por la muchedumbre, era el primer barco en llegar de Europa al terminar la Segunda Guerra Mundial.

Dos horas tardó el anclaje, y por fin pudieron bajar a tierra.

Allí estaba el padre, que pudo escapar a España antes de la ocupación total de Francia; emocionadísimo de volver a ver su familia, esposa e hijos tras cinco largos años de separación.

Los parientes y amigos que lo acompañaban reían y lloraban al mismo tiempo.

Exclamaciones de júbilo, abrazos y sollozos se mezclaban con comentarios y preguntas.

¡Qué cambiados! Flaquitos... grandes, lindos, ¿cómo están?

Todos querían saber de sus familiares. ¿Están con vida? ¿Cómo pudieron salvarse...?

Al pasar por emigración, los detuvieron, les dijeron que no podía pasar del sector. La documentación era la correcta, pero la Argentina no permitía el ingreso de inmigrantes judíos.

Quedaron retenidos allí, esperando que el mismo barco los llevara de vuelta a Barcelona... Lucía no recuerda los pormenores, pero sí de haber pasado horas mirando detrás del vidrio de la ventana, la plaza San Martín y el Edificio Cavanagh.

El día anterior a zarpar el barco nuevamente hacia España, les llegó el permiso para residir en el país. Lo trajo personalmente un juez y lo había firmado un alto jefe del ejército. La nueva tierra los recibía con un milagro.

LEA ZAJAC NOVERA



HOJA DE VIDA Y UN POQUITO MÁS...¹⁶

Nací hace ochenta y tres años en una gran urbe de dos mil habitantes. Desde aquél momento la población de dicha ciudad pasó a constar de 2001.

Mi padre al enterarse que era una nena, se alegró mucho y me puso el nombre de su madre que ya no estaba en este mundo, Lea —en diminutivo, Léale, porque era muy chiquita—. En ese aspecto no avancé demasiado.

¹⁶ Quien no posea sentido del humor, que se abstenga de leer esta biografía...

Desde que nací, quería hablar, pero como no podía hacerlo, lloraba para hacerme notar. Pero el médico decía que tenía hambre.

Cuando empecé a gatear, comía lo que encontraba en el piso. Me gustaba todo y en eso no cambié hasta el día de hoy. Una vez me quise comer un botón pero como no se dejaba masticar, lo escupí.

Aprendí a hablar muy temprano y, desde entonces, todavía no paré. Cuando tenía cinco años, miraba cómo mi abuela ordeñaba la vaquita y me devanaba los sesos: ¿quién le ponía la leche en la ubre a la vaca?! Porque cada día daba una jarra de leche espumosa y tibia.

La vasta familia —léase tíos, primos, amigos— también, cuando se necesitaba un animador o en su defecto una animadora, no tenían problema, Léale no se dejaba rogar: recitaba, cantaba, bailaba, se disfrazaba de pequeño *jasid*¹⁷, se pintaba con carbón los *peies*¹⁸ y los bigotes o sino era el pobre huerfanito con su organillo. Tenían un show propio.

La madre natura no fue muy generosa conmigo. Me dio un metro y medio no más.

Me dejaba ganar jugando a la perinola con un muchacho, así él me hacía los dibujos, arte para el cual yo no estaba dotada, y me resolvía los difíciles problemas en matemática, que tampoco eran mi especialidad.

17 Judío religioso.

18 Mechones de pelo largo y enrulado que usan los judíos ortodoxos.

Luego llegó el fin del mundo. Se hizo de noche, yo me dormí y tuve una terrible pesadilla que duró cuatro años. Cuando me desperté tenía dieciocho y empecé a vivir de nuevo.

Aprendí varios idiomas en universidades no convencionales.

Más de veinte países me invitaban a inmigrar pero yo opté por Argentina, cuyo gobierno me estimulaba muy cordialmente a hacerlo, ya que recibía con los brazos abiertos a todos los hebreos.

Pero —entre nosotros—, el motivo principal fue la versión de que en la Argentina no había mujeres clavos. Todas conseguían un candidato para casarse. Y así fue, porque yo también triunfé en el aspecto sentimental.

Lo que pasó es que un día, un muchacho que era adicto al trabajo y nunca tenía tiempo decidió buscar una novia.

Salió del taller, se paró en la puerta, estiró el brazo y dijo: “la primera que pase y que no sea una abuela, será mi novia”. Y pasé yo. Parece que tuve suerte.

Crié a mis dos hijos un poco tanteando, nadie me enseñó a ser madre, porque en aquéllas universidades no dictaban esa materia.

Pero logré salir a flote. Salvo, cuando alguno de ellos a veces se enoja conmigo y me dice “actriz”. ¡Atreverse a calumniarme de esa manera!

Por suerte, me obsequiaron con cinco nietos y tres bisnietos.

Actualmente integro el famosísimo Taller de Literatura. Coordinado por Graciela y sus dos co-equipers Luchy y Roxana, “las tres gracias”, que entre otras cualidades, poseen sentido del humor y junto con mis compañeros en estos momentos de mi soledad, me ayudan a seguir viviendo.

MIS ZAPATOS DE LONA

Mi familia era de clase media baja. No nos faltaba nada, pero tampoco había abundancia. Lo necesario para una vida decorosa.

Una o dos veces al año, para Pesaj o Rosh Hashaná, mi mamá me hacía un vestido nuevo. Sin grandes pretensiones, hecho por ella.

Un par de zapatos nuevos era todo un acontecimiento. En invierno, botitas bien abrigadas con medias de lana. Éramos felices, no pretendíamos más.

De las cuatro amigas —éramos un cuarteto— de la misma edad, en el mismo grado, dos pertenecían a familias ricas.

Los padres de una tenían un aserradero y negocios de telas el otro. Ellas sí vestían de otra manera. Pero nunca hubo envidia ni diferencia. Formábamos un clan.

Durante los dos años del régimen soviético, las cuatro familias se emparejaron.

Los integrantes de las dos familias ricas se fueron a vivir a un barrio obrero. Les confiscaron las casas pero todos consiguieron trabajo en algún lugar.

Nosotras, las cuatro chicas, empezamos nuestros estudios en el colegio ruso. Justo en aquél entonces, mi tío fue nombrado director de la cooperativa de zapatos y ropa de cuero, por sus antecedentes de izquierda y capacidad en el oficio y para mi cumpleaños, me hizo fabricar unos zapatitos que nunca olvidé.

Eran la admiración de todos. Eran de lona especial color beige, entrelazadas con tiras de cuero del mismo color. No me los sacaba hasta que los fríos del invierno me obligaban a hacerlo. Y ni bien llegaba la primavera, me los ponía de nuevo. Los amaba.

Llega el 22 de junio de 1941. Hitler invade la Unión Soviética. Un mes más tarde las botas nazis están marchando por nuestra ciudad. Acurrucados en las casas, nos empiezan a llegar noticias de que nos trasladarían no se sabe a dónde. La gente comenta que a lo mejor esto no durará mucho. En definitiva, nadie sabía nada.

Llega una orden de entregar los aparatos de radio, pieles, joyas. Luego hay que ir a registrarse. Toda la comunidad judía, haciendo cola.

El terror. La incertidumbre, se apodera de todos. Finalmente, en octubre, principios de otoño, empiezan las lluvias, llega la orden de traslado al gueto. Preparar cada uno un bultito chico. Grandes no serían permitidos. Mi hermanito y yo preparamos lo más necesario dentro del portafolio del colegio. Una muda de ropa interior, un pullover, una bufanda, una toalla, un gorro. Se llenó. No

hay más lugar. Se puso por supuesto las botas de invierno. Pero yo —no iba a dejar mis hermosos zapatitos— No pude desprenderme de mi tesoro. Vinieron a buscarnos. Nos tiraron a los camiones para llevarnos al gueto. Llegué con mis zapatitos de lona puestos. Mis botas de invierno quedaron en casa.

Durante el crudo invierno del gueto, mis hermosos zapatos empezaron a romperse. Se pudieron arreglar un poco. Entonces, una amiga lugareña me prestó unos zapatos de ella, que me quedaban chicos. Caminaba con los dedos encorvados y aguantaba sin quejarme. Pero mis zapatitos estaban ahí, venidos bastante a menos, pero esperando el verano para poder usarlos yo nuevamente. Cuando ya tenía los dedos lastimados, la viejita que a veces me dejaba dormir en su casa me dio los zapatos de su nieto desaparecido, tres números más grandes, que yo necesitaba. Los rellenaba con papel de diario o algún trapo e iba tirando así el invierno.

Llegó fin de enero de 1943, frío glacial, la nieve pasando los tobillos. Somos tirados a los vagones para ganado. Yo apretando el paquetito con los zapatitos de lona, que nunca más tuve oportunidad de lucir.

Seguramente están engrosando aquélla montaña de zapatos de Auschwitz, donde fuimos llevados.

PERRITO QUE NO LADRA

Tengo en mi dormitorio, enfrente de mi cama, un mueble bajo con cajones: una cómoda. Lo particular de la pared donde apoya es el espejo en el medio y a los costados dos láminas que reflejan los momentos felices de mi niñez. Uno es el campo de girasoles en verano y el otro es el bosque de pinos cubierto con el manto de nieve. Arriba de la cómoda, unas cuántas cajitas de música, que son mi debilidad. ¡Las colecciono desde hace años!

Pero al cumplir ochenta, la loca de mi alma gemela, léase Mira, se empeñó en que yo también tenía que tener un animal, porque ella los ama mucho. Decidió entonces borrar el cero de la derecha, lo colocó del lado izquierdo, y me trajo un perro. Sí, de peluche, porque ya no estoy en condiciones de atender uno vivo. Inmediatamente ocupó el lugar preponderante sobre la cómoda, corriendo un poco las cajitas de música, y lo senté enfrente y, con su carita de “yo no fui”, con las orejas colgantes y la colita parada me hizo acordar al otro Sharik, que sí ladraba. ¡Ah! Tengo que mencionar que en el acto lo bauticé así, que en ruso significa “bolita”.

El otro Sharik vivía en la casita debajo de la ventana de la cocina de mis abuelos. Chiquito y juguetón, era la mascota de todos. En verano, cuando íbamos de vacaciones, era nuestra alegría. Nos acompañaba a todas partes.

Dada la situación particular de mi familia, mi padre biológico hizo traer a mis dos medio-hermanos a la Argentina. Entre paréntesis, les salvó la vida. Pero, aparentemente llegaba muy poca correspondencia de ellos. Mi abuela más de una vez en los atardeceres, se sentaba en el porche de la casa y lloraba en silencio por el destino de los dos nietitos, huérfanos de madre —su primera hija fallecida—. Yo me acercaba siempre, me abrazaba a ella para que me contara historias. Y me quedó en la memoria aquella anécdota.

El día de la partida de los muchachos, mi madre los iba a acompañar hasta Varsovia en tren. De ahí viajaba una señora también a Argentina que los cuidaría hasta tomar el barco en el Puerto de Gdynia, en el norte de Polonia y durante el resto del viaje. Así se reunirían con su padre. Fue contratado un hombre con un mateo, la estación distaba quince kilómetros del pueblo de mis abuelos. Era el año 1931. La despedida, las lágrimas, medio pueblo fue a despedirlos. La mayoría, familiares. De pronto, se dieron cuenta de que faltaba el menor de los muchachos. ¿Dónde está Ernesto? Lo empezaron a llamar, a buscar. Nada. Ni rastro. Ya estaba todo listo pero el chico no aparecía. Entonces Sharik empezó a saltar y a ladrar. Mi tío le dijo: vamos a buscar a Ernesto. Y Sharik empezó a correr por una callecita donde vivían algunos campesinos que tenían depósitos de forraje. Y encontraron al pobre Ernesto, de nueve años, trayendo una bolsa de heno seco y fresco para dejarle a su mascota. Apenas podía caminar arrastrando la bolsa. En el último momento quiso dejar

más comfortable la cuchita de Sharik. Mi tío levantó la bolsa y Ernesto levantó a Sharik. Vinieron a tiempo.

Terminaron las despedidas y mi mama partió con los chicos.

Durante varios meses el pobre pichicho se quedó triste en la cuchita forrada con el aromático heno, no quería comer y, a menudo, se escuchaba su llanto bajito.

Pero de a poquito el tiempo hizo lo suyo y Sharik empezó a volver a la normalidad.

LA DULCE VENGANZA

Miss Kay Black. Suena de una manera aristocrática. Pero... para contar la historia se supone que debo empezar —valga la redundancia—, por el principio.

Sus padres, Moishe y Jaie Schwartzenfloim emigraron en el año 1925 de su pueblito de Polonia a Estados Unidos.

Vendieron su humilde casita y con los cinco chicos recalaron en el Bronx. ¿Dónde si no? Ahí se hacinaba en aquéllos años toda la pobreza judía de Polonia del Este. Yo no los conocí, pues nací dos años después.

El padre remendaba ropa, otra cosa no sabía hacer. La madre compraba y vendía algo de verdura. Hacían cualquier cosa para poder mandar a los chicos a la escuela.

Pasaron algunos años. Dvoire, la mayor —pues de ella se trata el relato—, cuidaba de los hermanos menores, cargaba junto con la madre baldes con agua al tercer piso sin ascensor para bañarlos y no tuvo una adolescencia agradable que digamos. Pero se ve que soñaba con otra vida y aparentemente lo logró.

A los dieciocho años se empleó en la casa de un matrimonio judío, rico, bastante mayor y sin hijos. La señora estaba muy enferma.

Con el sueldo que empezó a ganar, ayudó un poco a su familia. Cinco años más tarde la señora falleció. La pícara Dvoirele se las arregló y se casó con el dueño.

El señor mayor estaba muy bien atendido por su joven mujer. Pero los años son los años, y Dios se lo llevó también a él y lo tiene en su santa gloria.

No se sabe cómo, pero la muchacha poco tiempo después, con lo que heredó, se transformó en Miss Kay Black, se borró de los lugares donde la conocían, abrió un negocio de joyas en otra ciudad, se rodeó de amistades ricas y parece que volvió a casarse.

Todo este prefacio, para que se entienda, viene a raíz del porqué de un rasgo predominante de su personalidad: la extrema avaricia.

En los años '60, se enteró que mi tía había sobrevivido a la Shoá y que estaba instalada en Israel.

Cuál era el parentesco, no lo entendí hasta el día de hoy. Era la hija de una prima segunda de la hermana de mi abuela o algo así, no sé.

Pero la dama empezó a visitar Israel todos los años. Vestida lujosamente, venía a instalarse directamente en casa de mi tía. Traía una prenda usada de regalo y así tenía hotel y comida gratis por un mes. Porque ¿saben? Ella amaba mucho a su parienta, no podía estar sin verla un minuto. Por eso se instalaba allí...

Mi tío, un obrero, iba a trabajar todos los días en bicicleta, para ahorrarse el gasto del ómnibus. Mi tía, que cocinaba muy bien, la atendía como a una reina.

En todos los dedos gordos, menos en los pulgares de las manos, la dulce prima Kay, lucía brillantes. A los proveedores, los citaba en la casa, y ordenaba a mi tía, cerrar la puerta del comedor y no entrar.

En aquél entonces, mi primo Abraham ya trabajaba con el taxi y vivía solo. Para colmo, los padres lo obligaban a llevarla al aeropuerto todos los años. Ella le traía una remera de segunda, seguramente comprada en la feria de ropa usada, y ni siquiera le pagaba el trayecto al muchacho.

Abraham, por respeto a los suyos, obedeció varias veces. Pero el proceso iba por dentro.

La última vez cuando ella vino, arregló directamente con el joven, que él vendría a buscarla en el horario convenido para llegar justo al aeropuerto, hacer los trámites y embarcarse.

Esa vez, mi primo decidió ejecutar su plan. Se hizo la hora, Abraham no apareció. Mi tía no tenía teléfono. Era de madrugada, imposible conseguir otro taxi. Vivían en los suburbios. En los años '60 Israel no era el de ahora.

Tampoco existían los celulares. Los minutos corrían. La mujer lloraba parada en el balcón, pronunciando a cada rato en inglés palabras no muy finas. Mi tía, roja de vergüenza, no sabía nada; tampoco encontraba excusas para disculparse. Y Miss Kay Black estaba a punto de perder el vuelo.

El empleado de confianza con el paquete de joyas la esperaba en el aeropuerto. Ella con otro tanto dentro de la faja... ¡una tragedia!

Faltaba ya solo una hora para la salida del avión. Se estaba por desmayar. En eso pasa despacito por la puerta de la casa, un taxi. Las dos mujeres empezaron a gritar. La prima, rogándole que la salvase, que espere, que la lleve al aeropuerto, que está sobre la hora. Pero el hombre dijo que estaba muy cansado, había trabajado toda la noche.

Pero ella ya había bajado las escaleras. Su llanto era indescriptible. Que le pagaría lo que le pidiera. Entonces el hombre accedió. Lo haría pero exactamente por una suma diez veces mayor al precio que correspondía en aquella época ¡y por adelantado!

La mujer, medio desmayada, aceptó, pagó y se olvidó de despedirse de mi tía.

Partieron. Estaba bien calculado. Llegaron a tiempo. Pudo embarcar.

Abraham le pagó al amigo el favor, se cobró por todos los viajes que hizo con ella y el plan de la dulce venganza fue un éxito.

¡Ah, un detalle! No sé porqué Miss Kay Black nunca más volvió a lo de mi tía...

YO SOY

Yo soy la niña cuya tierna infancia transcurría entre espigas doradas de trigo salpicadas de amapolas rojas y vastos campos de girasoles.

La que en invierno patinaba sobre el hielo del pequeño arroyo congelado de su pueblo y al volver a casa se encontraba con el amor de su vasta familia, que formaba un clan.

Yo soy aquella niña que siempre se destacó en el colegio, soñaba con estudiar y se sumergía en la lectura que la transportaba a mundos desconocidos y así era feliz.

Yo soy aquella jovencita a quien le fueron arrancados brutalmente todos los sueños de adolescencia y fue a parar al mismísimo infierno cuando aniquilaron a toda su familia.

Yo soy la aparecida que pudo superar la tristeza y empezar a luchar por construir su segunda vida.

Yo soy la que después de muchos obstáculos, consiguió plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro, pues escuchó decir que eso significa cumplir con la vida.

Yo soy la que a pesar de todo todavía no perdió el asombro y se conmueve al ver el pimpollo de su jazminero convertirse en flor o al escuchar el concierto para violín y orquesta de Mendelsohn.

Yo soy la privilegiada, que a través de la vida pudo conseguir una Amiga Incondicional; sí, con mayúscula.

Yo soy la veterana, que sueña para sus hijos, nietos y bisnietos un mundo mejor, sin hambre, sin guerras ni discriminación.

Yo soy la que considera que la verdadera medida de la vida es el amor y la palabra más linda del mundo es ¡LIBERTAD!

REFLEXIONES



ABRIENDO CAMINOS

Como se cumple otro año de la creación del Estado de Israel se me ocurrió pensar en los caminos que tuvieron que ser abiertos para lograrlo. Fue un camino duro y llevó varias generaciones conseguirlo.

Cuando estuve en Israel hace más de 30 años me encontré con un primo de mi papá, cuya familia había llegado a esas tierras en 1904, él era chico, pero sus padres con toda la familia se habían escapado de los pogroms y como ya sabían del anhelo para tener una patria judía quisieron poner su granito de arena, y era en la arena

donde habían armado su carpa donde vivieron unos cuantos años.

Por otra parte, mi madre en los años veintipico estuvo en la *bagshará*, una granja colectiva, pero si bien su destino era Palestina al declararse el parkinson a su madre sus planes tuvieron que ser cambiados.

Sin embargo, la fuerza surgió con todo el ímpetu, después de la Segunda Guerra Mundial, donde gente con mucho temple y coraje por fin pudo conseguirlo.

Esto nos demuestra que abrir caminos es un esfuerzo gigantesco, pero al lograrlo la satisfacción también es grande.

Rindo mi humilde homenaje a todos los que lo hicieron posible.

Elisabeth Kogan

BOCHORNO

En este agobiante domingo de fin de agosto, la tormenta de Santa Rosa amenaza con estallar en cualquier momento. La humedad gomosa impregna la ciudad de Buenos Aires. Ni Palermo ofrece sosiego.

De repente se oye el ruido de una colisión entre dos vehículos.

Se establece inmediatamente una disputa entre los conductores que, tras una cantidad de groseríasse bajan de sus coches para constatar los daños producidos.

—“Hijo de tu madre, no ves que vengo despacio y estoy con la familia?”

— “Vos no te metas con mi madre, bruto, ¡tarado!”

Y siguen con numerosos insultos.

Desde el interior de los autos, se oyen, suplicantes, las voces de las mujeres:

—Samuel, dejá, no ha pasado nada serio, ¡pensá en los chicos! ¡Terminala!

La otra implora: “¡David, mamá se pone mal con las discusiones, le sube la presión!”

Los hombres se miran, desconfiados...

Avisados por los espectadores del incidente, llega un policía de la zona, con apariencia de “pocas pulgas”.

—Señores, están obstruyendo el tránsito! —mirando severamente a cada uno de los causantes del disturbio—: ¡¿qué pasa aquí?!

—Mire, oficial, se trata de un mal entendido. Yo venía tranquilo, paseando con mi mujer e hijos, cuando el más chico se atragantó con un caramelo. Naturalmente paré el coche. Y el que venía atrás, apenas me chocó.

—Mire, oficial, no hay daño alguno, le pido mil disculpas por la molestia.

Impenetrable, el oficial mira de arriba abajo al otro hombre, esperando su versión del hecho.

David, indeciso ve a su mujer y a su suegra, las dos hacen señales de aprobación.

—Sí, todo está bien, así es oficial, aquí no hubo daño.

—Sabrá usted perdonar este inconveniente...

El oficial titubea.

—Si no hay demanda de daño, nadie levanta cargos.

—Mejor, no haga acta de lo sucedido...

Vuelve a mirar a los dos individuos que expectantes esperan su veredicto.

—Señores, tengan cuidado, manejen con prudencia...

Con disimulo, los dos inculpados se despiden del agente de policía con un billete doblado en la mano...

El oficial se va...y los dos valientes quedan nuevamente enfrentados.

—¿De dónde sos?

—De entre Ríos, Basabilbaso, ¿y vos?

—Yo, de Colonia Clara...

Liliana Tenenbaum

MIS FURIAS

Mis furias son viejas, vienen de tan lejos, de antes de mi nacimiento... Nadie me cree, pero es verdad. No son las mías, las heredé salvajemente de mi madre y pareciera que recién ahora cuajan en mí, después de haber cumplido los setenta.

No entiendo por qué quedaron tan guardadas. Pienso que la vida vertiginosa en la que estamos metidos todos, las taponó completamente. Mientras corría detrás de los cambios de lugar de residencia y de existencia, lo actual tapaba lo profundo, lo existencial, lo que nunca había salido a la luz, salvo en pequeños instantes que sólo quedaron en mis pensamientos. Frente a señoras o señores alemanes de la misma edad de mi madre o mayores, que veía en la calle o en el ómnibus, y que contemplaban mis cabellos y ojos negros con cierto recelo pensaba: “¿qué hicieron en esos años terribles del nazismo? ¿Habrán denunciado a judíos? ¿O quizá, fueron de los pocos que ayudaron?”

Estas furias aparecen de repente, son irrefrenables, tengo que sacarlas, porque si no pueden destrozarme mi vida. Puede ser que mi integración a Tzedaká, mi vuelta a un judaísmo más consciente, y por mis actividades en esta institución, me las hayan puesto a flor de piel.

Algo tuve siempre. Mi querer pelear ferozmente contra toda injusticia, en forma bastante desmesurada. La desmesura es parte de mi ser y debo aceptarla, lo único que debo hacer es socializarla, para que el otro o los otros que están a mi lado no sufran por ella.

Ayer vi la obra “Crave”, de Sarah Kane, es tan increíble, la desmesura hecha arte, gritos salvajes, aullidos y terribles cataratas de palabras. Es una especie de catarsis hecha poesía.

Me identifiqué mucho con esa posibilidad teatral de expresar el dolor, la furia, la impotencia en forma tan clara. Lo mejor es transformar la furia en algo positivo, en

un drama, en un cuento, entonces el dolor es transmitido al otro, al personaje, al que uno imagina o intenta para dotarlo de una claridad frente al dolor y la injusticia, algo que uno, persona, quiere alcanzar.

Julia Hahn

LA NUEVA

Soy la última adquisición del Taller de Literatura. Hace apenas unos meses fui recibida por sus integrantes como una más.

En este corto tiempo, he aprendido más sobre el Holocausto de todo lo que aprendí en mis setenta y cuatro años.

Este grupo de hombres y mujeres pasó por el infierno más grande que podamos imaginar. Pero no voy a detenerme en aquel lugar de horror, miedo y angustia.

Semana tras semana los veo resurgir de sus cenizas. Los admiro y respeto. Sabemos que nunca habrá un olvido de parte de ellos y espero que tampoco del resto del mundo.

Pero se han levantado y bajo este cielo azul consiguieron construir o reconstruir sus vidas. Lo demuestran sus hogares con hijos, nietos y bisnietos. Sus ganas de hacer cosas, disfrutar de las horas que pasamos juntos, las bromas, los cuentos que leemos o escribimos.

Más de una vez el pasado los atraviesa como un puñal, pero es sólo por un instante, porque inmediatamente la luz vuelve a brillar en sus ojos.

Están vivos y tienen todavía mucho para darnos.

Gracias compañeros del Taller, gracias por estar y por ser como son.

Eva Salomón

UNA REALIDAD

Abrir el diario nos basta para ver qué hay en este bendito mundo nuestro, todavía los hombres no han aprendido a respetarse entre ellos, después de tantos años y guerras los seres humanos siguen con hambre y pobreza; sin contar con los xenófobos, que en este momento hicieron una reunión en Alemania y allá fueron representantes de bastantes países para hablar de los ilegales y de cómo hacer para echarlos de Europa. Hay mucha miseria humana que nadie quiere ver y mucho más para escribir sobre este tema. Sería un sueño si la humanidad pudiera ver un poco más allá de su nariz...

Louise Kupffer

UVAS Y PASAS

La consigna había sido un cuento con “*rosbinke*”. Varios leyeron.

Lea sorprendió una vez más con lo exacto de su definición: quien tiene “*rosbinke*” posee una encantadora mezcla de ángel y salero.

Sin embargo, la clase no había terminado y nos tenía reservado un final para el aplauso. Cuando le llegó el turno, Raia reconoció que no había escrito nada. La profesora le preguntó si tenía algo para contar, aunque más no fuera, oralmente.

—Sí, tengo algo —dijo.

Y a partir de allí, la voz se le elevó buscando en el archivo de su memoria de 90 julios un relato, que dejó a cada participante del Taller en estado de plenitud literaria y existencial.

—“A veces pienso en esas uvas verdes, grandotas, redondas, frescas, ¡tan ricas! También pienso en las *rosbinke*. Chiquitas, cambiaron el color, ya no son verdes, tampoco lisas; ahora están arrugadas, sin embargo cuando las probamos son más dulces que antes. Pero si encontramos alguna uva agria, seguramente la apartamos para evitar que su sabor nos deje la boca amarga cuando se vuelva pasa...”

Le brillaban los ojos a Raia mientras hablaba, tanto como el collar y los aros en violeta, a tono con el conjunto de ropa que usaba. Su piel brillaba al hechizo de la joven que fue y en su decir y su gesto habitaba toda la magia. Tan bella, tan sabia nuestra Raia.

Los demás asistíamos asombrados a ese cuento breve que ella felizmente improvisó porque, por algún motivo que no nos importa saber, no había podido cumplir con la tarea. La casualidad nos había hecho ese día el mejor regalo.

Raia narró para nosotros un relato que la pintaba tal como es: profunda y pícaro, rápida y filosófica; como esas uvas verdes que a ella tanto le gustan, pareciera que con cada año que cumple, su sabiduría se concentra más y más, para nuestro puro deleite...

Ese miércoles salimos todos del taller con un plus de alegría: el ángel de la belleza se había posado sobre el hombro de Raia y le había dictado al oído una historia que difícilmente podremos olvidar.

*Graciela Komerovsky,
en adaptación del cuento que Raia contó el 4-11-09*

SON DOS

Me devané los sesos para encontrar al culpable de burlarse en mí, de mí. Pasé lista por todos los sospechosos que podían ser los causantes.

Primero se me ocurrió la cara, que en su vanidad podría tener pretensiones, pero la descarté, no era pero pudo ser peor.

Después sospeché de mi lenguaje con el condenado acento extranjero, pero como vivo en Argentina, donde abundan todos tipos de acentos de varios idiomas, no provocan burlas. Mal de muchos, consuelo de tontos. Fue descartado. ¿Qué más? Será mi voz ronca y desagradable lejos de ser la deseada voz melódica. Pero acá la burla se la llevó el cigarrillo.

A lo mejor mi estatura petisa, volviéndose cada vez más Pitufa, porque existen enanos, objetos de burla, lamentablemente.

Hasta me adentré en la profanidad de mi organismo, evaluando mis órganos, pobres hacen lo que pueden, y si no lo logran, no es culpa de ellos, sino del paso del tiempo. No merecen la burla.

Acá empecé a preocuparme por mi frustrada búsqueda. Será que soy objetiva, o me falta el sentido de autocrítica, este pensamiento no me causo gracia y el corazón me dio un vuelco...

¡El corazón!... ¡ahí esta! Es el corazón quien se burla en mí de mí, y no está solo en esa actitud. También la mente se involucra. Por más que los dos difícilmente funcionan al unísono, son ellos que se burlan en mí de mí.

Se burlan de mi incapacidad de aceptar los roles de cada uno en mi vida. Del desborde de uno y las limitaciones del otro. Mesurar el corazón y ampliar la mente

Tarea ardua, pues el corazón no sabe de razón, y la razón no tiene corazón.

Mira Stupnik

EL REGLAMENTO

¿Saben cuáles son las dos cosas más fáciles en la vida? Criticar o darles consejos a otros.

El mes pasado, en el cumpleaños de un sobrino mío, se juntaron mis hijos con sus primos y un grupo de amigos y, sentados en un rincón del living, entre los comentarios de distinta índole y bromas, recordaban episodios de la niñez, del club. Por supuesto, un lugar preponderante ocupaban los padres, quienes a su vez eran amigos desde su juventud.

Y yo, sentada alrededor de la mesa con los mayores, de repente escucho la voz de mi hijo:

“¡Ah, no! Mi vieja tenía su reglamento. Por ejemplo: los zapatos de los chicos tienen que tener suela de cuero, de goma deforma el pie. Usar zapatillas únicamente para gimnasia. Y había que cumplir. Usar pullover cuando ella tenía frío. ¿Comer de postre una mandarina? No! Primero es la manzana y la banana. Estas son las verdaderas frutas. La mandarina es un complemento, se come después. A los niños chiquitos hay que darles jugo de carne, es puro hierro, la carne no”.

Hasta hoy en día, cuando vienen a comer, para verduguearme, no me perdonan y viene la clásica pregunta: ¿Tenés complemento? Léase mandarina.

¿Y la taza verde de melamina, para colmo enorme, de un cuarto litro de café con leche? Todos los días chocolatada, no. Puede afectar el hígado.

Otro punto. Papá nos quiso llevar a la pileta para aprender a nadar. Pero mi vieja dijo: “¿Qué?! ¿Se pueden ahogar!”

Así que luego aprendieron solos en el mar, donde sí corrían peligro de ahogarse. Entre paréntesis, los dos nadan a la perfección.

Como verán, un reglamento brillante. Menos mal que, a medida que iban creciendo, no se dejaron castrar por esta madre sin experiencia que los criaba tanteando.

Lea Zajac Novera

CIUDAD

Me encanta vivir en la ciudad. Creo que nunca podría vivir en el campo o en un pequeño pueblo.

La ciudad está llena de vida y de sorpresas. Viviendo en una ciudad uno nunca puede sentirse solo del todo, aunque tenga familiares y amigos que habiten en otros lugares.

Me encanta salir a la calle, sentir su movimiento, ver personas yendo y viniendo en todas las direcciones. Unas despacio, otras más apuradas y corriendo. Niños con sus mamás que van o salen de las escuelas, personas que caminan con sus perritos. También me gusta mucho poder mirar las vidrieras de los negocios. Es hermoso pasear por algunos barrios adonde todavía se conservan

bellas casitas, construidas hace mucho tiempo y por ahora a salvo de las demoliciones.

La ciudad está llena de espectáculos, marquesinas que los anuncian en cines, teatros conciertos, exposiciones de arte.

Es cierto que también está llena de peligros, a causa del tránsito, los asaltos, robos y hay que tener un cuidado permanente para que a uno no le pase nada. Pero también en ella viven los amigos y los que tienen la suerte, tienen en ella a sus hijos, sus nietos y pueden compartir paseos, reuniones y comidas.

Adoro los cafecitos, los restaurantes, las plazas con niños riendo en los juegos y en las calesitas.

Pero también muchas veces recuerdo la ciudad de mi infancia, a la que apenas podía ver o conocer bien, pues durante varios años los pasé siempre escondida, y cuando la guerra terminó, estaba totalmente en ruinas y nada quedaba de ella, salvo montañas de escombros.

También tengo muy presente cuando muchos años después de haber partido, volví por primera vez, la vi ya reconstruida y la quería tanto que cada dos años volvía para visitarla.

Aunque tengo que reconocer que no era solamente por ver la ciudad adonde yo viajaba, sino porque en ella vivía una extraordinaria mujer, que durante varios años arriesgó la vida propia y la de toda su familia para salvarme a mí, y al mismo tiempo ayudó a salvar a mi madre.

Con ella recorriamos y recorriamos Varsovia cada vez que yo iba a verla; pero hace dos años falleció. Ahora quedan sus hijos y sus nietos.

Espero poder volver pronto, aunque sea una vez más, para recorrer la ciudad de mi nacimiento, donde he sufrido mucho y donde también me salvé y rearmé la vida, a pesar de que más tarde la dejé, buscando otros horizontes y otras ciudades.

Irene Dab

NUESTRO TALLER

Este el segundo año de mi asistencia. Desde que pasé el examen de prueba de mi primer trabajo y por la forma en que fui recibida, sentí que el taller emana mucho calor humano.

A través de las historias escuchadas, sobre la infancia, los horrores de la guerra y el presente, fui conociendo parte de la vida de cada integrante. Admiro a cada uno por lo que ha logrado. Reconstruir la vida después de lo que pasó, formar familias y tener la alegría de vivir y saber dar.

Todos se preocupan por los demás. Se comparten los momentos difíciles y también los casamientos, los nacimientos de nietos y bisnietos y los cumpleaños.

Todos nos sentimos comprendidos, la conversación fluye sin inhibiciones en un marco de máximo respeto.

Toda la semana espero que llegue el miércoles y me voy llena de emociones. Siento que conformamos una especie de hermandad. Por eso lo llamo NUESTRO TALLER.

Amalia Miodownik

LA AMISTAD

La amistad es sublime cuando es pura, sincera y genuina.

Ya la Biblia hablaba de ella por su apoyo a las personas, las familias y los pueblos.

Mi experiencia respecto de la amistad es muy positiva porque a lo largo de mi vida recibí mucho sostén humano y, gracias a él, me pude salvar.

Cuando me encontraba al borde del abismo, siempre encontré una mano que me rescató.

Después del amor, la amistad es lo más hermoso que existe entre los seres humanos. Algo tan fuerte que un amigo es capaz de exponer su vida por el otro y arriesgar todo lo que está al alcance de su corazón.

Por eso creo que el estandarte de la amistad debe flamear en el mundo entero y unir los corazones de la humanidad para que desaparezcan las desavenencias, la obstinación y que haya *shalom*¹⁹ para todos.

Sabina Feikind

19 Paz, en hebreo.

EN PAZ

Yo hice la paz con mi pasado para que no me arruine el presente.

Raia Piekarska

OJOS CERRADOS

A lo largo de toda la trayectoria de mi vida, tuve que tener los ojos cerrados. Pero no mi corazón ni mi espíritu, y tomar esto que creían que yo no veía, como una lección para el futuro. Muchas veces tuve que cerrar los ojos, ya que no se me escuchaba ni me tenían en cuenta, ni le llevaban el apunte a mi punto de vista. Además, la razón por la cual sucedían hechos incomprensibles era clara para otros pero confusa para mí. Sin embargo, con el tiempo, se despejaron de mis ojos las cortinas oscuras que me impedían ver la cruel realidad. Hoy, sólo el olor, el ruido, hacen que pueda dilucidar lo que pasa. Alertas mis cinco sentidos, hacen que los otros no me puedan derribar tan fácilmente.

La experiencia vivida me fortifica para los hechos que de aquí en más me toque vivir.

Noelly Ordinanc Fernández

COLECCIONES

Hay muchas cosas que se pueden coleccionar de grandes valores o de menos, lo importante es que debe gustarle a quien las colecciona, aquello que va reuniendo de a poco, con el tiempo.

Cuando pude viajar, hace mucho, coleccioné las muñecas de cada país que visité, con sus trajes regionales. Hoy mis nietos juegan con ellas.

Más tarde, junté bolas de cristal, de acrílico, de todo lo que fuera redondo y lindo y con eso fui decorando mi casa, también agregué cosas de la India, de metal, de alambre, muy decorativas.

Ahora me gusta recopilar lo que leo, cuentos cortos, reflexiones, frases, proverbios que me han hecho eco y cada vez que las leo me permiten descubrir cosas diferentes, aquellos pensamientos que me han permitido crecer y ser mejor.

Esto que me gusta leer y guardar me hace muy bien a la mente, por lo tanto a mi salud, y se los hago leer a mis amigos más cercanos para que también sean felices.

Una de mis frases favoritas es la que dice: “Vive cada día hoy, con su dosis de amor, felicidad, placer, ternura, afecto. Enriquécete a ti mismo y por ti mismo y dale parte de ello a quien lo necesite de ti; nunca temas a los fracasos.” Hay algo de mí en cada uno de los objetos que colecciono, en cada frase.

Gladys Freidzon

¿QUIEN PROTEGERA AL MUNDO DE MI CANIBALISMO?

Hay quien escribe versos o sale a ver la luna para olvidar. Otros lijan su cajita de música... Algunos ahogan brujas en vino o transforman pasión en literatura o pintura. El alfarero golpea la tierna arcilla y el vidriero quiebra cristales; el albañil arroja al cemento contra los ladrillos, y las topadoras aplastan asfaltos; las segadoras cortan cultivos; los dientes mastican, el rayo quiebra al noble árbol centenario, que abonará la tierra con sus restos. La raíz aún sustraerá gota a gota toda la sustancia nutriente y hará brotar a sus costados tiernas ramitas verdes. Sobre los campos se afirmarán tallos esbeltos, que serán talados sin piedad para ir a un molino; polvo de harina será amasado por mis manos, irá al horno en donde habrá un calor insoportable. Luego, los dientes volverán a masticar para que el cerebro construya, destruya, y fantasee.

Todo el universo se amasija: estrellas chocan, nacen, absorben y un maremoto cambia para siempre una población densa. Un incendio extingue especies, purifica y agobia la superficie de la tierra. La pelota será nuevamente pateada, miles de gargantas —liberando su ansiedad contenida— gritarán gol, al tiempo que aves sorprendidas en las plazas elevarán su pánico en vuelo pavoroso, en medio de palpitaciones y algarabía humana.

Mi sueño nocturno masticará y deglutirá nuevamente el cansancio del día pasado. Todo es creación y vida.

Un hombre furibundo y borracho patea el vientre de una mujer encinta. Una anciana es degollada; una joven es violada; un ser humano fuera de sí, da un portazo; otro es torturado; un niño es explotado; una bomba cayó por error en un poblado y un delirante entronizado quiere asfixiar con gases y quemar en hornos al mundo. Un escape de gas ignorado imprudentemente, provoca una inesperada catástrofe. Una mentira luchará por sobrevivir y parirá mentiras; un buen nombre será mancillado, una verdad aplastada. Morirá un ideal y nacerá el “ande yo caliente”. Todo es destrucción, desesperanza y fatalidad.

Corro en busca de un logro. Lo atrapo, lo absorbo ávidamente y mi alma está en paz... sólo hasta que resurja el hambre, que crea y destruye todo.

Me carcome una duda: hoy he despertado con sed de amor y hambre de justicia humana.

Etti Gorenbugh

SUEÑOS

Cada noche, la ventana de mi habitación se convierte en una pequeña pantalla que domina la calle. Desde mi sillón viejo, gastado pero aún cómodo, observo con la calma propia de un viejo, todo aquello que me permiten distinguir mis ojos cansados.

Veó aquí y allá de vez en cuando, alguna joven bonita que avanza con pasos rápidos escuchando el ruido de sus tacos altos y ocultando tímidamente su miedo por andar sola.

Veó alguna pareja que camina lentamente, tomada de la mano o abrazados, que se dan fuerza mutuamente para afrontar con valor el día, que pronto nacerá. Veó borrachos y drogadictos, gente que perdió la cuenta de los días. Hombres solos, perdidos, temblorosos, pobres infelices que se consumirán triste y rápidamente.

Espero desde mi sillón que pase esa chica que mira a mi ventana. Una chica, como cualquier otra, seguramente con sus fallas y virtudes, con sus momentos felices y sus problemas. Una chica normal, no alta, ni demasiado baja, con el pelo castaño y una cara que suele pasar desapercibida entre la gente. Como cualquier otra chica, su intento de sobrevivir entre el barullo y llevar la vida lo mejor que puede, intentando hacer felices a aquellos que quiere.

Como todas, sin duda, cree que es especial, que va poder comerse el mundo, que en un futuro no lejano será feliz y que triunfará en la vida. Sueña y planea el futuro según sus sueños.

Sueña con unos ojos cálidos que la observan con cariño. Sueña con unas manos fuertes pero tiernas que la acarician, con unos brazos que la sostiene, sueña con unas risas y con una voz que le susurra.

Y debo confesar que finalmente, sin querer, yo también sueño con ella, la única que levanta la vista a mi ventana iluminada del segundo piso.

Desde mi viejo sillón sueño, mientras veo pasar las horas, veo pasar mi pasado y repaso una y otra vez mi vida. Desde mi viejo sillón me doy cuenta que el tiempo se me ha ido entre las manos, y desde mi sillón intento inútilmente parar por unos segundos el tiempo para sentir que aún puedo recuperar el tiempo perdido.

En la calle, la gente va con prisa y no habla mucho. Las personas pasan cerca de otras, pero parece que no se ven, no prestan atención a su alrededor. Se quejan y se quejan, pero no hacen nada para cambiar.

Voy andando por la calle y llueve. Pasa gente escondida bajo sus paraguas, van arriba y abajo, con prisa, siempre con prisas. Como esclavos de su trabajo y del dinero. Ese dinero que los llevara a la felicidad que tanto desean, pero... ¿son felices?

Me resbalo y caigo. Miro a mí alrededor y veo que la mayoría de la gente no ha visto que me he caído. Todos andan con sus propios problemas, no ven nada más. Otras personas me han visto, pero pasan de largo, tienen prisa y mi tropiezo no va con ellos. Algunos se ríen de mi caída, de mi torpeza y disfrutan del espectáculo. Me entran ganas de llorar.

Estoy solo, solo, completamente solo. Entonces veo como unos pies se dirigen hacia mí, alguien me alarga una mano.

—¿Se hizo daño? —me pregunta una voz de mujer—. Yo la miro sorprendido. ¿Quién es esta mujer joven? ¿Por qué me ayuda? ¿Es una broma? Puede que, en el fondo no esté tan solo como creo. Toma la mano que esta extendida frente a mí.

—Muchas gracias, estoy ya mejor —digo, y trato de levantarme. Ella para un taxi, le da mi dirección y me sonrío. Es la chica que mira hacia arriba, a mi ventana. La misma que da media vuelta y se aleja, fundiéndose con el resto de la gente. Tengo dolores, pero me siento un poco mejor, gracias a su sonrisa y a la amabilidad de su gesto.

Felix Fridenbach

UNA CIUDAD Y UNA MUJER

Algunos dicen que París es la ciudad más linda del mundo... yo no conozco todas las otras como para poder certificarlo. Pero París es hermosa, cada vez más, como una mujer que se cuida, se maquilla y se viste con gusto para ser más linda todavía.

Ya hace unos años, se limpiaron y lavaron todos los edificios, y la ciudad, de un color gris oscuro, se ve ahora beige, casi blanca. Y digo casi porque en realidad no es blanca... Las calles son limpias y los parisinos, que tenían fama de ser desagradables con los turistas, ahora son más amables, muchos hasta ya contestan en inglés.

A las mujeres les gusta estar lo más arregladas posible para su marido, novio o entorno, pero más que nada para ellas mismas. Y el toque final: el perfume.

Así como ahora hay muchos medios para mejorar el paso de los años, con cirugías y otros métodos, también la ciudad recurre al aumento de su belleza: hay flores de todos los colores en los balcones y sus avenidas y boulevares están tan bien cuidados que da gusto contemplarlos.

Micheline Papiernik

BRILLO

Nací en Varsovia, la amé intensamente. Me fui y la extrañé muchísimo. Más tarde, después de la guerra, viajé a París. Viví en la calle *La Rue de Chat qui Pêche* y me volví loca de amor, por su atmósfera de libertad, el brillo de la Torre Eiffel, de sus callejuelas y sus balcones.

Fueron seis meses de gloria. Llegó la hora de irme. Llegué a Argentina y volví a extrañar entrañablemente a Francia. Ahora estoy en la Argentina y quiero que me entiendan, la amo como se quiere a un hijo bobo.

Judía errante, eso es lo soy.

Felicia Klanvir

¿Y AHORA QUÉ?

Es una pregunta existencial. ¿Qué puedo hacer a mis casi ochenta años?

Es una edad que hasta hace poco tiempo se consideraba límite.

Hoy en día, con los avances de la medicina, la vida se vuelve más larga y de mejor calidad. Con algunos retoques podemos vivir bastante bien..., no se sabe cuánto, pero muchos más años.

No por haber llegado hasta aquí dejé de hacer proyectos. No serán los mismos que años atrás, porque las condiciones no son iguales. Pero pienso que el año que viene se va a casar mi nieta mayor y en mi imaginación ya me veo bailando el vals con ella.

Después, en dos años, será el Bat de mi nieta menor, en Canadá. Es un viaje largo... ¡pero me encanta viajar en avión!

Hay otros proyectos que bailan en mi cabeza, como ir otra vez a París y, de paso, conocer otros países que me gustaría volver a ver.

Por eso digo: “¿Y ahora qué? ¿Se me terminó la vida?”

¡No! Mientras el cuerpo aguante y tenga ganas de vivir, pienso hacer lo máximo que me sea posible y disfrutar de todas las cosas buenas de la vida. ¡Y que sea por mucho tiempo más!

Alberto Lerner

PALABRAS PARA EL FINAL



“**A** sí como Don Quijote limpiaba sus armas, hay que limpiar el pasado para que entre en su pasado”, decía Juan Gelman al recibir el Premio Miguel de Cervantes en el año 2008. Así lo entendieron también los autores de este libro, participantes de nuestro Taller de Escritura y protagonistas del período más negro de la historia de la humanidad.

A partir de la primera clase, en marzo de 2003, se decidieron a escribir y cada consigna que fuimos proponiendo se convirtió en un fuego de artificio que disparaba en sus cabezas cientos de fogonazos de recuerdos; descubrieron así que la escritura es una intensificación de la propia experiencia y cada uno se

instauró desde entonces como narrador desde una perspectiva particular: la del testigo.

De a poco, encontraron palabras hasta para las sensaciones más lejanas: las de la guerra inyectando un ambiente de brutalidad en lo cotidiano o la evocación de los sentimientos que produce la destrucción de vidas, obras y sueños; pero a la vez, pudieron decantar emociones e ideas para bucear en los recuerdos de los días felices, cuando el mundo era todavía un lugar para habitar, cobijados en la fuerza de los afectos familiares, la cultura, el trabajo y las perspectivas de progreso, y en aquellas que representaban los días de la inmigración, con el aprendizaje del idioma y la lucha por adaptarse al nuevo país.

Desde hace siete años los autores son actores de un proceso sanador: comprendieron que debían rescatarse del lugar de víctimas y que la palabra sería la herramienta para adueñarse plenamente de su identidad, ésa que pretendió arrebatárles un régimen basado en la discriminación y el terror. A medida que escribían, la carga se les fue aliviando, los relatos crecieron, se enriquecieron y multiplicaron, dejando lugar en sus tramas también para el humor y la imaginación.

Las imágenes se anudan y surgen muchas veces personajes que nada tienen que envidiar a los literarios; pero mejor no adelantar nada más y dejar que el lector descubra por sí mismo los secretos de estas páginas que podrán ser interpretadas como la búsqueda de una identidad, o un viaje a la memoria; cualquiera sea el caso,

incitando a la reflexión sobre lo verdaderamente heroico, que es asumir la propia historia.

El proyecto de este segundo libro —estamos seguras— vuelve a enraizar a sus protagonistas una vez más con las vivencias positivas, porque si bien la memoria duele, ellos saben que bien vale la pena: la escritura, aunque desgarré, siempre nos restituye a la vida.

Gracias a nuestros escritores y a la Fundación Tzedaká, hoy podemos llegar a este momento de celebración.

Graciela Komerovsky
Coordinadora del Taller Literario

Luchy Tauscher y Roxana Zusmanovich
Voluntarias del Taller

